3 1761 06372997 8

UNIV. OF
TORONTO
LIBRARY

OBRAS DE SELGAS

VII

ESTUDIOS SOCIALES

III

LUCES Y SOMBRAS.—LIBRO DE MEMORIAS

113

S. S4653k

LUCES Y SOMBRAS

Y

LIBRO DE MEMORIAS

POR

DON JOSÉ SELGAS

MADRID
IMPRENTA DE A. PÉREZ DUBRULL
Flor Baja, núm. 22

1886

384

21229
L 6

LUCES Y SOMBRAS

BRUTOS CÉLEBRES

I.

La naturaleza me dió cuerpo de mujer, pero mis acciones me han igualado al hombre más esforzado. He regido el imperio de Nino, que por Oriente linda con el río Hinamán, por el Sur con el país del incienso y de la mirra, y por el Norte con los Sakas y Sogdianos. Antes de mí, ningún asirio había visto mares; pero yo he visto cuatro adonde nadie llegaba, por estar muy remotos. He obligado á los ríos á seguir el curso que quería, y que siempre ha sido por los sitios en que eran más útiles, fertilizando la tierra estéril, y regándola con las aguas; he erigido fortalezas inexpugnables; he construído con el hierro caminos al través de peñascos impracticables; he abierto á mis carros sendas que ni las mismas fieras habían

recorrido, y en medio de estas ocupaciones he tenido tiempo para mis ocupaciones y para mis amigos.»

Así habla Semíramis de sí misma en una inscripción que, según dicen, encontró Alejandro en los confines de la Escitia, y que Polieno asegura haber conservado.

No es precisamente Semíramis el primer animal célebre que mis recuerdos históricos me traen en este momento á la memoria; pero no se puede pensar en la grandeza fabulosa de la gran Reina asiria sin fijar la atención en la celebridad histórica del animal más grande que pisa la tierra después del diluvio.

Se duda si Semíramis sometió á su dominio todo el Egipto y la mayor parte de la Etiopía; mas se cree que, excitada su codicia por las riquezas de la India, preparó una expedición formidable contra aquella región del Asia.

Estratobatis, rey de la India, se preparó á recibir á la reina de Babilonia, y opuso al ímpetu de los ejércitos victoriosos de la mujer más sensual que recuerda la historia de aquellos tiempos, la fuerza de los animales más castos que se encuentran en las variadas páginas de la historia natural. ¡Qué contraste más curioso!

Quiero decir, que los elefantes de Estratobatis destrozaron el ejército de Semíramis, reduciéndolo á la tercera parte.

La mujer de Nino retrocedió fugitiva á las ori-

llas del Eufrates, y no volvió á pensar más en las riquezas de la India.

En nuestros tiempos, Inglaterra, como si fuese la heredera del honor de Babilonia, está vengando en las orillas del Indo el desastre de Semíramis.

El primer bruto célebre que nos encontramos en el umbral de la historia profana es el elefante vencedor de Semíramis.

Cualquiera que sea nuestra vanidad de hombres, no podemos negar que Estratobatis, hombre y Rey, debió su triunfo á los elefantes, que acometieron sin su orden, y vencieron, digámoslo así, sin su permiso.

El honor de esta victoria les pertenece, y si los 300 lacedemonios de las Termópilas supieron morir, los elefantes de Estratobatis supieron más; supieron vencer; y si Semíramis hablara, nos diría que hubiera preferido encontrarse á los lacedemonios de las Termópilas más bien que á los elefantes de la India.

Sin que lo diga podemos asegurarlo; porque en el primer caso habría sido vencedora, y en el segundo caso fué vencida.

Las trompas de la fama han llenado el mundo con la gloria de aquellos héroes; más modestas, las trompas de los elefantes han permanecido mudas. ¡Admirable desprecio de las glorias humanas!

Cuenta Herodoto que los siete conjurados que dieron muerte á Smerdis, usurpador del trono de Persia, se encontraron sin saber qué hacer de aquel

imperio sin Rey; y, erigiéndose en una especie de Asamblea Constituyente, discutieron la forma de gobierno que había de adoptarse.

Darío, que era uno de los conjurados, sostuvo la conveniencia de la forma monárquica, que fué aceptada por los siete.

La primera dificultad estaba vencida; pero quedaba la segunda. Tenían monarquía, pero faltaba el Rey. ¡Qué frecuente es esto! Allí estaba la corona; pero ¿dónde estaba la cabeza?

Antes de resolver esta segunda dificultad, se otorgaron toda clase de honores y de preeminencias, y después pensaron en el Rey.

Había que elegirlo, y claro es que, en el caso de una votación, cada uno de los siete conjurados se hubiera elegido á sí mismo para rey de Persia.

Entonces idearon una especie de plebiscito, confiando al más noble de los brutos el arduo encargo de elegir Monarca.

Convinieron, pues, en que á la mañana siguiente se presentarían los siete delante de la ciudad, y aquél, cuyo caballo relinchara antes, sería proclamado Rey.

No estaba este sufragio exento de la influencia moral necesaria en estos casos, y el escudero de Darío halló medio de poner anticipadamente en la espumante boca del caballo de su amo el relincho vencedor.

El caballo de Darío relinchó antes, y Darío fué Rey de los persas.

He aquí el segundo animal célebre que nos recuerda la historia.

Los elefantes de Estratobatis usurparon al ejército indio la gloria del triunfo; el caballo de Darío usurpó al pueblo persa el derecho electoral.

Hicieron los elefantes lo que no consiguen hacer todos los ejércitos. Hizo el caballo de Darío lo que apenas saben hacer los pueblos modernos.

La gloria de este noble bruto es más grande de lo que parece á primera vista, y conviene examinarla á la luz de la razón y de la historia.

Yo pregunto: llamado el pueblo persa á designar su Rey, ¿hubiera elegido á Darío?

Puede que haya quien contesde que sí; y entonces yo afirmo que el caballo fué intérprete fiel de la voluntad del pueblo.

Pero es indudable que el pueblo persa pudo elegir á otro, y entonces es históricamente incontestable que el caballo de Darío tuvo más talento que todo el pueblo, pues no vaciló en elegir al único que merecía ser elegido.

Los votos del pueblo hubieran podido designar á cualquiera para ceñir la corona de Ciro; pero el relincho del caballo de Darío supo designar al que podía ceñirla.

Corresponde, pues, á tan noble bruto el honor de elegir Rey, y la rara gloria de haber sabido elegirlo.

II.

El Emperador Tiberio reconoció en su nieto Calígula un digno sucesor de su nombre y de su fama.

Aún no había salido Calígula de la adolescencia, y ya Tiberio le decía : «Tendrás todos los vicios de Sila, y ninguna de sus virtudes.» Y como si estas palabras no anunciaran con bastante claridad al mundo la especie de hombre que había de ser el futuro Emperador de la poderosa Roma, añadía : «Es una serpiente que educo para el género humano.»

Sin embargo, Calígula habría muerto á manos de Tiberio, si el nieto no hubiera sido más astuto que el abuelo. Había heredado de su padre Germánico el amor del pueblo y del ejército ; del ejército que hacía aquellos Emperadores, y de aquel pueblo que los aplaudía. Tenía, pues, Calígula estos dos títulos incontestables : las espadas de los pretorianos y los aplausos de la plebe.

No era, pues, un vano temor el de Tiberio, si veía en el joven Calígula su sucesor en el imperio, ó, lo que es lo mismo, su asesino ; pero el hijo de Germánico supo disimular tan hábilmente, que el viejo Emperador no tuvo inconveniente en dejarle vivir.

Hablando de Calígula, decía Pasieno : «Nunca se vió tan buen esclavo ni tan perverso amo.»

Huyendo á Caprea, murió Tiberio de muerte natural, y Calígula fué proclamado Emperador.

Él mismo celebra su elevación al imperio con tres actos relativamente bien singulares: por una parte se presenta en Roma, y, anegado en llanto, hace el elogio de Tiberio; al mismo tiempo manda quemar todos los procesos pendientes, y á la vez trae del destierro las cenizas de su madre y de sus hermanos, y las coloca en el mausoleo de Augusto.

La historia relata estos hechos sin comentarios, y no acertaríamos á coordinar tanto dolor por Tiberio y tanta piedad por las víctimas de Tiberio, si no buscamos en la índole perversa de aquel Emperador, adorado por el ejército y aplaudido por la plebe, la razón de sus actos.

Hace el elogio de Tiberio, porque va á sucederle en crueldades y en deleites.

Desocupa las cárceles y los destierros de las víctimas designadas por Tiberio, porque necesita todas las cárceles y todos los destierros para sus propias víctimas.

Llora como un niño sobre las cenizas de su madre y de sus hermanos, como si de ese modo quisiera acusar á la muerte de haberle usurpado el derecho de matar.

Por eso, sin duda, se apresura á disponer la muerte de su primo Tiberio, de su suegro Silano y de su amigo Macrón; pero los honra concediéndoles el honor de ser sus propios verdugos: habían tenido la precaución de proveerse de contravene-

nos, y Calígula les ordenó que ellos mismos se mataran. ¿Podía hacer más?

Insensato llama la historia á este hombre, que discurría con lógica inexorable.

Un patricio, desterrado por Tiberio, vuelve á Roma, indultado por Calígula; el joven Emperador lo ve, y le pregunta:

—¿Qué pensabas en el destierro?

—Hacía votos por la muerte de Tiberio y por tu elevación al poder.

Semejante respuesta sugirió en su ánimo un razonamiento verdaderamente incontestable: si los desterrados por Tiberio hacían votos por la muerte de Tiberio, los desterrados por Calígula harían votos por la muerte de Calígula, y, claro está, todos fueron degollados: así libraba á sus enemigos del terrible peso del odio.

Un día se esparce por la ciudad la noticia de que el Emperador se hallaba ligeramente enfermo. Roma se cubre de tristeza, y dos ciudadanos ofrecen sus vidas á los dioses por la salud de Calígula; sus votos son admitidos; muere el uno á manos de los gladiadores, y es el otro despeñado, ceñida la cabeza con la corona de las víctimas.

Lucha como gladiador, y su adversario, temeroso de su vencedor, se declara vencido; Calígula acepta la lisonja, y hunde la espada en su garganta.

Los gladiadores viejos son arrojados á las fieras porque ya no sirven, y, cuando falta este recurso, se echa mano de los espectadores.

De las cárceles sale diariamente el pasto humano que ha de alimentar á las fieras del Circo, porque la carne está cara; lo cual quiere decir que en los tiempos más espléndidos de la edad antigua valía más un buey que un hombre, y era de todos modos preferible ser fiera del Circo á ser ciudadano de Roma.

Calígula es aquel Emperador que decía: «Quisiera que el pueblo romano no tuviera más que una cabeza, para cortarla de un solo golpe.»

Este Emperador tenía un caballo, al que la historia no ha podido negar el homenaje de la celebridad.

El caballo de Calígula recibió el honor de los más altos destinos.

Aquel noble bruto habitaba en cuadras de mármol, se dejaba sujetar con ronzales de perlas, comía en pesebres de marfil, y se abrigaba con mantas de púrpura.

Lo servían un gran número de criados, un mayordomo y un secretario.

Muchas veces eran invitados á comer en su compañía senadores y cónsules, que se apresuraban á recoger el honor de semejante obsequio.

Otras veces comía él mismo en la mesa del Emperador, y se le servía avena dorada y vinos exquisitos.

Los pretorianos velaban cuidadosamente alrededor de sus opulentas cuadras, para que ningún ruído importuno turbara su sueño durante la noche.

Elevado Calígula por el pueblo romano á la categoría de dios, el caballo fué incluído en el colegio de sus sacerdotes, y fué además propuesto para cónsul.

¿Merecía *Incitato* tantos honores?

Veremos.

Había dos maneras de elevarse á las primeras dignidades del imperio: la adulación y el oro; la vida era un privilegio que los ciudadanos debían á la munificencia del Emperador.

Roma levanta templos á Calígula, y quema perfumes en sus altares; el título de sacerdote de semejante divinidad se compra por millones de sextercios, y se le ofrecen sacrificios de pavos reales y faisanes.

Domicio Aser erige una estatua *A Cayo César, cónsul por segunda vez á la edad de veintisiete años;* mas Calígula ve en esta inscripción una censura, en la cual se advierte que le falta la edad requerida por la ley, prepara una arenga, y lo censura ante el Senado.

Domicio se defiende, declarándose vencido por el peso de tanta elocuencia, y el Senado adula á Calígula, absolviendo á Domicio: hasta la justicia era una infamia.

Los padres debían presenciar la muerte de sus hijos sin derramar lágrimas, porque el dolor estaba proscrito.

Muere Drusila, hermana y á la vez manceba del Emperador, y aquella Roma que todo lo sabe,

que todo lo quiere y que todo lo puede, ignora si debe alegrarse ó entristecerse.

«¿Qué motivo hay para llorar á una diosa?» pregunta Calígula, y castiga á los que se afligen; pero no puede sufrir que Roma no llore la muerte de su hermana, y castiga á los que se alegran.

Descendiente á la vez de Augusto y de Antonio, Roma no sabe qué hacerse en el aniversario de la batalla de Accio: si se alegra, ofende al descendiente de Antonio; si se entristece, ofende al sucesor de Augusto: la alegría y la tristeza eran á los ojos de Calígula igualmente culpables.

En medio de aquel Senado envilecido, de aquel ejército que se enriquecía con las rapiñas del imperio, de aquella plebe abyecta, se levanta la noble figura de *Incitato*, sacerdote y cónsul, como una señal colocada en el camino de la historia para advertir adónde llegó la mayor grandeza del pueblo romano.

Si es cierto que más merece los honores el que menos los desea, no cabe duda de que el caballo de Calígula jamás pensó en obtenerlos, y cabe la certidumbre de que, á poderse reir el noble bruto, se hubiera reído al verse tan honrado.

El pueblo de los comicios y de los plebiscitos; la ciudad del Foro, del Circo y del Capitolio; la señora del mundo, se nos ofrece á los pies de un caballo.

No hay noticia ninguna que dé testimonio de los méritos particulares que elevaron á *Incitato* al con-

sulado y al sacerdocio, y en tal caso será preciso reconocer que valía tanto como cualquiera de los hombres más distinguidos de su tiempo.

Y si se advierte que obtuvo semejantes honores sin pretenderlos, sin las serviles adulaciones de los patricios, sin las interesadas complacencias de los pretorianos, sin los aplausos cortesanos del pueblo, habrá que convenir en que valía más que aquel patriciado, que aquel ejército y que aquella plebe.

Obstinada la naturaleza en negar que los caballos puedan igualarse á los hombres, se resistirá á creer que *Incitato* llegó á ser sacerdote y cónsul; pero la historia no quiere decir que el caballo llegara á ser hombre, sino que el pueblo romano había llegado á ser menos que un caballo.

El bruto, esclavo de la naturaleza, no puede romper los límites naturales de su brutalidad; pero el hombre, libre por su razón, puede llegar á un embrutecimiento sin límites.

La grandeza del pueblo romano se mide por una extensión que no ha recorrido ningún pueblo de la tierra: fué al mismo tiempo el pueblo más poderoso y más envilecido; su lujo sólo puede compararse con su miseria; era el pueblo más culto y á la vez el pueblo más bárbaro; la misma Roma, que hacía aquellos Emperadores y aquellos dioses, hacía aquellos ciudadanos y aquellos hombres, y el pueblo-rey gemía soberanamente bajo la dictadura de sus propios vicios.

Siendo Calígula emperador y dios, bien podía

ser el caballo de Calígula sacerdote y cónsul; más aún, pudo serlo; más aún, lo fué.

Si el caballo de Darío dió un Rey á los persas, el caballo de Calígula llegó á ser cónsul en Roma: el primero brilla por lo que hizo, el segundo por lo que le hicieron: si el uno fué elector, el otro fué elegido.

Incitato obtuvo aquellos honores, y la historia no puede negarle la celebridad que le concedió el pueblo romano.

III.

El día 14 de Agosto de 1837, más de cincuenta mil personas presenciaban en la gran plaza de Maguncia la erección de un monumento consagrado á la memoria de un grande hombre.

El monumento era una estatua, y la estatua era de Guttenberg, inventor de la imprenta, ó, más bien, de los caracteres movibles.

Murió Guttenberg el 24 de Febrero de 1468; de manera que no obtuvo el honor de la estatua hasta cerca de cuatro siglos después de muerto; sin duda porque el mundo necesitó todo ese tiempo para convencerse de la poderosa extensión de tan maravilloso invento.

Y en verdad que todos debemos profunda gratitud al inventor de la imprenta, lo mismo los sa-

bios que los ignorantes, lo mismo los ignorantes que los perversos.

Los sabios, porque tienen en la imprenta un medio de extender la ciencia.

Los ignorantes, porque del mismo modo disponen de ella para esparcir las sombras de su propia ignorancia.

Los perversos, porque no hay nada que como la imprenta lleve con más seguridad y con más prontitud á la inmensidad del vulgo la semilla intelectual de todas las perversidades.

Por una cruel combinación de las cosas, la verdad se encuentra obligada á agradecerle á Guttenberg la invención de un artificio que sirve admirablemente para propagar todos los errores.

Instrumento ciego de rápida y continua comunicación entre los hombres, reclama con justo derecho lo mismo la gratitud del bien que los homenajes del mal.

Difícilmente se encontrará entre las glorias humanas una que más justamente merezca el aplauso universal; porque si la verdad le debe mucho, al mismo tiempo, ¡cuánto no le debe el error!

Cuentan que Guttenberg se encontró, cierto día que la tradición no señala, en medio de un camino; quizá iría de Maguncia á Estrasburgo, ó volvería de Estrasburgo á Maguncia.

Debemos suponerle meditabundo y cabizbajo, como todo hombre que siente en su cabeza el peso de una idea cuya forma no encuentra.

Delante de Guttenberg caminaba una mula, como si este animal quisiera guiar á Guttenberg como un hombre guía á un niño; pero ello es que Guttenberg seguía los pasos de la mula.

Entonces pudo observar cómo se estampaban las herraduras en el polvo del camino.

Así dicen que se completó en la cabeza de Guttenberg la idea de la imprenta.

Reclamo, pues, para esta mula la celebridad que le corresponde.

Ella inspiró á Guttenberg la imprenta, como la guerra de Troya inspiró á Homero la *Iliada*, y una mula no es más brutal que una guerra.

Se dirá que no hay certidumbre histórica de semejante relato; pero tampoco hay certeza histórica de la guerra de Troya, y sin embargo es célebre.

¿Sería la mula de Guttenberg el único bruto á quien ha dado celebridad la imprenta?

El hecho podrá no ser cierto, pero es posible; y, si no es histórico, no puede negarse que es natural.

Acaso sea triste tener que descender hasta la herradura de una mula, y hasta el polvo de un camino, para buscar, digámoslo así, la impresión primera de la imprenta; pero observemos que la Providencia se complace frecuentemente en asociar á la soberbia del hombre las más humildes circunstancias.

EL MUNDO

I.

HAY una época todos los años en que la parte brillante y ligera de este pueblo, movible como el mar y mudable como una mujer, sale precipitadamente por todas las puertas de la población, arrojándose fuera de Madrid y alejándose en todas direcciones, como parten y se alejan del foco de su luz los rayos de una estrella.

Es curioso ver cómo marchan hacia todos los puntos del horizonte series continuadas de familias, seguido cada individuo de ese segundo y variado *yo* que las mujeres llevan en su *mundo* y los hombres en su maleta.

Esta general romería se hace en obsequio de esa divinidad caprichosa y voluble que se llama *moda*.

Toda esa caravana del lujo, de la ociosidad y

de los placeres, vuelve lo mismo que se va; cada hombre con su maleta debajo del brazo; cada mujer con su *mundo* á la espalda.

Ahora estamos todos aquí juntos y unidos por los fríos lazos del invierno, formando este agitado conjunto que se llama vida, este revuelto laberinto que también se llama *mundo*.

¡Mundo! Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro tapias del pueblo en que habéis nacido, como las perlas en el estrecho recinto de las conchas en que se ocultan, no sabéis lo que es el *mundo*.

Las montañas se levantan por una parte mostrándoos las agrias pendientes que surcan sus anchurosas faldas, como si quisieran detener vuestras miradas, recogerlas y dirigirlas hacia las cumbres por donde el día asoma ó donde el sol muere.

Para mirar la montaña que nos cierra el paso, hay que levantar los ojos; y siempre que los ojos se levantan, la mirada del hombre se encuentra con el cielo.

Por otra parte, el valle se hunde cortando el terreno en surcos profundos que se abren delante de vuestros pies, como si quisiera obligarlos á doblar la cabeza bajo el peso de tristes meditaciones.

La tierra, abriéndose de repente delante de vuestras plantas, parece que os quiere decir: «Yo soy un abismo».

Mas allá el río, precipitándose impetuoso por las gargantas de la sierra, desgarrado por los pe-

ñascos que le salen al encuentro, tiende sus aguas limpias y cansadas, buscando inútilmente un reposo que no ha de hallar, y, gimiendo unas veces y bramando otras, sigue su camino como un viajero condenado á no detenerse nunca.

Las aguas, que forman un ancho rodeo, dibujan en ondas suaves los graciosos contornos de las huertas, como la franja de plata que forma el caprichoso festón de un manto verde.

Delante de vosotras abre sus brazos, como si quisiera deteneros: él os sale al encuentro, y os grita: «¿Dónde vais?»

Sitiadas por la naturaleza, os encontráis detenidas dentro del espacio formado por la montaña, por el valle y por el río.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras lo que es el mundo?

Vuestra ignorancia sólo os permite ser buenas hijas, buenas esposas y buenas madres.

Cantáis por las mañanas, rezáis al caer el sol y bailáis los domingos delante del atrio de la iglesia, porque vuestras honestas alegrías son tan agradables á los ojos de Dios como vuestras humildes oraciones.

Tenéis unos espejos en los que comprobáis todos los días la belleza de vuestros semblantes y la sencilla pureza de vuestras almas.

Os miráis en los ojos de vuestras madres, de vuestros esposos y de vuestros hijos; os miráis también en el espejo siempre limpio de vuestra conciencia.

Vuestros adornos son siempre de moda.

Tenéis la sonrisa de la alegría, bello adorno fabricado y tejido en el taller de vuestro propio corazón.

Sois gallardas, como el álamo que se cría al sol y al viento.

Cada estación os ofrece una flor fresca, risueña, acabada de hacer, viva y brillante, para que adornéis vuestros cabellos.

El trabajo, la virtud y la inocencia os proporcionan los dos encantos más bellos de la mujer: la alegría y la salud.

Vuestros cosméticos son el sol que ilumina vuestros semblantes, el agua que refresca vuestras mejillas.

Vuestro aire es el aire de la montaña, suelto, apacible y bullicioso.

Cuando bajáis al valle, cruzáis la ribera ó subís á la montaña, todo os echa flores: la tierra, el monte, los granados, los almendros, los rosales y los tomillos.

Esta galantería podéis admitirla sin bajar los ojos; podéis aceptar esos requiebros sin que vuestro rostro se encienda de pudor ni palidezca de soberbia.

Podéis recoger esas flores que os arrojan al paso, sin que vuestros hijos se avergüencen, ni vuestros esposos se ofendan, ni vuestros padres se aflijan.

La hierba-luísa y la malva-rosa os envían todas las mañanas y todas las tardes el silencioso saludo

de sus perfumes, como si os quisieran decir: *Aquí estamos.*

Las flores más tímidas no tienen inconveniente en bordar las paredes de vuestras casas; para ello no piden más que una gota de agua y un rayo de sol que el cielo cuida de darles.

Las enredaderas, incansables, trepan por las tapias, suben hasta vuestras ventanas, y allí cuelgan sus caprichosas redes, y moviendo lentamente sus ligeras campanillas, parece que quieren decir: *Ahora sí que no te escapas.*

¿Y los pájaros? No os dejan vivir.

Ellos vuelan delante de vosotras, os siguen y os rodean, porque para ellos sois unos amigos de confianza, unos vecinos de toda la vida: son vuestros convidados de todos los días.

Cuando hace frío se meten en vuestras casas, comen vuestro pan, cuelgan sus nidos debajo de vuestros techos, y si los miráis, pían descaradamente, como si dijeran: «Aquí estamos todos».

Al romper el día abrís la puerta, y salen volando y diciendo: «Hasta luego».

Algunos se detienen, revolotean alrededor del nido, que dejan oculto entre los palos que se cruzan sosteniendo el techo, salen y entran de nuevo, como si os quisieran decir: «Cuidado con mis chiquitines».

Á las doce en punto ya están todos de vuelta; entran, como en su casa, cantando; y si la mesa no está puesta, si el pan no está sobre la mesa, si

no hay todavía ni una migaja por el suelo, se alborotan, van y vienen de un punto á otro, saltan y vuelan con tal inquietud, que claramente quieren decir: «¡Eh! ¿No se come en esta casa?»

Llega la primavera, y de cada puerta sale una nueva generación de pájaros.

Parece que los árboles no esperaban otra cosa, y al instante empiezan á abrir sus flores y á cuajar sus frutos; los pájaros entonces no entran ya en las casas, porque no salen de los árboles.

No hay manzana que no piquen, ni granada que no prueben, ni sementera que no escarben.

Bajan en bandadas á los sembrados, y allí nada respetan; ocultos entre la hierba que les *hace capa*, comen sin rechistar.

De pronto oyen un ruído sordo y un murmullo lejano, y el más listo grita: «¡Arriba!», y se pueblan de pájaros las copas de los árboles que sombrean la huerta.

Es el perro de la casa vecina que se entretiene en asustarlos: ellos lo ven, y se dicen por lo bajo: «¡Qué bruto!»

El perro corre de un árbol á otro, salta, se empina, ladra, y al fin se aleja cabizbajo, gruñendo estas palabras: «¡Qué pillos!»

Detrás del perro vienen las muchachas; los pájaros las ven, y se arrojan á las puntas de las ramas más altas, como si quisieran verlas mejor: ellas vienen saltando y cantando; los pájaros cantan y saltan también de un modo que de seguro

quiere decir: «¡Hola, amigas! Buenas tardes».

En el verano se extiende entre ellos la voz de «á la era», y desde ese momento no hay grano seguro. Van detrás del trillo como una escolta detrás de la carroza de un rey.

En el otoño echan sus cuentas tomando el sol sobre las tapias de los corrales; desde allí se descuelgan uno á uno como si tal cosa, se mezclan entre las gallinas con la mayor franqueza, y pican y comen sin descanso.

Si el gallo se atufa, y erizando las plumas cacarea como quien dice: «¿Qué es esto?», uno, cualquiera de ellos, le contesta en el acto: «Calle V., buen hombre, que todos somos hijos de Dios».

Los pájaros son vuestros eternos huéspedes.

Vuestras casas están apiñadas alrededor de la iglesia como los hijos alrededor de su madre.

Detrás de la iglesia está el cementerio: ese campo santo, labrado por la muerte, está allí como un amigo que espera: sobre cada sepultura se levanta una cruz, sencilla porque es la verdad, negra porque es el recuerdo de un gran luto, con los brazos abiertos porque es la señal de una gran esperanza.

¡Pobres criaturas! ¿Qué sabéis vosotras? Sabéis amar, sabéis creer, sabéis orar y sabéis morir.

Al nacer, todos os besan; al morir, todos os rezan.

Vuestra ignorancia es tal, que es preciso que el sol os diga la hora en que vivís, que las flores os

adviertan la estación que viene ó la estación que se va.

He aquí cómo contáis los años de vuestra vida:

—Ésta tiene la edad de aquel manzano.

—Aquélla nació al florecer por primera vez aquel almendro.

—Hasta que no vuelvan las golondrinas, no puedo yo cumplir quince años.

—¿Cuántas veces se ha cubierto de rosas ese rosal? Pues todos esos años vivo yo.

La campana de la iglesia, suspendida sobre vuestras sencillas cabezas, es la que os señala la hora del trabajo, la hora del descanso, la hora de la oración y la hora del regocijo.

¿Amáis? Todo el mundo lo sabe; no ocultáis el amor, porque no os avergüenza, y lo publicáis, porque os alegra.

Vivís como las flores, á la luz del sol y delante del cielo.

Por todas partes encontráis dulces recuerdos, memorias continuas que vienen á hablaros de vuestro cariño, de vuestro respeto, de vuestra fe.

Yo os oigo decir:

—Aquel álamo lo plantó mi abuelo.

—Aquí, sobre esta ladera, se sentaba aquella buena anciana que nos enseñaba á rezar.

—Á la sombra de este castaño veía la campiña por la que ya no podía correr.

—Este relicario me lo puso mi madre al cuello el día de mi boda: á ella se lo puso su madre el día

que se casó; yo también se lo pondré á mi hija el día que se case.

¿Y esto es vivir? ¿Y estas criaturas, al cerrar los ojos por la última vez, podrán decir que han visto el mundo?

¿Y la civilización, y la sabiduría, y el progreso han de dejarlas en tan profunda ignorancia?

Yo os enseñaré un pequeño mundo, ese *mundo* que las mujeres de la civilización, de la sabiduría y del progreso llevan á la espalda al correr por el mundo.

Es un mundo sobre el que brilla el sol y el cielo de los placeres.

Es un paraíso en que la tierra es de seda y los ríos de oro.

Yo os enseñaré ese *mundo* terso y brillante, lleno de rincones, de secretos y de obscuridades.

Aquí lo tengo como una joya encerrada en su estuche: otro día abriremos el estuche y veremos la joya.

II.

El mundo es una bola.

Dentro del sentido vulgar de la última palabra del renglón que antecede, se encuentra contenida la definición más exacta y más completa del mundo.

No hay más que llamar especialmente la atención subrayando la palabra *bola*, para que se caiga

en la cuenta de la expresiva significación de esa figura.

Encierra la palabra *bola* una verdad física y una verdad moral.

Es á la vez una figura geométrica y una figura retórica.

Es una palabra doblemente intencionada.

El mundo es una *bola :* así lo pinta la astronomía después de haber tendido sus sabias miradas por la redonda superficie de la tierra.

El mundo es una *bola :* así lo define la triste experiencia sacada del mismo mundo : el mundo es una *bola*, es decir, el mundo es una mentira.

Hay nombres que se salen del *Diccionario* como un desocupado se sale de su casa, y sin saber qué hacerse, vienen, después de dar muchas vueltas, á caer, por gracia ó por capricho, sobre ideas que no estaban aún perfectamente definidas.

Estos nombres penetran é iluminan el sentido de las cosas, como un rayo de sol entra alegre y risueño en una habitación alumbrada por la triste claridad de una lámpara.

Bola : he aquí una palabra que ha estado rodando largo tiempo por la larga extensión del *Diccionario*, sin descubrir la profundidad de su sarcástico sentido hasta que ha tropezado con el mundo.

De la misma manera el pedernal testarudo ocultó la chispa en sus entrañas duras y frías, hasta que el acero tuvo la feliz ocurrencia de salirle al encuentro, ponérsele delante, y herirle.

La chocante comunicación del acero y de la piedra ha producido el luminoso descubrimiento de la chispa ; de la relación superficial del mundo con la *bola* ha saltado á nuestros ojos un rayo de luz.

He aquí cómo, sin pasar de la superficie del mundo, hemos llegado á su mayor profundidad.

El mundo es una mentira.

Para descubrir una mentira es preciso ahondar mucho ; porque la mentira es una cosa cuyo secreto consiste en esconderse tenazmente detrás de todas las superficies de la verdad.

Es lo falso que mata á lo cierto y se cubre con su piel.

Los errores no serían temibles si no tuvieran la precaución de echarse á la calle embozados en el manto de la verdad.

Decidme cómo podría pasar un duro de plomo, si antes no se escondiera cuidadosamente dentro de todas los apariencias de veinte reales.

Habréis observado que me sirvo con frecuencia de la moneda para echar sobre mis pensamientos la claridad de las comparaciones.

Es el único despilfarro que me permito : cada uno tiene su lujo, y yo tengo ese ; dejo caer de vez en cuando una moneda para que la recoja el transeunte.

Yo conozco muy bien el espíritu literario y filosófico del mundo, y sé que en ninguna parte se fija la atención con más empeño que en aquellas en que se ve el brillo ó se siente el sonido de un duro.

¿Con qué había de venceros más pronto y más victoriosamente que presentándoos el testimonio irrefragable, la prueba concluyente de veinte reales?

¿Se ve hoy algo en el mundo con claridad sin la ayuda de esa luz blanca y amarilla que brota del dinero?

Dice éste: «El porvenir está muy obscuro».

Dice aquél: «No veo camino».

Dice otro: «Mi suerte es muy negra».

Los tres quieren decir una misma cosa; los tres dicen: «No tenemos un cuarto».

¿No es el dinero el que nos hace abrir los ojos y cerrar las manos?

¿Qué hombre se atrevería á pensar siquiera, sin consultar antes el misterioso oráculo de su bolsillo?

¿Qué es un bolsillo repleto? Una fortuna.

¿Qué es un bolsillo vacío? Una desgracia.

Poned resueltamente la mano sobre el corazón de la época, que es el negocio, y decidme: «¿Se mueve ya en el mundo la hoja del árbol sin la voluntad del dinero?»

¡Cuánto afecto se compra! ¡Cuánto talento se vende! ¡Cuánta adhesión se alquila!....

El mundo es así, y por eso os muestro un duro para que miréis; lo hago sonar para que escuchéis; hablo en plata para que me entendáis.

Basta que sea duro; no importa que sea falso, porque el dinero, no lo creeréis, es la primera mentira del mundo.

Es el brillo con que está dorada esta *bola* que todos nos resistimos á tragar: es el sofisma á cuyo falso impulso *rueda la bola*.

Es el color, no el cuerpo; es la forma, no la esencia; es el aire, no la vida; es el medio, no el fin.

Es el color, porque se disipa; es la forma, porque desaparece; es el aire, porque se escapa; es un medio, porque jamás se llega á la posesión del último duro.

Formalmente no ha dicho nadie todavía: «No quiero más».

No es propiamente dicho una verdad; si lo fuera, lo sería igualmente para todos, y el dinero no es más que para los ricos.

Extraña verdad sería esa que todos la buscan con el mismo afán, y sólo hay algunos que la encuentran.

El dinero es una apariencia que se deshace al primer mal paso de la fortuna, un poco de humo que se disipa al más ligero soplo de la adversidad, un brillo que se apaga con el solo contacto de la desgracia; es, en fin, la perspectiva de la suerte.

Esa es la primera ficción con que el hombre tropieza al empezar á andar solo por el mundo: al soltar el apoyo de su madre que lo lleva de la mano, se agarra al dinero para no caerse.

Es una creación del hombre, y, como todo lo que el hombre crea, es falsa.

La verdad es la pobreza, la miseria universal.

Ved, si no, á todos los hombres agitándose, codeándose, empujándose, pidiendo dinero, buscando dinero, tomando dinero, como si el mundo no fuera más que un enjambre de mendigos.

El bolsillo no tiene medida.

He ahí la pobre medida de su valor: nunca hay bastante.

Á todo el mundo le hace siempre falta un duro. ¿Os sonreís? Pues bien: arrojad un bolsillo en medio de la calle, y ved si hay alguien que no quiera recogerlo.

Hemos tomado á la codicia por riqueza, á la necesidad por satisfacción.

¿Qué es dinero? Una cosa que siempre vale menos de lo que cuesta; un artificio, una superchería, un engaño en el cual todos hemos convenido.

Estas son las puertas doradas del mundo que tengo delante. Para llamar á ellas, no hay más que golpearse el bolsillo; si suena, las puertas se abren de par en par; si el bolsillo no suena, las puertas permanecen cerradas.

Por ahí empieza este mundo que vosotras, pobres criaturas que vivís encerradas entre las cuatro tapias de la humilde aldea en que habéis nacido, no conocéis.

Este mundo no ha salvado aún la montaña, el río, el valle con que la naturaleza os tiene sitiadas, como si fuera una madre que os rodeara con sus brazos para deteneros.

¡Pobres criaturas! Este manantial de oro no ha ido todavía á fecundar la tierra agradecida de vuestras graciosas huertas.

Esta brillante agitación, demasiado ocupada, no ha podido ir aún á turbar la dulce paz de vuestra vida risueña.

Esta sabiduría no os ha enseñado aún á mentir y á engañaros.

Esta civilización no ha ido todavía á deciros cómo podéis aborreceros.

Este desesperado bienestar no ha podido aún ir á turbar la tranquilidad de vuestro trabajo ni el sosiego de vuestro sueño.

Esta riqueza no ha llegado aún á revelaros hasta dónde pueden llegar las angustias de la miseria.

Esta vida decrépita no ha podido aún robaros la lozanía de vuestra juventud, porque no ha podido manchar la limpieza de vuestras costumbres.

Esta ciencia no ha podido corromper todavía vuestro corazón: esta literatura no ha conseguido aún extraviar vuestros sentimientos.

Este vicio fino, culto, ilustrado, aún no ha llegado hasta vosotras, y no ha podido arrancaros las virtudes sencillas y cristianas que anidan en vuestros corazones, como los pájaros alegres anidan en las gallardas copas de los árboles que dan sombra á vuestras humildes viviendas.

Este es el vestíbulo del mundo que vosotras no conocéis.

Por esa gran puerta se entra en este gran mundo, donde los pájaros están prisioneros en preciosas jaulas, donde las flores son contrahechas ó viven encerradas en lóbregos invernaderos, creciendo tristemente al enfermizo calor de las estufas; donde cada jardín es un artificio, cada árbol un preso; donde la vegetación risueña y espontánea huye, deteniéndose á lo lejos como una paloma espantada.

Aquí, donde apenas se ve el cielo, nublado siempre por la soberbia sombra de nuestros magníficos edificios; donde el agua huye precipitada ó salta impetuosa, como si quisiera romper las ligaduras de piedra que la contienen; aquí donde el aire ahoga y donde la tierra es siempre ó polvo ó lodo; aquí, ¿que habíais de hacer vosotras?

Sobre este lienzo se desarrollan los variados colores, la movible riqueza de esos pequeños *mundos* que cada mujer lleva á la espalda, como el saco donde el vicioso lleva sus vicios y el jorobado su joroba.

¿Abrimos uno de sus *mundos?*

Es tarde; la pluma se cansa, el papel se acaba, la luz se enturbia y el tiempo impaciente no quiere esperarse.

Al pie de estos renglones dejo colgada la llave de ese pequeño mundo: otro día lo abriremos.

III.

El mundo: aquí estamos todavía, parados delante de esta palabra, sin atrevernos á penetrar en las obscuras sinuosidades de su sentido.

Casualmente no tenemos prisa, y podemos dar aún una vuelta por su variada superficie, ó sentarnos tranquilamente en el umbral de su misteriosa puerta.

Como los alegres convidados á los ricos festines de los poderosos, detengámonos un momento y murmuremos un rato antes de entrar.

Por la actitud humillada con que el ser humano cae en el mundo, bien puede creerse que viene arrojado, que ha caído despeñado de una gran altura, en castigo de algún gran delito.

En el mismo principio de la vida está el fin; de tal manera, que es absolutamente imposible morir sin haber nacido: se nace, pues, para morir; si la vida no es un tránsito, no es nada.

En el mundo se entra de la misma manera que se sale. Nadie nace por su voluntad, ni nadie muere por su gusto: no se sabe qué es lo que cuesta más trabajo, si nacer ó morir: nacemos llorando, y morimos afligidos: nadie ha dicho: «Yo quiero nacer;» nadie tampoco ha dicho formalmente: «Yo quiero morir.»

El suicidio no es un hecho en contra de lo que

acabo de afirmar, porque ese pensamiento desesperado no se formula así en el alma sombría del suicida.

Él no dice, — aunque lo diga,—«yo no quiero vivir:» en la palabra *desesperación* encontraréis encerrado todo el secreto de su negro pensamiento: lo que él dice es: «Yo no puedo vivir.»

Así se sale y así se entra en la vida, y la vida es el mundo.

Vosotras, pobres criaturas, que vivís encerradas entre las cuatro paredes de vuestra ignorada aldea, tenéis vuestras cunas al lado de vuestras sepulturas; vivís, por decirlo así, paradas al borde del cementerio, como si supierais que vivir no es más que esperar la muerte.

Para nosotros, nacer es el acto continuo de una máquina activa ocupada en surtir al mundo de esta materia elaborada que se llama humanidad.

Para vosotras, nacer es un mandato divino.

Para nosotros, vivir es un derecho y una grandeza; para vosotras, es un deber y una prueba.

Á nosotros nos sorprende la muerte como un acreedor inexorable, cuya deuda no queremos pagar; vosotras recibís á la muerte como á una triste amiga, cuya visita os está anunciada desde el día que nacéis.

La vida es un capital que se nos entrega en la cuna: vosotras lo empleáis, y nosotros lo derrochamos.

Entrar en el mundo es nacer; salir del mundo es

morir; el mundo, por consiguiente, es el espacio comprendido entre el dolor de nacer y el pesar de morir.

¡Qué mundo este!

He aquí una exclamación que está en todos los labios; amargo reproche, triste consideración que se nos escapa en medio de nuestras ardientes alegrías.

Cae en el dulce vaso de nuestros placeres como una gota de hiel.

Esa amarga exclamación tiene también su dulzura.

Cuando en medio de nuestros pesares exclamamos: «¡Qué mundo éste!», es que empezamos á consolarnos.

Entonces cae esa exclamación en la amarga copa de nuestros dolores como una gota de miel.

Mas toda esta conversación es demasiado triste para tenerla ante las puertas del mundo. Variemos, pues, el paisaje de nuestras ideas.

¿No habéis visto alguna vez á una niña, llena de viveza y de alegría, correr impaciente, ágil y ciega detrás de una mariposa?

Va, vuelve; torna á ir, y torna á volver: sus pies menudos y ligeros trazan sobre la tierra tantos círculos, tantas vueltas, tantos giros, como giros, vueltas y círculos dibujan sobre el aire las alas casi impalpables del codiciado insecto.

Diez veces ha sentido en sus mejillas como un soplo el contacto fugitivo de aquellas alas finas

como un encaje, brillantes como el oro y la seda, ligeras como el aire.

Veinte veces la ha cogido, y veinte veces se le ha escapado: parece un desafío á muerte: la niña ni se cansa ni cede; la mariposa ni huye ni se deja coger; hay gritos de cólera, gemidos de impaciencia y quejidos de alegría; hay pasión, hay furia, hay vértigo.

No es siempre la niña la que busca á la mariposa; muchas veces es la mariposa la que busca á la niña.

Cualquiera, siguiendo con los ojos este laberinto de vueltas, de movimientos, de saltos y de carreras, esta serie de emociones, unas veces porque la coge, otras veces porque se escapa, diría con la sonrisa en los labios:

—Ved ahí una niña que juega con una mariposa.

—Cierto, dirán cuantos lo escuchen; y, sin embargo, puede ser y es todo lo contrario.

Hay muchas cosas que tienen el derecho al otro lado de aquel porque se miran, que, semejantes á los hombres, suelen echarse la realidad á la espalda, llevando delante la superficie, la fachada, las apariencias.

Cualquiera que caiga en esto podrá decir:

—Ved ahí una mariposa que juega con una niña.

Entre tanto, la niña sigue invencible y la mariposa incansable.

Llega al fin un momento que parece decisivo.

La mariposa ha tomado espacio, y, elevándose hasta las copas de los árboles, se ha perdido entre el follaje obscuro y espeso.

La niña, suspensa, la busca con sus inquietas miradas, y no la encuentra. De pronto la ve venir silenciosa y cauta por debajo de las ramas, como si quisiera sorprenderla.

Sus alas, ya azules, ya carmesíes, relampaguean en la sombra, llenando el aire de caprichosas aguas de todos colores; se agita temerosa como una llama de nácar, de púrpura y de oro.

La niña abre sus brazos para esperarla, abre sus ojos para no perder ni uno de sus movimientos, y abre sus labios sonrosados para decirse á si misma: «Esta vez no se me escapa.»

La mariposa llega, la envuelve en una nube de círculos, roza sus labios, sus rizos, sus mejillas, sus párpados, golpea con sus alas las manos de la niña, y se escapa majestuosamente, como si quisiera decir: «¡Estás fresca!»

¡Qué lástima! ¡qué desconsuelo! ¡qué rabia!

La mariposa va y vuelve, la niña vuelve y va. Las dos se buscan con nuevo encarnizamiento, y las dos se encuentran.

Levanta la niña sus dos manos blancas, pequeñas y sonrosadas como dos mosquetas, y la mariposa pasa por entre las manos de la niña, como pudiera pasar por entre dos rosas.

Este sí que es el momento decisivo, el momento supremo.

La niña junta sus manos, y la mariposa queda al fin entre las manos de la niña.

¡Qué alegría! ¡qué saltos! ¡qué risas! ¡qué felicidad!

Aquí está preso, cogido, el objeto de tantos afanes.

No se atreve á separar los dedos; los aprieta, temerosa de que el tesoro se escape.

Diez cabezas más ó menos rubias, pero todas movibles y risueñas, rodean con impaciente curiosidad aquellas manos que han sabido coger tan codiciada joya.

Diez cabezas de niñas, esto es, diez botones de rosa que se empiezan á abrir.

Van á ver los matizados colores de sus alas, van á tocar sus bordados de oro, van á examinarla, á besarla, á poseerla.

Se toman serias precauciones para el caso de una fuga. Todas las manos se levantan escalonadas estratégicamente alrededor del prisionero, como centinelas colocados para hacer inútil cualquiera tentativa de evasión.

Cada una de aquellas manos está deseando que el preso se escape, para que sea á ella á quien le toque detener al fugitivo.

Al fin la niña empieza á separar poco á poco sus manos fuertemente apretadas: la curiosidad se aumenta, la impaciencia crece, y las precauciones

se doblan : la curiosidad se pinta en todos los semblantes y la inquietud en todas las miradas.

Hay un momento de profundo silencio y de completa inmovilidad ; ese silencio y ese reposo que preceden siempre á los grandes sucesos.

Al fin las manos de la niña se abren : una exclamación general resuena en el corro ; la curiosidad desaparece, las manos se bajan, las precauciones se abandonan.

La mariposa no es mariposa ; aquellas alas no son alas ; aquellos colores no son colores ; la niña muestra en la suave palma de su menuda mano un gusanillo aplastado, un poco de polvo que apenas brilla á los rayos del sol ; nada.

La curiosidad se convierte en descontento, la animación en abandono, la alegría en tristeza.

—¡Qué chasco!

He ahí la vida ; ese es el mundo.

Desengaño es una palabra sólida, pesada, grave, que cae á plomo sobre nuestro corazón y lo oprime con el peso de una montaña.

Desengaño es una voz seca y fría que se encuentra al fin de todos los placeres, de todas las satisfacciones, de todas las vanidades. Siempre que se nos acerca, nos dice: «Todo aquello era mentira.»

Cualquiera que llegue aquí mirará con desdén todo lo que llevo escrito, y, encogiéndose de hombros y alargando el labio inferior y entornando los ojos, dirá: «Una niña y una mariposa. ¡Vaya un par de personajes para enseñarnos el mundo!»

Ese cualquiera tiene razón.

Llamemos á esa vieja incansable que todo lo averigua y todo lo sabe, y cuyo nombre es unas veces sabiduría de los hombres y otras ciencia humana.

Aquí está.

—¿Qué sabes tú?

—Si me preguntáis por lo que quiero saber, os diré que todo; si me preguntáis por lo que sé, os contestaré que nada.

Hay que creerla, porque así sólo puede hablar la sabiduría.

¿Qué es lo que la ciencia sabe, comparado con lo que ignora?

Sabe que la vida empieza por un misterio y acaba por un misterio; que se encuentra encerrada en el estrecho paréntesis de dos obscuridades.

La ciencia sabe lo que sería imposible ignorar; no posee el principio de nada, ni el fin de nada; es una vieja que se entretiene también en coger mariposas.

Es una luz que no sirve más que para mostrar claramente la espesa obscuridad que la rodea.

Digámoslo de una vez: no hay más horizontes que los del cielo.

Ahora, llamemos á la puerta, y entremos en el festín: la puerta es la vida, y el festín es el mundo.

—¿Entramos?

—Esperad: es un gran mundo que encierra muchas curiosidades, que guarda muchas riquezas,

que oculta muchos secretos, y vosotras, pobres criaturas, os perderíais en él. Vosotras no sabéis que aquí se pierde todo. Echad una ojeada desde el umbral, y otro día pasaremos adelante.

IV.

Cada uno lleva un mundo en su corazón, lo mismo el joven que el viejo; y este mundo es unas veces «mañana» y otras veces «ayer».

Hay un momento en que se dobla la vida como una esquina, y entonces dejamos la calle de las esperanzas y tomamos la calle de los recuerdos.

Es decir, que la vida se acaba antes que el hombre; así que consumimos la última esperanza, volvemos atrás; solamente que desandamos el camino por la otra calle.

Eche cada uno la sonda de su curiosidad en el profundo mar de sí mismo, y se encontrará con un abismo que no tiene medida.

Y, sin embargo, el hombre es una casa tan estrecha, que apenas cabe dentro de sí; la vida exterior es tan espaciosa, tan rica, tan bella, que no hay más remedio que echarse á la calle, ó pasar el día asomados á los balcones de nuestros ojos.

El mundo se tiende á nuestros pies como un esclavo, y se abre á nuestras miradas como un panorama interminable; sus atractivos nos deslumbran, y su loca alegría nos arrastra.

¿Habéis visto un diamante? Pues bien; detrás

de las aguas de luz con que se viste, no hay más que un poco de tierra cocida.

La luciérnaga es una luz pálida y limpia, detrás de la que se oculta siempre un gusano.

Vosotras, bellas criaturas, que pasáis la vida asomadas á la ventana de vuestros encantos; que todo lo miráis desde la altura de vuestros adornos; que ahogáis sobre las alfombras el ruído de vuestros pasos, como si quisierais ocultarle al tiempo que vais andando por la vida; que tenéis por templo el tocador, por altar un espejo, por divinidad vuestra propia hermosura; vosotras sabéis lo que es el mundo.

No sois la perla escondida; sois la perla engastada.

No hay una escalera suntuosa que no lleve hasta vuestros pies su último peldaño, y os diga: «subid»; no hay una joyería que no salga al paso de vuestras miradas, y no os diga: «tomad»; no hay aparador que no se cubra diariamente con los caprichos de la moda para deciros al pasar: «Todo esto es vuestro».

Pasáis por la tierra dejando un rastro de perlas, de encajes y de seda.

Parece que los vínculos que os unen á la vida no son más que esos lazos con que trenzáis vuestros cabellos, ceñís vuestras cinturas ó sujetáis los abundantes pliegues de vuestros vestidos.

Tenéis la dulce palidez de vuestros semblantes encerrada en un vaso de cristal ó de china primoro-

samente fabricado, y guardáis el suave carmín con que el pudor tiñe las mejillas de vuestra juventud interminable en el fondo perfumado de un precioso tarro de porcelana.

Todo lo sabéis: sabéis mirar; sabéis sonreir; sabéis brillar.

Vivís prendidas á la vida como un adorno.

Si la inocencia fuera de encaje, la modestia de raso, la honestidad de oro y la virtud de brillantes, seríais un verdadero tesoro de inocencia, de modestia, de honestidad y de virtud.

Vosotras habéis ensanchado interminablemente los horizontes de la vida rodeándoos de espejos; al fin del camino que seguís está siempre vuestra imagen: tenéis constantemente delante de los ojos una bella perspectiva: vosotras mismas.

Vuestra propia hermosura os sale continuamente al paso para sonreiros con toda la gracia de la vanidad satisfecha.

Os conocéis con esa seguridad que da el trato íntimo y continuo; sabéis perfectamente qué color anima más vuestros semblantes, qué rizo se destaca mejor sobre el alabastro de vuestras frentes, qué adorno es el que dobla la gracia de vuestras movibles cabezas y hace más brillantes vuestros cabellos castaños, negros ó rubios.

Sabéis cuál es la sonrisa más graciosa, la mirada más interesante, el ademán más distinguido.

Poseéis el gran secreto del mundo; tenéis la gran intuición de una gran filosofía; sabéis lo que

os conviene descubrir y lo que os conviene ocultar.

Sumáis vuestros encantos como un avaro sus monedas; tapáis vuestras imperfecciones como un hipócrita oculta sus vicios.

Unos dientes hermosos bastan para vuestra alegría; os sonreiréis hasta con las lágrimas en los ojos; y si la tristeza os hermosea, seréis capaces de estar eternamente tristes.

Aplicáis el llanto y la risa á vuestra belleza, como dos cosméticos encargados especialmente de realzar vuestra hermosura.

Vuestras madres temen, vuestros esposos desconfian, vuestros hijos dudan.

Habéis hecho de vosotras mismas un peligro constante á vuestra honestidad, un escollo continuo á vuestra virtud, y un recelo permanente para los que os estiman, para los que os respetan, para los que os aman.

Marcháis delante como los estandartes de esta procesión majestuosa; la turba os empuja y os admira, la murmuración os sigue, la envidia os espía y la lisonja os muerde.

Cruzáis las calles, y la multitud os abre paso; todos los ojos os miran y todas las bocas os insultan; dejáis en pos de vuestro paso un murmullo de equívocos, una nube de insolentes miradas: las flores que os arrojan al semblante llevan siempre una espina que va derecha á clavarse en vuestro decoro.

Vosotras no lo advertiréis; pero cada requiebro

es un desprecio: gozáis en que os humillen; si os admiran, ¿qué importa que os insulten?

Hay mujeres que van por la calle con la cabeza alta, la mirada serena y un aire ufano; que dicen á todo el que se encuentran: «Por aquí van mis vicios».

Hay otras que atraviesan las calles con la cabeza erguida, la mirada desdeñosa y el aire satisfecho; que van diciendo: «Por aquí voy yo».

Vosotras no sois las primeras; pero ¡qué fácilmente podéis llegar á serlo!

¿Y qué sois? Una mentira engalanada con los adornos de la verdad; una triste alegría, un sofisma como el de la belleza, una paradoja como la del placer, un brillo como el de la ciencia, una ilusión como la del dinero: pura perspectiva.

Sois la percha donde el lujo cuelga sus fugitivas invenciones, el aparador donde el comerciante muestra sus telas, joyeros donde Pizzala expone sus alhajas.

Vuestras cabezas son los moldes de vuestros peluqueros, vuestros talles el *patrón* de vuestras modistas, búcaros donde las floristas muestran al público los fríos artificios de sus rosas de linón, de sus claveles de terciopelo, de sus hojas de tafetán, de sus ramos de seda y alambre.

¿Qué sois? Vasos de barro frágil desde donde el perfumista anuncia al público que aspira vuestra belleza, las más delicadas combinaciones de sus exquisitas esencias.

Sois el lujo; esto es, la gran mentira de la civilización, la gran miseria de nuestros tiempos.

No sois hijas, no sois esposas, no sois madres; no sois más que bellas, jóvenes y elegantes.

Pensáis en el aderezo de ayer, soñáis con el vestido de mañana.

El reloj de jaspe y de oro que late apresuradamente sobre el mármol de la chimenea de vuestro tocador, como si le faltara tiempo para vivir, os está gritando á cada momento: «Al teatro, al baile, al coche, al salón».

El amor es la gran pasión de vuestra alma: ese amor íntimo, profundo, que nos encadena á nosotros mismos, que dura toda la vida: el amor propio.

¿Qué buscáis en la sociedad? La admiración. ¿Qué encontráis en la familia? ¡Ah! Los hijos molestan, los maridos fastidian, las madres ya son antiguas.

Tenéis pudor, cierto; ese pudor que os hace ocultar todo lo que os afea.

Oid un cuento histórico.

Alrededor de la mesa de un café discutían varios jóvenes acerca de la hermosura de una dama famosa.

Cada uno exponía á la admiración de los demás el encanto que más había herido su deseo en el bello conjunto de aquella hermosa criatura.

Sobre el mármol frío de aquella mesa se estaba haciendo la ardiente autopsia de una mujer encantadora.

El entusiasmo iba creciendo como las aguas de una inundación.

La mujer que lea estos renglones, experimentará probablemente cierta envidia al ver que no es ella el objeto de tanta admiración.

Entre los circunstantes había un joven, recién venido de provincia, que escuchaba con indiferencia aquella ruidosa tempestad de alabanzas. Otro, sorprendido de aquel silencio, le dijo:

—¿V. no sabe de quién se trata?

—Sí lo sé,—le contestó.

—¿Pero V. la conoce?

—La he visto una vez.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿Y no le parece á V. una mujer admirable?

—Según (le contestó): casi desnuda, no me gusta.

¡Admirable mujer esa! Estaba dispensada de todo pudor, porque no tenía ninguna imperfección que tapar.

La que, después de leer estos renglones, sienta en su alma la pena de no ser el objeto encantador de tantas alabanzas, hagámosle justicia asegurando que debía serlo.

Vosotras tenéis también profundos dolores: la primera cana y la primera arruga os cuestan muchas tristezas.

Las demás penas de la vida las lloráis con lágrimas de oro.

Sobre el cadáver de vuestro hermano, de vuestro padre ó de vuestro hijo echáis el suntuoso llanto de un magnífico entierro, y enjugáis vuestras lágrimas con el soberbio sudario en que hacéis envolver sus restos.

¡Qué dolor tan elegante! ¡Qué pena de tan buen gusto! Y si el luto os cae bien, ¡qué consuelo!

Morís, preciso es confesarlo, como las flores, dejando en pos de vuestro camino un mundo de hojas marchitas: vuestro guardarropa esparcido sobre la tierra.

Dejáis el recuerdo de vuestros ricos vestidos, la memoria de vuestras últimas joyas, la imagen vaporosa de vuestra exquisita elegancia.

Este es el mundo.

Vosotras lo hábeis encerrado en el estrecho recinto de cuatro tablas: llamáis *mundo*, con perfecta exactitud, á ese inmenso baul que lleváis siempre á la espalda en vuestra brillante peregrinación sobre la tierra. Dentro lleváis vuestro corazón.

Abrámosle.

—¿Qué hay en él?

—Todo: seda, oro, diamantes.

—Nada: cuatro adornos, cuatro piedras y cuatro trapos.

—¿Nada más?

—Nada más.

—¿Y ese es el mundo?

—Ese.

Al llegar aquí, tiráis el libro con enfado, di-

ciendo : «Todo eso es mentira.» Es decir, que sois así sin saberlo, ó sois así sin quererlo ser.

Sois muy hermosas, y no queréis creer en la exactitud del espejo que os retrata tan feas. Esto es natural.

Con qué ceñuda admiración preguntaréis:

—¿Ese es el mundo?

Los cortesanos de vuestra belleza os dirán:

—No.

Dentro de vosotras hay una voz que no quiere engañaros: preguntádselo con sigilo, y ella os dirá en confianza:

—Sí: ese es el mundo.

AÑO NUEVO

I.

ANTES de pasar los umbrales del año que se nos viene encima, sería conveniente resolver una cuestión, siempre antigua y siempre moderna, que se ha suscitado, digámolos así, incidentalmente, nada menos que en el Parlamento.

Los términos del problema se ofrecen á nuestra consideración encerrados dentro del curioso espacio que hay siempre entre dos interrogaciones.

El secreto, pues, se nos acerca con cierta malicia burlona, y nos pregunta: ¿qué tiempos son mejores; los pasados ó los presentes?

La pregunta se descuelga con una oportunidad incontestable, porque á nadie se le oculta que nos encontramos á fin del año, y que convendría saber si nos conviene apechugar con el año que se acerca,

ó contratar de nuevo al año que se va, para servirnos de él otros doce meses por lo menos.

Demos una vuelta alrededor de la cuestión antes de entrar en ella, para que veamos dónde nos vamos á meter.

Si los tiempos pasados son mejores que los presentes, lo primero que se ocurre es pararse y ver si se puede volver atrás; pero si los tiempos presentes son mejores que los pasados, lo que se ocurre á primera vista es la conveniencia de no seguir adelante, para no derrochar en cuatro días el codiciado capital de estos preciosos tiempos.

Por este lado la averiguación es inútil, porque, ya de un modo, ya de otro, lo que parece más conveniente es echar pie á tierra y plantarse, como sabiamente hacen todas las mujeres que han cumplido treinta años.

No obstante, es preciso despejar la incógnita, porque urge saber si hemos sido unos sabios naciendo ahora, ó fuimos unos tontos no naciendo antes.

La primera observación que me tira de la levita es esta:

«Los tiempos pasados no han debido ser muy buenos, por la sencilla razón de que han durado muchos siglos, y todo el mundo sabe que lo bueno dura poco.»

Pero me sale al encuentro otra reflexión, y guiñándome el ojo con profunda malicia, me dice:

«Los tiempos presentes deben ser muy malos,

porque todo el mundo anda buscándoles salida, como si nos hubiéramos metido en un mal paso.»

Y es verdad: no hablaríamos tanto de lo que está por venir, si lo presente fuera á nuestros ojos siquiera medianamente bueno.

Si *mañana* es una esperanza, *hoy* debe ser una desgracia.

Al mismo tiempo, obsérvese la tristeza con que se descuelgan las siguientes palabras:

«La humanidad tiene que ser joven ó vieja: si es joven, no querrá pasar de la juventud; si es vieja, querrá volver á ella.»

«Cuanto más anda el hombre en la vida, más se acerca á la muerte; de manera que nuestra esperanza es el fin del mundo. Á pesar de esto, nadie quiere atrasarse; los que menos pedimos, deseamos siquiera salir del día.»

Es verdad que los tiempos pasados no hay por dónde agarrarlos; y esto es claro: si se hubieran podido coger, no se habrían ido.

Tomando el asunto desde su principio, vemos que nuestro padre Adán lo hizo todo lo peor posible, legándonos una herencia, cuya posesión nos cuesta sudores de muerte.

Y he ahí la primera operación de crédito que se hizo en el mundo: él realizó un empréstito que nosotros pagamos. Este es el principio de ese recurso con que se han enriquecido los Estados modernos, y que se llama Deuda pública.

Pero consideremos que si nosotros somos me-

jores que nuestros padres, hay una inicua injusticia en el orden de sucesión.

Yo pregunto: si fueron inferiores á nosotros, ¿por qué van delante?

Ó de otra manera: si somos mejores, ¿por qué vamos detrás de ellos?

¿Será que la especie humana ha empezado por el fin?

Yo me horrorizo cuando, desde el punto elevado de la historia en que nos encontramos, vuelvo la cabeza, y echo una ojeada hacia atrás.

¡Que bárbaros! En Sagunto y en Numancia se degüellan unos á otros por ser ó no ser ciudadanos de Roma ó de Cartago: ellos mismos incendian sus ciudades, para alumbrar el vuelo triunfante de las águilas romanas, y alfombran el camino por donde pasan las legiones invencibles, con la púrpura de su sangre.

¡Parece mentira! Siete siglos emplean en arrojar de España las huestes agarenas, y pasan siete generaciones estúpidas haciéndole la cruz á los moros.

Se les ocurre llamar Sabio al rey D. Alfonso porque tuvo la humorada de hacernos unas cuantas «Partidas» que aún no hemos podido olvidar.

¡Qué tiempos, santo Dios, serían aquellos en que era el modelo de los hombres ese brutal personaje que ha llegado hasta nosotros bajo el nombre de Cid!

¡Qué idea debía tenerse entonces del soldado, del súbdito y del hombre!

No comprendo qué interés pudo tener Isabel la Católica en venir al mundo en tan triste época.

¿Y qué debemos pensar de Cervantes? ¿Cómo pudo caber tan grande ingenio en tan estrechos tiempos?

¿Y antes? ¡Qué insentatos! Colón descubre la América, y Hernán Cortés conquista á Méjico.

Llega un tiempo en que nuestros padres, esclavizados, pierden hasta el derecho de dormir de noche, porque el sol no encuentra horizonte donde ponerse en los dominios de España.

Al fin se acerca el día en que esos tiempos van á pasar al sepulcro de la historia, y nuestros padres hacen su último esfuerzo y firman su testamento con esta rúbrica bárbara : Dos de Mayo.

¡Imbéciles! ¿Qué nos han dejado? Nada : la primera historia del mundo.

¡Qué tiempos! Nadie diría que habían de venir á desembocar en éstos.

Digámoslo con orgullo ; no parecemos hijos de nuestros padres.

Los tiempos presentes, ¡qué diferencia! No tenemos el oprobio de Numancia ni de Sagunto ; no en siete siglos, sino en siete meses, hemos arrojado á los moros, no de España, sino de Tetuán. ¡Las Partidas! Nosotros tenemos partidos. Nuestro Cid es más que un hombre, es un banquero. No hemos conquistado á Méjico, cierto, pero hemos adquirido á Santo Domingo.

Es preciso acabar de una vez con esa preocupa-

ción que nos hace creer que «todo tiempo pasado fué mejor», porque en ese caso el progreso humano resultaría en razón inversa, y vendríamos á parar al absurdo inadmisible de que las últimas generaciones están condenadas á ir á la cola de la humanidad.

Somos mejores que nuestros padres; pero esto tiene una dificultad que merece pensarse.

¿Debemos declararnos incluseros para no cargar con la vergüenza de nuestro origen? Veamos.

En ese punto de vista, preciso es que nos detengamos antes de entrar en el año nuevo, para que el presente no deje de ser el mejor de los años. Está en nuestro interés y en nuestra dignidad.

Ahora comprendo la profunda sabiduría con que las mujeres se quitan años. Lo hacen como quien dice: «No tengo nada que ver con los tiempos pasados.»

Es una cuenta corriente, en la que toman tanto de lo que llega como dejan de lo que se va.

Las cosas, por una razón incontestable de adelanto, van siendo malas según se van alejando de nosotros: para ser buenos, es preciso que nos paremos.

Pensemos bien el caso crítico en que nos encontramos. Si seguimos adelante, vamos á comprometer todo lo que hemos ganado.

Si hemos conseguido llegar á ser mejores que nuestros padres, no debemos pasar de aquí, porque mañana seremos peores que nuestros hijos. Como padres, no podemos admitir semejante injuria.

—¿Qué quiere decir año nuevo?

—Quiere decir que el otro ya es viejo.

En tal situación, es imposible parar el carro, porque detenernos aquí sería tanto como no salir de la antigüedad.

Hay algo de precipitado en este viaje. Doce meses le bastan á un año para volverse viejo. No tenemos tiempo que perder: resolvamos la cuestión.

La cuestión sería difícil de resolver, si no estuviera ya resuelta: el año es nuevo, pero los días son viejos; los doce meses que se van son los mismos doce meses que vuelven.

Desde que se descubrió el Nuevo Mundo no hay nada nuevo.

La antigüedad se repite delante de nosotros como una vieja disfrazada de niña: todo lo ha dicho y todo lo ha hecho.

Con los sucesos ocurre lo mismo que con los hombres; vienen por generaciones, cambian de nombre, pero siempre son los mismos.

¿Qué es un hombre más que la repetición de otro?

Llamad á la Moda, y preguntadle. Ya sabéis que la Moda no es más que la novedad.

Pues bien: aquí tenéis una tela nueva; es de lana, por ejemplo, clara ú obscura.

Todos la vemos, y exclamamos: «¡Qué cosa tan nueva!»

Recapacitemos: la lana es una materia conocida desde el sexto día de la creación del mundo; los co-

lores son tan antiguos como la luz, y la obscuridad es anterior al sol; la tela más maravillosamente tejida se remonta á los tiempos de Penélope.

Veamos otra cosa nueva: aquí hay un sombrero acabado de hacer. ¡Qué alas! ¡Qué copa! Digámoslo francamente: las copas son tan antiguas como los árboles y las alas tan viejas como los cuervos.

Pero vengamos á la novedad más caprichosa: aquí tenéis un lazo admirable, verdaderamente nuevo. Todos caen en él, y ninguno cae en la cuenta.

Este lazo es una pobre imitación de aquel que Eva compró á la serpiente por un tesoro de inocencia: es el mismo en que Adán cayó.

La tienda misma, ¿qué tiene de nuevo?

Ella es una especie de paraíso; el comerciante una clase de serpiente; la mujer una continuación de Eva, y el hombre un pobre Adán.

El mundo es ya una vasta prendería, en que todo es viejo, hasta la misma juventud.

Lo único original que conocemos es el pecado, y cuenta ya seis mil años de fecha.

¡Año nuevo! No lo creáis; os engaña: seis mil veces ha pasado ya por la tierra: es el mismo de siempre.

II.

Al llegar el último día de Diciembre, no puede uno menos de pararse, tirar una línea por debajo del último minuto, y sumar.

La cantidad que arroja esa operación puede ser cualquiera de estas tres: un año, doce meses, ó trescientos sesenta y cinco días.

Esa cantidad puede anotarse, ó entre las ganancias ó entre las pérdidas.

El tiempo es una de las cosas que más fácilmente se gana y se pierde.

Ganar tiempo, es adelantarse á sí mismo.

Perder tiempo, es lo que hacen todas las mujeres que han pasado de cuarenta años.

Por una rareza incomprensible, cuanto más tiempo se pierde, más tiempo se tiene.

Hemos andado trescientos sesenta y cinco días minuto á minuto, sin descansar ni un momento: hemos comido andando; andando hemos dormido.

Si hubiéramos podido detenernos un momento, no nos encontraríamos ahora en el último instante de este año que se nos escapa.

El tiempo es un reloj cuyas agujas somos nosotros, que vamos siempre de hora en hora, de año en año.

Esta suma de meses se nos presenta de un golpe, y nos dice: «Un año más».

He aquí una noticia que sería verdaderamente agradable, si no quisiera decir: «Un año menos».

Tenemos á la vista un año que va á cumplirse, y que podemos sumar y restar á la vez, sin que sufra alteración la cantidad que buscamos.

Digan lo que quieran las matemáticas, esas viejas curiosas que todo lo averiguan, *más* es enteramente igual á *menos*.

Al ajustar la cuenta nos encontramos con que la fórmula es indiferente para la exactitud del cálculo.

Esto es muy curioso.

Un hombre emplea todo su tiempo en adquirir cuarenta años de vida, por ejemplo; se le ocurre un día hacer un arqueo sobre este capital tan penosamente ganado, y se encuentra con que los cuarenta años los tiene de menos.

Uno toma su partida de bautismo, cuenta los años, suma, y dice:

—Un año más de vida.

Otro hace la misma operación, y saca en limpio este resultado opuesto:

—Un año menos de vida.

En presencia de estos dos resultados, cualquiera, valiéndose de otra fórmula también matemática, dirá:

—Es igual.

Más, *menos*, *igual*.

He aquí tres términos que en la cuenta de la vida forman una combinación verdaderamente absurda.

El problema se plantea y se resuelve así:

Más, *igual*, *menos*.

Ó de otra manera, tal vez menos matemática, pero más gramatical:

Más es *igual á menos.*

He aquí por qué sobre el tiempo no se puede fundar cálculo ninguno.

La vida, aritméticamente considerada, es una unidad que la muerte reduce á cero.

Hay en las mujeres dos edades, cuya verdadera diferencia consiste en la diversa manera con que en cada una de ellas ajustan la cuenta de la vida.

A los doce años, todas las mujeres suman.

Á los treinta, todas las mujeres restan.

Por esta doble operación se ha llegado en el mundo á la felicidad de una juventud perpetua.

Con los años que se quitan las viejas se hacen mujeres las niñas; las últimas van detrás de las primeras recogiendo edad, que luego abandonan á las que les suceden.

Es posible que la vida sea un camino muy corto; pero yo lo que observo es que todos caen desfallecidos al llegar al término de ese camino.

Todo es misterioso en este asunto.

El afán de vivir no es más que el afán de dejar la vida.

Ajustada bien la cuenta, resulta que el tiempo es una inmensidad, de la que no puede disponer el hombre más que de un minuto.

Ese minuto en el que puede decir: vivo.

Para cada uno que nace se abre un libro de caja: el *Debe* se va llenando poco á poco, mientras el *Haber* permanece en blanco.

Llega la muerte, que es una especie de liquida-

ción, y entonces no hay más remedio que pagar la vida con la vida.

Es un depósito que devolvemos.

La sepultura es la caja donde entregamos el capital que se nos había confiado.

Hay, pues, en el fin de cada año algo que se parece al fin de la vida.

Viene á ser la época en que se cortan todas las cuentas. Sigamos liquidando.

Y he aquí que la prosperidad moderna ha descubierto un nuevo lazo entre los hombres.

Los vínculos del amor, á fuerza de estar tanto tiempo en ejercicio, se han relajado; la amistad es también demasiado antigua; la gratitud ha roto sus lazos; los más tiernos afectos no atan ya á nadie.

Por eso el gran vínculo que hoy une entre sí á los hombres es el vínculo de las deudas.

Se puede decir que vivimos sujetos unos á otros por el bolsillo.

De la nivelación ha resultado un terrible desnivel; la sociedad se ha fundido en estas dos clases: deudores y acreedores.

Deber es tener la seguridad de que hay por lo menos un hombre que no nos olvida: una deuda perpetua es un recuerdo eterno.

Las deudas vienen á ser el fausto de nuestros tiempos.

Hemos roto las trabas de tantos deberes, que ha sido preciso poner apresuradamente en práctica

el deber dinero. Aquí está el principio práctico de la moral universal.

Una deuda es además casi un adorno.

¿Quién no debe?

Hemos echado la cuenta de nuestra prosperidad, sumando lo que hay y lo que se debe : por eso hay tanto.

Cuando Dios hizo el mundo, no había nada que fuera menos que nada.

Cuando el hombre tropezó con la misteriosa serie de los números, nada encontró que fuera menos que cero.

La nada era el límite, la barrera insuperable puesta á todo, y el cero una especie de punto final colocado como término del discurso humano.

Ante esos dos obstáculos ha permanecido detenida la prosperidad pública por espacio de muchos siglos. ¡Qué atraso!

Empujados por la fuerza del progreso, hemos roto esos límites vergonzosos ante los que se hallaba suspensa la razón humana.

El mundo necesario para el desahogo de la grandeza moderna tenía que ser más espacioso, y hemos extendido nuestro dominio más allá de la nada, y hemos llevado nuestros cálculos más allá del cero.

El orden es éste :

El hombre que posee más ó menos riqueza, representa una cantidad.

El que no posee riqueza ninguna, es entre los hombres lo que el cero entre los guarismos.

El que debe, representa menos que cero tanto como debe.

La deuda está al otro lado de la nada ; para deber es preciso estar *bajo cero*.

Donde creíamos que acababa el mundo, hemos encontrado que precisamente empieza otro mundo.

El mundo antiguo empezaba en los ricos y acababa en los pobres ; ahora empieza en los que tienen y acaba en los que deben.

Todo lo que hemos andado puede medirse por la distancia que hay de pedir limosna á pedir prestado.

El que no tiene nada, es pobre ; el que debe, es más pobre todavía.

En virtud de esto, todas las naciones están más allá de los que piden limosna.

Nuestra prosperidad no puede ser más pobre.

LA ESTATUA DE LA COMEDIA

He aquí un asunto que tiene su historia, y que esa historia debe ser esta:

Enfrente del Palacio de nuestros Reyes, en el centro de la elipse que da la forma de un medio punto á la plaza de Oriente, hay un magnífico teatro, hermoso por dentro, feo por fuera, rico en adornos, pobre en gusto; soberbia jaula donde todos los años vienen á cantar la gran música de Rossini, las inmortales melodías de Bellini y Donizzeti y los efectos musicales de Verdi, los más famosos canarios de Europa y los más hábiles y celebrados ruiseñores del mundo.

Este teatro se llama el teatro Real, y es todas las noches de función el centro artístico, novelero, murmurador, lujoso y elegante de todos los que cantan en la escena y de muchos que cantan en la mano.

Á la espalda de este teatro hay una plaza, ni

grande ni pequeña, ni fea ni bonita, que se llama la Plaza de Isabel II.

En esta plaza se concibió el proyecto de levantar una especie de terraza de asfalto, que, formando un cuadro en el centro, sirviera no sabemos para qué, pues sólo ahora caemos en la cuenta de que pudo ser como la intuición de un proyecto posterior, como el primer paso de un jardín futuro.

Ello es que el proyecto era diabólico, y que, por consiguiente, se puso al instante en ejecución.

El asfalto, pues, se extendió en forma de cuadro en el centro de la plaza, mientras el ayuntamiento pensaba otra cosa.

Este funesto betún con que á peso de oro se hicieron por algún tiempo intransitables las calles de Madrid, más desocupado que el ayuntamiento para pensar formalmente en los asuntos de policía urbana, comprendió al poco tiempo que su estancia en la Plaza de Isabel II no podía ser más que una triste interinidad.

Y condensando su pensamiento y amasando sus razones, convino al fin en que, geológica y políticamente hablando, no era más que un asfalto de transición.

En virtud de este convencimiento, se creyó autorizado á transformarse según los accidentes de la temperatura y de la atmósfera, sin duda con el fin de que, perdiéndose la memoria de que era asfalto, llegara un día en que alguien se tomara el trabajo de quitarlo de allí como á un estorbo.

Este asfalto se convertía durante las largas lluvias del invierno en una especie de mar Negro, donde no había chanclo que no naufragara; y bajo los ardientes rayos del sol de Junio, de Julio y Agosto, se convertía en una especie de mar Muerto, en el que no había bota que no se hundiera.

Nadie se atrevía á cruzarlo, aunque era imposible verlo sin hacerle la cruz.

Llegó al fin el día en que tan continuas reclamaciones encontraron eco en los sordos oídos de la municipalidad; y como á la vez se había formalizado en la cabeza del ayuntamiento la risueña idea de una cosa parecida á un jardín, el asfalto desapareció al cabo, como un borrón que se raspa.

Y, lo que era natural, sobre el caro vacío que dejó el asfalto, trazó el ayuntamiento las caras líneas de...., como si dijéramos, de un *parterre*.

Apareció sobre lo que fué asfalto una sombra verde como una esperanza de musgo, se levantaron algunas flores, apoyadas unas en otras en melancólicos grupos; se presentaron de la noche á la mañana algunos arbustos encogidos y tristes como los niños de la Inclusa, y se vieron colocados con estudiada simetría unos cuantos bancos rústicos, sin duda para que el transeunte desocupado pudiera sentarse á considerar lo pobre que es la naturaleza en medio del lujo de la corte.

Y esta consideración tomaba más bulto desde el momento en que se advertía que el pobre jardín se presentaba á los ojos más indiferentes como la

palma de una mano abierta que está pidiendo algo.

El ayuntamiento, perplejo, sin duda, entre darle una limosna ó encerrarlo en San Bernardino, después de estarlo pensando lo menos dos años, ha tenido la idea más feliz que pueda imaginarse, y la ocurrencia más desgraciada que ha pasado jamás por cabeza de ayuntamiento.

Es una idea que se divide naturalmente en dos partes, necesitándose de todo punto la segunda para comprender bien que la idea es de quien es, porque esa segunda parte es como la firma del autor.

Al ayuntamiento se le ocurrió, al cabo de dos años, no tan cortos como los del almanaque, la idea de colocar en el centro de ese, que, porque no quede anónimo, llamaremos jardín, una.... es preciso decirlo en dos tiempos.... una estatua.

¿No parece esto inverosímil? Pues ahora verán Vds. cómo puede ser verdad.

Concebido el buen pensamiento de levantar una estatua en el centro del jardín de la plaza de Isabel II, no se tenía más que la mitad del proyecto; faltaba elegir el personaje ó la idea que esta estatua había de representar.

Planteado así el problema sobre el terreno de la plaza de Isabel II, y teniendo delante el teatro Real, háganme Vds. el favor de echarse á discurrir.

.....

.....

Pero es inútil; darán Vds. mil vueltas; pasarán mil veces junto al secreto; lo tendrán otras mil en

las manos, y no caerán en la cuenta, porque no hay nada más difícil de averiguar que los ocultos designios de un ayuntamiento que se pasa la vida tendiendo casas y levantando calles para que Madrid no tenga ni calles ni casas.

La estatua que se ha levantado en medio del jardín de la plaza de Isabel II, delante del teatro Real...., cuesta trabajo decirlo: es la estatua de la musa de la Comedia.

La verdad es que no habiendo nada en su sitio, la estatua de la Comedia no tenía derecho á estar en el suyo; y bajo este punto de vista, es preciso confesar que el ayuntamiento ha comprendido el espíritu del siglo.

Siguiendo este orden, ahora que se está abriendo una plaza en la calla del Príncipe, delante del teatro Español, la estatua que se debe colocar en el centro de esa plaza es la de la musa del Baile.

Y siguiendo por este camino, delante de la casa de la Moneda se tendrá que colocar forzosamente, más tarde ó más temprano, una estatua que represente á la musa de la Música.

Aquí habría, hasta cierto punto, lógica de circunstancias; porque no hay melodía que conmueva tanto el corazón moderno como una sinfonía de monedas de oro.

En honor de la exactitud de los hechos, debemos decir que, por una combinación burlona de las cosas, la estatua de la Comedia y el teatro Real resultan colocados de una manera, que la disposición

en que se hallan hacen el efecto de una protesta.

La estatua está detrás del teatro Real, y el teatro Real detrás de la estatua: se dan recíprocamente la espalda, como dos enemigos: el teatro Real, como si no tuviera nada que ver con la estatua; la estatua, como si no quisiera ver al teatro Real.

Ahí están el teatro y la estatua bramando de verse juntos, diciendo con la triple voz de la piedra, del ladrillo y de la cal á todo el que tiene ojos y quiere oirlos: «¡Qué ayuntamiento!»

Así se comprende la bárbara intención del escultor que ha fabricado la base de la estatua, pues ha echado en ella toda la gravedad del ayuntamiento. Las bromas, ó pesadas, ó no gastarlas, y el escultor ha dicho: «Allá va la base», y ha levantado una masa de piedra pesada como un poste para sujetar á la tierra los pies de la estatua. Sin esta precaución, la estatua ya se habría fugado.

¡Y luego se dirá que la reacción ha mermado los poderes municipales! Sólo había una estatua que no debía ponerse en la plaza de Isabel II, y esa es la que se ha puesto. Dígase ahora si eso puede hacerlo nadie más que un ayuntamiento.

¿Y dónde pondremos la estatua de la municipalidad el día que queramos perpetuar su memoria, en justo homenaje á tan diabólica idea?

Es un dolor: no tenemos donde colocarla, porque si bien es verdad que hay casas de locos, también lo es que todavía no se ha pensado en establecer casas de tontos.

UN BILLETE PERSONAL

«MAÑANA se verificará la apertura de la Exposición nacional de Bellas Artes.»

Así se divulgó la noticia, esparcida oficialmente por los billetes de invitación, que fueron de casa en casa y de persona en persona, anunciando este artístico suceso correspondiente al año 1862.

Ateniéndome al texto de la invitación, sospecho que los convidados habrían de llegar tarde al lugar de esta solemnidad, si no tuvieron antes la precaución de averiguar dónde se había decidido abrir en ese año la Exposición de Bellas Artes.

Particularmente, todo el mundo sabía cuál era el lugar elegido; pero, oficialmente, parece que era un secreto.

«S. M. la Reina (Q. D. G.) ha tenido á bien señalar el día 10 del corriente mes de Octubre para la apertura de la Exposición nacional de Bellas Artes.

»El ministro de Fomento tiene el honor de invitar á V. á este solemne acto, que se verificará á las tres de la tarde.

»Esta invitación es personal.

»Traje de rigurosa etiqueta.»

Oficialmente, no se sabe ni más ni menos.

V. es la persona que recibe esta invitación: en ella se le advierte el día, la hora, el traje, y lo que es más, se le advierte que la invitación es personal, por si acaso tuviera V. la fortuna ó la desgracia de no ser persona.

Sabe V., pues, que mañana 10 del corriente, á las tres de la tarde, hay una solemnidad en la que tiene V. un sitio.

Dispone V. para este caso y otros semejantes de tres piezas negras y dos blancas, á saber: un frac, un pantalón y un chaleco; una corbata y unos guantes.

Estas cinco cosas combinadas dan por total un traje de rigurosa etiqueta.

Tiene V. además completa seguridad de que es V. persona y se encuentra V. en la mano con un billete.

Mañana á las dos se viste V., á las tres menos cuarto está V. en la puerta de su casa abrochándose el segundo botón del segundo guante.

La calle en que V. vive, tiene dos direcciones contrarias; es decir, que, como todas las calles, va á un mismo tiempo á puntos distintos.

Para que la duda no quede en dos términos

opuestos solamente, en esa calle desembocan otras calles, que son otras tantas direcciones encontradas.

Aquí se siente V. asaltado por una perplejidad repentina.

V. sabe cómo ha de ir, á qué hora ha de ir; pero ignora dónde ha de ir.

El billete guarda sobre este punto un silencio profundo.

V. se da una palmada en la frente, que es la puerta adonde llamamos cuando las demás se nos presentan cerradas.

Si la frente fuera de piedra y la mano de acero, el choque de la frente y de la mano produciría siempre una chispa de luz; pero no son ni de piedra ni de acero, y V. se queda en la misma obscuridad en que estaba.

Aún le queda á V. otro recurso.

Puede V. encogerse de hombros.

Encogiéndose de hombros es como se puede salir por la estrecha puerta de cualquier apuro.

Á pesar de este último y supremo esfuerzo, todavía no sabe V. qué camino tomar.

La solemne apertura de la Exposición de Bellas Artes es para V. un hecho indudable, una verdad oficial; una cosa como la libertad, la justicia, la economía, la prosperidad, todo eso que es oficialmente indudable, y que aún no hemos podido encontrar en ninguna parte.

V. busca la Exposición de Bellas Artes, como

pudiera V. buscar á un amigo que no sabe dónde vive.

Pero seamos justos; el billete de invitación se ha reservado esa circunstancia para proporcionarle á V. una verdadera sorpresa.

¿Dónde dirá V. que se abre la Exposición de Bellas Artes? Échese V. á pensar.

La invitación no lo dice; se lo guarda como un secreto, como un misterio que quiere que V. averigüe.

Hay cosas que si no fueran verdad, no las creeríamos, y V. correría, uno por uno, todos los edificios públicos de Madrid buscando la Exposición, sin dar con ella.

Es muy posible que pasara V. por delante de la puerta, sin que se le ocurriera la sospecha de que allí pudiera estar.

Es lo mismo que si buscara V. en sí propio un sentimiento noble ó una idea delicada. ¿Qué haría V.?

Registraría todos los rincones de su cabeza, examinaría V. todas las profundidades de su corazón, pero no se le ocurriría meter la mano en los cajones de su gaveta.

¿Quiere V. saber dónde se abre la Exposición de Bellas Artes? Pues déjese V. guiar por su bolsillo.

La Exposición la encontrará V. en la Casa de la Moneda.

Esto es raro y natural.

Los contrasentidos suelen ser muy lógicos.

En ninguna parte se puede apreciar mejor el valor de una obra de arte que en la Casa de la Moneda.

Esto es lo mismo que haber puesto un cuadro en un peso.

El criterio universal es el dinero.

Al mismo tiempo, no deja de ser tierno el espectáculo.

La moneda abriendo las puertas de su casa á las Bellas Artes, es una reconciliación digna de estudio.

Por primera vez de su vida el dinero ha sido generoso.

Hay en esto algo simbólico.

La Casa de la Moneda es un bolsillo de piedra, y resulta que el dinero se ha metido á las Bellas Artes en el bolsillo.

La moneda no suele ir á las Exposiciones de Bellas Artes, porque el dinero tiene demasiado mundo para exponerse.

Era preciso reunir de algún modo el espíritu y la materia, el pensamiento y la moneda, el entendimiento y la riqueza.

Era preciso poner en comunicación el molde donde se vacían las monedas de cinco duros y los moldes en que se funden las obras de la inteligencia.

La dirección de Instrucción pública comprendió desde luego que en ninguna parte encontraría la Exposición más espacio que en la Casa de la Mone-

da; porque ella, que todo lo sabe, no podía ignorar que sólo el dinero es el que vive con desahogo.

Bien observadas las cosas, resulta que el dinero es un ciudadano que tiene casa, mientras que el arte es una especie de vago que no tendría ni aun donde exponerse, si la caridad de la moneda no le hubiera abierto las puertas de la suya.

Y no se crea que hay en esto ningún género de injusticia, porque el arte no necesita casa; pero ¡qué sería del dinero en medio de la calle!

Obsérvese además una cosa que salta á la vista: con el dinero todo el mundo vive; pero con el arte apenas pueden vivir los que lo ejercitan.

Convengamos, sin embargo, en que no ha podido elegirse un sitio mejor para la Exposición de Bellas Artes que la Casa de la Moneda.

Así, el que quiera comprar un cuadro, no tiene necesidad de ir á su casa por el dinero. Sea como quiera, allí lo tiene.

La *Exposición* en la Casa de la Moneda me hace el efecto de una llama entre la nieve, de una flor sobre un cadáver.

Extraña confusión es esta: el arte que todo lo siente, el dinero que todo lo calcula; el arte que todo lo anima, el dinero que todo lo hiela; el arte que brota del alma, el dinero que sale del bolsillo.

El que no sepa que la Exposición de Bellas Artes está en la Casa de la Moneda, es imposible que lo adivine.

Los billetes, al callar el sitio de la Exposición, parece que no quisieron exponerse á decir un desatino : guardaron silencio, como diciendo: «Nosotros tampoco lo sabemos.» Pero tan crasa ignorancia debió ser estudiada, porque los billetes no pueden negar que salieron de la Dirección de Estudios.

CUESTIÓN DOBLE

HAY aquí un elemento de orden público, que es al mismo tiempo causa y origen de muchos desórdenes particulares.

Lo que tiene asegurada la tranquilidad de todos y el sosiego de la población entera, está produciendo de continuo, ya en esta casa, ya en la otra, muchas inquietudes, continuos alborotos é incesantes desasosiegos.

Lo que es un poderoso obstáculo á esos tumultos populares de que está llena la historia contemporánea, es á la vez motivo diario de muchos motines domésticos.

Lo que es en sí el resultado de la subordinación, de la obediencia y de la disciplina, es causa de desórdenes, de sublevaciones, de asonadas.

En una palabra: lo que sirve para contener la

revolución en las calles, sirve al mismo tiempo para introducirla en las casas.

Hay en Madrid un mundo cuya humanidad se compone de dos partes que parecen hechas la una para la otra.

Dos partes que se buscan como el imán y el acero, que se encuentran á la sombra de todas las esquinas, que serpentean como una culebra interminable por todos los sitios públicos de Madrid.

Estas dos partes son los soldados y las criadas.

Tener en Madrid una doncella, una cocinera ó una nodriza, es tener mucho más de lo que parece á primera vista.

No se tiene sólo una mujer que cose, que guisa ó que cría; se tiene además un centinela constante y asiduo en la esquina de enfrente ó en la puerta de la casa.

Un centinela perfectamente uniformado, que se pasea de un extremo á otro de la calle, esperando que salga la doncella, la cocinera ó la nodriza.

Es tener unas manos y unos pies cuya cabeza está siempre en el cuartel inmediato.

Es tener la casa militarmente sitiada por la mañana, por la tarde y por la noche.

Es no tener doncella, ni nodriza, ni cocinera.

Más claro: es estar servido á gusto del primer granadero ó del primer cazador que pasa por la calle.

Es la rebelión armada que os acomete dentro de vuestra casa bajo la forma de una criada.

Es un motín que estalla insolente en el comedor ó en la cocina, y hasta en vuestro mismo dormitorio, apoyado por la fuerza pública.

Es tenerlo todo tarde, caro y malo.

Cambiar de criada no es más que cambiar de regimiento, de batallón ó de compañía.

Hay algo en este consorcio del servicio militar y del servicio doméstico que la moral pública debe mirar con ojos muy tristes.

Al amanecer se llenan las plazuelas de Madrid de soldados y de criadas.

Espectáculo lleno de animación, cuyos detalles suelen costar bastante caros á la decencia pública y al bolsillo particular del que goza la fortuna de tener á su servicio una mujer militarmente enamorada.

La guarnición de Madrid, desde el soldado al cabo inclusive, disfruta una especie de *plus*, que recibe todas las mañanas bajo la doble especie de tiernos bollos y amantes copas que el amor le ofrece; *plus* que puede alimentar en el alma de un soldado el apetito de ver á la que ama, que no sólo de amor vive el hombre.

El amor es naturalmente obsequioso, y la criada que lleva la generosidad hasta clavar su corazón en la punta de una bayoneta, no ha de cerrar la mano donde lleva el dinero de su amo.

Exigir otra cosa, sería indudablemente exigir mucho.

La primera obligación de una criada es ser económica.

Sus conocimientos en esta materia, amaestrados por la experiencia que da el haber corrido de casa en casa el mundo de Madrid, llegan generalmente á la altura que señala el nivel de los últimos descubrimientos.

Ellas saben que en el comercio humano todo es mercancía.

Nadie ignora que las cosas deben adquirirse por el menor precio posible.

El amigo que menos nos cuesta, suele ser el mejor amigo.

La mujer menos cara es siempre la mejor madre de nuestros hijos.

Las criadas no pueden excluir al amor de esta regla general, y buscan, como si buscaran unas botas, un vestido ó un pañuelo, el cariño que menos merme el estrecho caudal de sus ahorros.

Ahora bien: ¿hay algo que salga más barato que aquello que se adquiere con dinero de otro?

Me parece que no es posible llevar más lejos el espíritu práctico de la economía.

Los soldados, que saben esto mucho mejor que la Ordenanza, dedican sus largos ocios á la pacífica tarea de hacer esquinas.

De aquí nace un problema que cualquiera mujer de su casa resuelve más pronto y mejor que el más consumado matemático. He aquí sus términos:

¿Qué distancia hay, por ejemplo, de la calle de Carretas á la Plaza Mayor?

¿Qué tiempo se necesita para que una mujer,

que no es vieja ni coja, ande dos veces esa distancia?

Un matemático, acostumbrado á medir el tiempo, la distancia y el movimiento, contestará: «Diez minutos.»

Haced las mismas preguntas á cualquiera de vuestras vecinas, y os dirá:

«Si la mujer es una criada y hay en la esquina un soldado, de la calle de Carretas á la Plaza Mayor hay dos leguas, y para andarlas dos veces se necesitan lo menos tres horas.» Eso es saber matemáticas.

Al obscurecer, es imposible andar veinte pasos sin tropezar más de una vez con parejas demasiado unidas, que se creen ocultas porque han cerrado los ojos á todo.

Desde el toque de diana hasta el toque de retreta, podéis estar seguros de que no tenéis criadas.

Id, por ejemplo, á Chamberí los días de fiesta. Pero no vayáis: las mujeres más pálidas encuentran allí el medio de ponerse encarnadas con sólo tener en el corazón un resto de vergüenza.

No seré yo el que descubra los misterios que se ocultan en esos sitios públicos.

El pudor, de que frecuentemente se olvidan las escenas que en Madrid suelen ponerse delante de los ojos, es preciso que lo tenga la pluma.

El papel es, sin duda alguna, más honesto que los hombres y que muchas mujeres, y por eso hay que echar sobre él un velo de tinta.

Ya sabemos cómo se reunen en Madrid diez ó

doce mil hombres que tienen por ley la Ordenanza militar, y por casa un cuartel.

Han salido del seno de sus familias, obligados por un deber supremo.

Dios sabe las lágrimas que cuestan esas separaciones.

Pero ¿cómo se reunen aquí diez ó doce mil mujeres jóvenes, sin más patrimonio que su cara, sin más compañía que la de su inocencia y su ignorancia?

¿De dónde salen? ¿Qué familias las arrojan de su seno?

Al cabo de ocho años vuelve el soldado á la casa de su padre, y suele ser el orgullo de la familia; pero ¿cuándo vuelven esas pobres mujeres? Nunca.

Aquí se consumen, ó, lo que es peor, aquí se pierden.

Aquí se encuentran esos dos seres; ellos se vuelven y ellas se quedan.

No hay nadie que arroje á las profundidades del mar la moneda que lleva en el bolsillo, y hay, sin embargo, muchos padres que arrojan á sus hijas en medio del revuelto oleaje de Madrid.

Voy á concluir por el principio.

Dentro de una misma casa pueden presentarse estas dos contrarias opiniones, esta doble cuestión:

Acaba de vencerse un conato de motín: la tranquilidad pública, seriamente amenazada, vuelve á reinar.

El padre de familia, acongojado pocos minutos antes por el desorden público, respira y se restrega las manos lleno de satisfacción, dando largos paseos por su aposento.

Á la vez, la madre de familia, llena de pesadumbre por el trastorno doméstico, espera á la doncella, á la cocinera ó á la nodriza, que salió de casa á las nueve y no ha vuelto aún á las once.

Él dice: «Si no hubiera soldados, no podríamos vivir.»

Y al mismo tiempo exclama ella: «Si no hubiera ni un soldado sobre la tierra, ¡qué felicidad!»

Ahora bien: ¿quién tiene razón?

Los dos.

¿Quién tiene la culpa!

Todos.

La tranquilidad de la población es incompatible con la tranquilidad de la casa; el orden público ¡parece mentira! tiene su mayor enemigo en la paz doméstica.

Yo no resuelvo el caso, porque no puedo; la cuestión es doble, y yo no soy más que uno.

LOS DESCUBRIMIENTOS

TODAS las cosas llevan escondida en el último rincón de su naturaleza una propensión especial á reproducirse.

En cualquier pedazo de cristal se encuentra la demostración auténtica de este fenómeno.

La humanidad es un gran espejo, en el que se va sucesivamente reflejando en continuas y multiplicadas reproducciones la imagen del primer hombre.

La historia es un cristal que va repitiendo, uno detrás de otro, distintos ejemplares de un mismo suceso.

Es una especie de teatro, en el que vemos la representación de diferentes dramas y distintas comedias, cuyo argumento es siempre el mismo.

Los idiomas no son más que espejos que en va-

riadas imágenes repiten continuamenre las mismas ideas.

Cada año es la repitición del anterior.

El objeto más estúpido, la materia más imbécil aprovecha con admirable precisión el rayo de luz que se le acerca para reproducir su imagen, aunque no sea más que como una sombra, sobre el lienzo de la primera pared que encuentra á la mano.

Las nubes parece que se entretienen en pasar por delante del sol, sólo por el capricho de ver su imagen retratada sobre la tierra.

El aire, que todo lo atropella, que siempre va de prisa, que huye como si no quisiera ser reconocido, deja las huellas de su imagen invisible sobre las movibles arenas y sobre las aguas inquietas.

El sol pasa el día reproduciéndose en el mar: allí donde encuentra la más pequeña superficie capaz de mirarlo cara á cara, allí estampa su imagen.

Este afán universal de todas las cosas á contemplarse, por decirlo así, fuera de sí mismas, encontró al fin lo que un matemático llamaría su fórmula científica.

La naturaleza, que parece avara de todos sus secretos, había ocultado este invento en la solitaria profundidad de la cámara obscura.

Sin duda, se había propuesto ejercer eternamente el monopolio de este prodigio, y se lo había otorgado á sí propia con privilegio exclusivo.

Verdaderamente, en ninguna parte pudo ocultar mejor su secreto que en el fondo misterioso de esa

cámara condenada por la ciencia á obscuridad perpetua.

Pero no contó con que el hombre, andando á tientas como anda siempre, llegara al fin á descubrirlo.

Ó lo que es igual :

No contó con que el secreto tuviera la indiscreción de revelarse él mismo.

Del fondo misterioso de la cámara obscura salió la media voz que dijo: «Aquí está *esto*.»

Esto era el *daguerreotipo*.

La luz, penetrando un día en el gabinete de un sabio, se acercó á una plancha metálica que encontró al paso, preparada yo no sé para qué, y con discreto disimulo le hizo la siguiente confidencia:

«Yo vengo, le dijo, del tejado de enfrente.»

Y lo mismo que en nuestra inteligencia se imprimen las imágenes de las ideas que se nos comunican, así se grabó en la plancha metálica el contorno obscuro del tejado cuya imagen le trajo la luz.

El instrumento se presentó, pues, forjado ya por la mano maestra de la naturaleza, y el sabio, semejante á un oficial de herrero, no tuvo que hacer más que limar.

De aquí salió la fotografía como el pollo sale del huevo, como la luz sale del fósforo, como el pensamiento sale de la inteligencia.

La humanidad levantó orgullosamente la cabeza admirada. ¿De qué? ¿Del prodigio? No, del hombre.

Y tuvo razón: el secreto en sí era bien sencillo y bien natural: que la luz alumbre, que el fuego queme, que el agua pese, son cosas que sería ridículo admirar: lo extraordinario, lo grande, lo verdaderamente prodigioso, es que el hombre lo sepa, que haya podido llegar á saberlo.

Adorarse á sí propio es una gran soberbia y una gran humillación: el hombre, de rodillas delante del hombre, está forzosa y necesariamente debajo de sí mismo.

¡Singular condición la suya! No puede adorarse sin envilecerse.

Vaya otro descubrimiento.

El calor tiene la facultad de dilatar los cuerpos; por eso el corazón, animado por el calor de algún sentimiento ó por el fuego de alguna pasión, se siente oprimido, es decir, no cabe en el pecho.

Necesita más espacio, y pugna violentamente con las paredes del calabozo en que se encuentra encerrado.

Esta máquina tiene dos válvulas de seguridad, que son los ojos y la boca.

De aquí nacen las lágrimas y los suspiros.

Lo mismo sucede con un puchero de agua puesto á la lumbre.

El agua silenciosa va sintiendo poco á poco las insinuaciones del calor: primero gime, después salta sobre sí misma, luego sube hirviendo hasta los bordes de la vasija, y por último se derrama por toda la circunferencia del puchero.

En este doble fenómeno, tan propio de un corazón como de una marmita, estaba oculta la revelación de un gran prodigio.

En él se encontraba como en germen la fuerza expansiva, que, acortando las distancias, ha venido necesariamente á hacer el mundo más pequeño.

La primera mujer que lloró, ignoraba que tenía en su pecho una verdadera locomotora, que había de arrastrarla rápidamente por el camino de hierro de la vida, como si fuera un tren de mercancías.

¿Quién le había de decir á la más frágil de las vasijas que, al acercarse al fuego llena de agua, iba á producir secretamente la asombrosa maravilla que hoy causa nuestra admiración y nuestro orgullo?

¡Extraña cosa! La Providencia, tan sabia, tan previsora, fué á colocar su gran secreto en el corazón de las mujeres, de esos seres que todo lo dicen.

Y la naturaleza, tan reservada y tan prudente, fué á confiar su secreto á los pucheros, á esas vasijas que siempre tienen la boca abierta.

Hace muy cerca de veinte siglos que Herón de Alejandría, sentado por casualidad en el rincón de una cocina, llegó á ver que la cobertera de la olla que hervía al fuego, se levantaba de vez en cuando, empujada por una fuerza misteriosa que salía del fondo de la vasija.

De esta observación parte una serie de experimentos repetidos y continuos que llenan el espacio de veinte siglos.

Ningún descubrimiento se ha mofado de la so-

berbia humana más descaradamente que la fuerza del vapor.

Desde Herón hasta nuestros días hay una cadena no interrumpida de sabios que tienen entre las manos esta terrible fuerza, sin saber qué hacerse de ella.

¿Á quién se debe la gloria de este descubrimiento? Á nadie.

La fuerza del vapor se ha descubierto ella misma.

Todas las chimeneas del mundo han estado señalando por espacio de siglos y siglos, á las ciegas miradas de los hombres, el paso del vapor.

Toda el agua que ha hervido en el mundo, ha estado diciendo bien claramente á los sordos oídos de los hombres: «El vapor está aquí.»

Los volcanes, rugiendo en el seno de las montañas, haciendo saltar en pedazos los peñascos de las cimas de los montes, empujando hacia el aire nubes de humo, iluminando el espacio con torbellinos de llamas, vertiéndose en torrentes de lava, sonando con la voz del trueno, sacudiendo la tierra con las formidables convulsiones del terremoto, han pregonado por el mundo la existencia de una fuerza terrible.

Desde el último puchero donde ha hervido agua, hasta el mayor de los volcanes en que ha hervido lava, han estado gritando por espacio de muchos siglos, con todas las voces de la naturaleza: «Aquí está la fuerza del vapor».

Y ya que, cansado de no ser reconocido, viene á echar una mano vigorosa para ayudarnos á llevar la pesada piedra del progreso humano, y se engancha voluntariamente al carro de la civilización para arrastrarnos por el mundo; nosotros, restregándonos las manos con orgullosa satisfacción, exclamamos: «Hemos descubierto la fuerza del vapor.—La fuerza del vapor es nuestra».

Equivaldría esto á que el mortal afortunado á quien le haya caído el premio grande de la última lotería, gritara con arrogante orgullo: «Ved, yo he descubierto el número que iba á ser premiado».

Imaginaos á una pobre mujer que, mostrando á su hijo recién nacido, dijera: «He aquí un ser ignorado de todos, que yo acabo de descubrir».

La tierra es un camino, el hombre va por él, tropieza con un objeto que no había visto hasta entonces, lo coge, lo examina, lo muestra á la multitud que le sigue, y grita:

—«¡He aquí lo que he descubierto!»

En lugar de decir:

—«He aquí lo que me he encontrado.»

Cuando José, abrazando á su hermano Benjamín, le dijo: «Yo soy José; yo soy tu hermano José», no fué Benjamín quien descubrió á José, fué José el que se descubrió á Benjamín.

Hay un descubrimiento que derrama gran luz sobre este asunto: esta luz es una sombra.

Un día gritó la ciencia: «El sol tiene manchas».

Y la sabiduría humana se hinchó ante la gloria de semejante descubrimiento.

Pero yo pregunto: ¿Quién hubiera sido capaz de descubrir esas manchas, si el sol se hubiera tomado el trabajo de ocultarlas?

¿Quién es aquí el verdadero descubridor: el sol que muestra sus manchas, ó el hombre que las ve?

Si descubrir es sacar á luz lo que está oculto en la obscuridad, el descubrimiento de las manchas del sol es un chiste, porque es imposible ponerlas á más luz que él las tiene.

El hombre que, atravesando una calle, tropieza y cae de boca, puede decir con más razón que ha descubierto un batacazo.

Después que las cosas se nos meten por los ojos con la tenacidad de la luz, cuando ya sería imposible no verlas, erguimos la cabeza, y exclamamos con orgullo: «He aquí lo que hemos descubierto».

Si los descubrimientos tuvieran boca, ¡cómo se reirían de la sabiduría humana!

Rara vez el hombre encuentra lo que busca; casi siempre sucede que el secreto le sale al encuentro, y le obliga á que tropiece y á que caiga en él.

Colón buscaba un paso para la India, cuando se le puso delante el Nuevo Mundo, y le dijo: «Torpe, yo soy América».

Á Newton tuvo que tirarle de las narices una manzana y decirle: «Imbécil, ahí tienes la gravitación universal».

La herradura de un caballo, al estamparse sobre el polvo del camino, grabó en la frente de Guttenberg este glorioso insulto: «Estúpido, he ahí la imprenta».

Dos niños jugando con unos lentes descubrieron el telescopio.

¿No es esto una irrisión?

La naturaleza parece que ha tomado á juego la sabiduría y la razón del hombre.

Todo ha venido así á nuestras manos.

En cambio, veamos lo que el hombre busca por todas partes con impaciente curiosidad.

Busca la cuadratura del círculo.

La dirección de los globos.

El movimiento continuo.

La felicidad de los pueblos.

Esto que se busca, es precisamente lo que no se encuentra.

Hagamos un gran descubrimiento: descubramos al fin lo ridículo de nuestra soberbia, lo mezquino de nuestra vanidad, lo pequeño de nuestra inteligencia.

Quitémonos la careta, y descubrámonos de una vez.

Pero ¡ah!: ese descubrimiento no lo haremos nunca, porque nos da vergüenza.

NAVIDAD

I.

La vida es una especie de embriaguez.

Vivir casi es beber, y por eso se dice que la vida se pasa á tragos.

El hombre, desde que sale de la cuna, empieza á tropezar, y no para hasta que cae en esa gran sima que se llama sepultura.

La sepultura no es más que ese foso abierto á uno y otro lado del camino, en el que van sucesivamente cayendo todos los viajeros.

Obsérvese bien, y se verá que empezamos á vivir tambaleándonos, y acabamos de vivir cayendo para no volvernos á levantar.

He aquí por qué andamos el camino de la vida apoyándonos unos en otros.

El niño se agarra á la mano de su madre, ó al vestido de su nodriza, ó apoya sus pequeñas manos en la pared ó en una silla para dar sus primeros pasos en el mundo.

El hombre deja el apoyo de su familia, la mano del padre ó del maestro que lo ha guiado hasta entonces por el laberinto de la vida, para asir la mano de una mujer querida; deja un punto de apoyo para tomar otro.

El anciano descansa apoyado sobre sus hijos.

Por eso la juventud debe ser el báculo de la ancianidad.

Las leyes y los gobiernos, ó no son nada, ó son un mecanismo dispuesto para que el hombre ande sin caer.

Puntos de apoyo, defensas que se nos ponen en la mano para que los demás no nos pisen.

Cada hombre necesita un escudo que lo defienda de los ataques de los demás hombres.

La vida es una embriaguez; si no lo fuera, no podría explicarse por qué son tan pocos los que andan derechos.

Pero obsérvese otra circunstancia.

Examínese á un hombre en cuya cabeza hierven los vapores del vino, y bastará mirarlo una vez para decir: «Ese hombre está alegre».

Y yo no sé cómo puede decirse eso, porque no hay nada más triste que la cara de un borracho.

Quizá contienen esas palabras una observación profunda; tal vez con ellas queremos decir que no hay nada en el mundo más triste que la alegría.

Hay cosas muy raras, en las que no queremos fijarnos.

Pasamos por ellas la vista como pasa sus mira-

das por las páginas de un libro un niño que no sabe leer.

De la misma manera que todos miramos el cielo, el sol y las estrellas, esto es, sin comprenderlos.

La inteligencia humana tiene algo del agua; le gusta más vadear los obstáculos que se le ponen delante, que vencerlos.

Yo me he preguntado mil veces: ¿Por qué podemos llorar de alegría y nunca podemos reirnos de pena?

¿Qué especie de invasión es esa, que le es permitido al dolor traspasar los límites del regocijo?

Un fisiólogo os explicaría esto de una manera tan sabia, que acabaríais por apartar á un lado esa pregunta impertinente, como un mueble inútil.

La alegría humana es triste, como la espuma es agua; lleva siempre consigo esa sombra de angustia que se esparce por la alegre fisonomía de un borracho.

Es en el alma del hombre, lo que es un relámpago en una nube.

El sol es alegre, el cielo sereno, la naturaleza risueña; el día amanece sonriendo; el agua que brota de las duras entrañas de una peña, salta de contento al verse libre; en la naturaleza, todo es alegría; en el mundo, sólo el hombre es triste.

Todo nace sonriendo; sólo el niño nace llorando.

Hay más: hay una vida que se llama alegre.

En Madrid se encuentra un ejemplar detrás de cada esquina.

Son unas caras, en las que apenas ha dado algunos pasos la juventud, y en las que, por lo común, la belleza ha trazado sus correctas líneas.

En esos semblantes se encuentran siempre una boca dispuesta á sonreirse y unos ojos que no se bajan nunca.

Hermosura, juventud y alegría.

Estos seres han tomado por oficio el estar contentos.

Como otros ocultan sus vicios, esas mujeres ocultan sus lágrimas; porque en una mujer de la vida alegre, estar triste sería una imperfección insoportable.

El placer aborrece el luto, solamente porque es serio.

Pues bien: en esas mujeres todo es tristeza.

La embriaguez de los vicios produce una alegría más triste que la del vino.

Estamos en unos días verdaderamente alegres: días de universal festín, en los que parece que la tristeza está prohibida.

El suceso que se conmemora, es el cumplimiento de una profecía.

Celebramos el nacimiento del hijo de Dios.

—¿Cómo?

—Comiendo.

Con un banquete universal conmemoramos un suceso bien triste y bien doloroso.

Celebramos con todos los ruídos de la alegría humana la aparición entre nosotros de la sagrada Víctima que inmolaremos después.

¿Se puede dar una alegría más triste que esta?

Verdaderamente, este augusto aniversario debe hacer palpitar al mundo de alegría y de tristeza.

La tierra es así: Dios mismo no quiso venir á ella sino rodeado de santa tristeza y de dolor divino.

Y este misterio viene al fin de cada año, como una cuenta que es preciso pagar.

Viene á preguntarnos qué hemos hecho de los tesoros que el mismo Dios vino á poner en nuestros corazones.

Cada uno hará su cuenta.

Del resumen de la cuenta general resulta contra nosotros un terrible *déficit*.

Debiéramos estar tristes, pero estamos alegres; quizá contamos con el inmenso crédito de su misericordia.

Entre tanto, Madrid ofrece en estos momentos á la consideración el espectáculo de una operación aritmética.

La Navidad aquí es una cosa igual á Madrid multiplicado por Madrid.

La naturaleza, la misma; la cantidad, mayor.

Más lujo, más fausto, más placeres, más diversiones, más gente, más ruído, más vicios, más dinero y más miseria.

Dos cosas se necesita tener dispuestas para atra-

vesar los días de Navidad, y son el estómago y el bolsillo.

El derecho de petición se pone en ejercicio de un modo, que no hay forma de negar lo que se pide.

Todos los estudios económicos hechos hasta el día, no han podido producir un sistema que ponga en circulación tanto dinero.

Navidad: he aquí una Bolsa cuyo negocio es dar.

He aquí un comunismo que á nadie espanta; he aquí cómo el dinero de los ricos pasa al bolsillo de los pobres bajo la forma de *aguinaldo*.

Estoy seguro de que habrá algún banquero que siente no ser pobre en estos momentos, en que los ricos son los que dan.

II.

En presencia de la Navidad se encuentra el filósofo asaltado por profundas reflexiones; la fe derrama en los corazones sencillos la luz de una creencia divina, y la multitud se afana por hacer las provisiones indispensables para celebrar dignamente este inmortal aniversario.

Los tres órganos que forman la función completa de la vida humana, se ponen en movimiento en esta progresión ascendente.

Se piensa poco; se siente algo; se come mucho.

El hombre es un compuesto de cabeza, corazón y estómago; y como no puede vivir sin pensar y sin sentir, y como no puede llevar sobre sus hombros la pesada carga de la vida sin comer, ha hecho de la mesa el altar de su culto.

La fonda es el templo del estómago.

No hay suceso que no se celebre comiendo.

El apetito es una pasión universal.

No hay una idea, por grande que sea, ni un sentimiento, por más que llegue á lo profundo del corazón, que no se ahoguen, por decirlo así, en el sabroso mar de una salsa exquisita.

¡Comer! Ese es el sentimiento unánime.

Las opiniones políticas más intransigentes ceden casi siempre ante la suculenta argumentación de un pavo trufado.

Los discursos se pronuncian al fin de los banquetes, como si el pensamiento fuera una consecuencia de la digestión.

Penetrando en las entrañas de la política actual, tropezamos con un gran principio.

Vemos que el arte difícil de gobernar á los hombres está reducido á la simple práctica de una obra de misericordia.

Todo este edificio que con asombro contemplamos, descansa sobre esta máxima: «Dar de comer al hambriento».

Lo primero que se le pone delante á todo funcionario público es una mesa.

En el plano de la casa pública se ha incurrido

en una equivocación, que conviene aclarar para que en el siglo de las luces no esté la opinión á obscuras sobre un punto tan importante.

Lo que se llama gabinete debe llamarse cocina.

Yo suplico á mis lectores que piensen bien esto, y verán cómo un ministro viene á ser un cocinero.

La sabiduría divina, que ha dispuesto todas las cosas con admirable previsión, ha ordenado que las palabras salgan por el mismo sitio que está destinado á que entre la comida.

Hay todo un sistema de gobierno encerrado en estas sencillas palabras: «El hombre come por donde habla».

De otro modo, sería imposible taparle la boca á nadie.

Es decir, que no habría manera de convencer á esos espíritus obcecados que se empeñan en tener razón siempre.

Tener una opinión política equivale ya á tener la mesa puesta, porque las opiniones, modificándolas según el caso y las circunstancias, dan un derecho incontestable á comer en todos los banquetes.

La lengua está en la boca, para que no pueda decir más que lo que le permita la autoridad del estómago.

Yo no sé qué es lo que más sujeta la lengua, si una mordaza de hierro ó un pedazo de pan.

Los tiranos han sido real y verdaderamente muy bárbaros.

Nos han dicho que la razón era una fortaleza inexpugnable; pero la ciencia militar ha descubierto que no lo es.

Se toma sin sangre, sin ruído y sin batallas; no hay más que sitiarla por hambre.

Sí; el estómago es una especie de laboratorio químico, donde se componen y descomponen las opiniones: es el crisol en donde ahora se funden las ideas.

Al levantarse de la mesa, dictó Dionisio el tirano una sentencia injusta.

La parte agraviada por esta sentencia creo que era una mujer.

Las mujeres son terribles, y aquella mujer quiso apelar.

—¿Á quién has de apelar?—la dijeron los cortesanos.

—Yo apelo á Dionisio en ayunas.

Esta es una noticia que nos ha transmitido la antigüedad.

En aquellos tiempos bárbaros, podían las cosas pasar de esa manera.

En estos tiempos es preciso que pasen de otro modo.

La obscurîdad es lo contrario de la luz; por consiguiente, esto es preciso que sea lo contrario de aquéllo.

Dionisio el tirano viene á ser ahora la opinión pública; la sentencia, en vez de ser injusta, es justa; la mujer agraviada es un gobierno responsable.

La opinión se levanta una mañana, y juzga en ayunas y falla antes de almorzar.

El gobierno se cree agraviado, y apela.

¿Á quién?

Á la nación, después de comer.

Esta es la historia antigua y moderna.

Es verdad que las ideas brotan en la cabeza como el polvo en el aire, y es fácil, por lo tanto, que las alteren los vapores del estómago.

Los sentimientos ya es otra cosa.

Ellos nacen en el corazón, asiéndose á él con los agudos garfios de sus profundas raíces.

Si se vieran del mismo modo que se sienten, nadie se atrevería á sostener que es fácil arrancarlos.

Parece que el estómago había de ser impotente contra el corazón.

Hay dolores para los que se cree que no hay bálsamos.

La sabiduría de las naciones arroja al rostro de los corazones más tiernos esta casi escéptica carcajada:

«Los duelos con pan son menos.»

Tal es el estómago.

En presencia de la Navidad, ese es el corazón que generalmente palpita.

La alegría que se esparce por todas partes es la alegría del apetito.

Si se pudiera inventar un sistema de gobierno que hiciera del tiempo una Navidad perpetua, es

indudable que todos lo miraríamos con cara de Pascua.

Pero hasta ahora, no ha podido llegarse más que á la mitad de ese pensamiento.

Para unos, la Navidad es perpetua; para otros, la Cuaresma es continua.

El carro de la civilización no ha podido todavía pasar de ese atolladero.

Parece mentira, en razón á que los carros de todas las revoluciones nos llevan siempre cuesta abajo.

CARNAVAL

I.

Los cuerdos se diferencian de los locos en que aquéllos no dicen más que lo que les conviene, y éstos todo lo que piensan.

El hombre que ejecuta todo lo que se le ocurre, es un loco : á unos se les declara dementes, á otros calaveras.

La cordura no consiste más que en vencer la propensión que todos tenemos á perder el juicio.

El Carnaval puede servir de estudio, porque no es otra cosa que una licencia tradicional para que se pueda perder el juicio durante tres días cada año.

Si se considera bien, el mundo es un perpetuo Carnaval. Los tres días de que hablamos, son la condensación, la síntesis de toda la vida humana.

Las bromas empiezan en el paraíso : el primer disfraz es una hoja de parra.

Desde entonces la careta es indispensable.

La careta no es siempre un pedazo de cartón ó de tela que cubre el rostro ; usualmente es un rostro que cubre un alma.

Yo no sé quién ha dicho que la palabra es el disfraz de los pensamientos : esto equivale á fingir la voz : el traje puede ser cualquiera.

Así se abre el mundo como un libro que contiene una colección completa de artículos de Carnaval.

La historia no es más que una serie de bromas más ó menos pesadas.

La diferencia que hay entre el Carnaval del mundo y el Carnaval del año, consiste en que en el primero se finge la formalidad, y en el segundo se finge la locura.

¡ Contraste singular ! Nada más risueño que el rostro de las gentes ; nada más serio que una careta; nada más movible y animado que el rostro humano; nada más frío y más impasible que una cara de cartón.

Con la cara propia se hacen y se dicen con mucha formalidad las mayores locuras, y con la careta se dicen y se hacen locamente las cosas más graves.

Se cambia de modo, y nada más ; mejor dicho : se cambia de estilo.

Cuando una mujer , después de habernos embromado mucho, se quita la careta , decimos : «Qué torpe ! ¡ Y no la he conocido !»

¡Cuántas veces repetimos esas mismas palabras en el curso ordinario de la vida!

¿Qué sucede en un baile de máscaras? Nada extraordinario.

Que el padre no conoce á su hija, ni el marido á su mujer, ni el hermano á su hermana, ni el amigo á su amigo.

Pues bien: eso mismo sucede en el mundo.

Si todos se conocieran perfectamente, no habría engaños, esto es, no habría bromas posibles.

El chasco sería una utopía.

Pero nadie sabe el encanto que tiene una cara que no se ve.

¡Qué dulce es siempre una voz disfrazada!

¡Cuánta seducción hay en todo lo que no conocemos!

Por eso deben ser muy felices los ignorantes.

Trescientas músicas recorren la capital, de sol á sol, dando la ingeniosa broma de pedir dinero.

Podemos decir que en estos días, en que se cierran los talleres y se abandonan las fábricas, y no hay ni tribunales, ni escuelas, la bolsa continúa abierta.

Así empieza y así concluye.

Se puede añadir una observación, que está en el mismo orden de ideas, y que prueba la animación de esta fiesta, en que la especie humana se tapa el rostro para darse á conocer.

La abundancia de las máscaras puede medirse así:

No hay cosa que no sea más cara.

Las sillas del Prado, más caras.

Las entradas de los teatros, más caras.

Las berlinas, más caras.

Las fondas, más caras.

Las caretas, más caras.

Algunas bromas, muy caras.

También se distingue el Carnaval de Madrid en la propensión que tienen los hombres á vestirse de mujeres.

Recomiendo esta inclinación casi general, por si puede encontrarse en ella un síntoma de adelanto.

Lo raro para mí no es sólo que se disfracen de mujeres, sino que se vistan tan bien como ellas.

Algunos lo hacen con tanta perfección, que el juez más grave se encontraría indeciso entre condenarlos á servir al Rey ó buscarles maridos.

Han ocultado tan perfectamente que son hombres, que merecen no serlo.

¿Qué significa esa moda?

¿Se avergüenzan los hombres de ser hombres?

¿Qué daño les han hecho las mujeres, para que las dejen solas en el mundo?

¿Acaso no están conformes con el sistema establecido por el gobierno de la naturaleza, y aprovechan la ocasión oportuna para hacer dimisión de su sexo?

¿Ó es que hay en Madrid más mujeres y menos hombres de los que constan en la matrícula del vecindario?

Las mujeres deben desconfiar de los hombres que se disfrazan de mujeres, porque ellos deben conocerlas; aunque, si se visten así por adularlas, la verdad es que no las conocen.

Sea como quiera, ello es que dos mil coches forman un cordón desde Atocha á la Fuente Castellana, y sesenta mil almas apiñadas en el Prado, poco más ó menos como estaremos en el valle de Josafat, se divierten muy juiciosamente con la locura de los demás. Así se tiene una idea confusa de esta fiesta de todo el año.

Tener una idea confusa, es tener una idea exacta, porque durante el Carnaval todo es confusión.

Antes se celebraba una ceremonia fúnebre, que tenía lugar el Miércoles de Ceniza; era lo que aún se llama el *entierro de la sardina*.

Esta ceremonia se verificaba en el Canal. ¡Qué bien dispuestas estaban las cosas!

El Canal era el sitio elegido por la mayoría de los suicidas; ahora es el viaducto.

Así es que nadie decía: «Me mato», sino «Me tiro al Canal».

El agua, en ese cauce cenagoso, estaba sucia como la conciencia de los que á él se arrojaban, y no corría, como si estuviera esperando víctimas. Digamos, en su obsequio, que se ha cegado para no ver lo que allí pasaba.

En este sitio era el entierro de la sardina, esto es, el entierro del Carnaval. Ya no se entierra; se ha hecho perpetuo.

Allí iba á morir, con sus vicios, con sus pasiones, con sus miserias, con sus disfraces, con su desorden, hasta con su alegría, lo mismo que los que van á suicidarse.

Entonces, como ahora, no hay más que apartar la algazara de ochenta mil personas que acuden á la fiesta, y debajo se ve la muerte y la desesperación, como debajo de la piel más brillante hay un esqueleto.

Todavía queda el baile de *Piñata*.

Está dentro de la Cuaresma, como una tentación dentro de un alma arrepentida, como una mancha en un vestido blanco.

Para los placeres humanos no hay nada respetable, porque son la locura de los hombres cuerdos.

II.

Carnaval: ésta es una época del año en la que debe suceder algo muy vergonzoso, puesto que todos tenemos particular empeño en taparnos la cara.

Parece como que el placer, semejante á Eva, cae en la averiguación de que ha perdido la inocencia, y se apresura á ocultarse detrás de una careta.

Nada más curioso que ese espectáculo de la multitud, en el que cada cual quiere mostrarse sin ser visto.

Esta locura de tres días no es más que un tejido de bromas.

Broma, aquí, es una palabra cuya significación puede ser muy seria.

Tan seria como es la palabra *juego*, siempre que los hombres tratan de sacarse el dinero unos á otros, sentados todos alrededor de una mesa.

Muchas veces, por uno de esos caprichos inexplicables de la lengua, se aplican las palabras más frívolas á las ideas más graves.

Sólo Dios sabe las lágrimas que puede contener una broma carnavalesca.

Bien mirado, el Carnaval no es otra cosa más que un cambio de forma.

Son tres días en los cuales sucede lo mismo que en el resto del año, con la única diferencia de que en esos tres días se ocultan las caras, y en el resto del año se ocultan las intenciones.

Hay una cosa que hace iguales á las mujeres honradas y á las mujeres deshonestas, y es el pedazo de tafetán puesto delante de los ojos.

Obsérvese un contraste digno de estudio.

Las mujeres más libres son las que menos quieren parecerlo.

Por eso el gran peligro que hay para toda mujer en cambiar de vestido y de cara, está en la probabilidad de que se olvide de quién es.

El pudor es el freno de las mujeres.

Dios lo ha puesto en la cara, como la mirada en los ojos, como la sonrisa en los labios, como el sol en el cielo.

Cubrirse la cara es lo mismo que echar un velo

sobre la vergüenza; porque todavía no se ha descubierto que un pedazo de tafetán, de cartón ó de cera se tome el trabajo de avergonzarse por nada.

Está definitivamente averiguado que las caretas no tienen pudor ninguno.

La revolución francesa, siempre que iba á dar al mundo el espectáculo de sus grandes bromas, tomaba la precaución de cubrir con un velo la estatua de la ley.

Como esto lo hacía con mucha frecuencia, bien sumada aquella historia, sólo da por resultado un sangriento Carnaval. La ley se presentaba allí casi todos los días con careta, por cierto instinto de pudor que la obligaba á avergonzarse.

Y es el caso que, al anunciarse que se iba á cubrir la estatua de la ley, la Francia temblaba ante la perspectiva de aquella broma de Carnaval que se le venía encima.

Porque eran bromas magníficas, en las que á los hombres más serios, á los niños más inocentes y á las mujeres más honestas, les era muy difícil no perder la cabeza.

Pues bien: desde el momento en que una mujer resuelve echar sobre su pudor el velo de una careta, empiezan á temblar el padre, ó el marido, ó el hermano, ó el amante, á no ser que tiemblen todos á un mismo tiempo.

Una mujer que oculte su semblante detrás del velo de la mantilla, inspira respeto; puede ser por comodidad, lo cual es indiferente; puede ser por

pudor, lo cual es respetable, y puede ser por tristeza, lo cual es más respetable todavía.

Una cara tapada en Carnaval representa todo lo contrario: no es comodidad, no es pudor, no es tristeza.

Un velo y una careta son dos cosas que tienen un solo uso: ambos sirven para tapar la cara.

Guiados por estos dos distintivos, podríamos pensar que una máscara y una monja vienen á ser una misma cosa.

En efecto: ambas ocultan el rostro debajo de un pedazo de tela; solamente que la una lo hace por austeridad y la otra por placer.

La una se oculta, la otra se enseña.

La primera lo hace, porque se avergüenza; la segunda, por no avergonzarse.

El corazón de la mujer se desfigura debajo del disfraz, como su rostro debajo de la careta.

¡Qué broma sería para un padre, para un marido y para un amante, si pudieran ver lo que pasa en el corazón de la mujer en el momento en que pierde la responsabilidad de su semblante!

Les sería difícil conocerlo.

Porque la inocencia toma al momento el color verde de la malicia, la timidez se convierte en audacia.

Y bien: políticamente considerada la cuestión, la careta es un derecho que han conquistado las mujeres para poder ser libres.

Viene á ser la barricada detrás de la que, ha-

ciendo fuego con los ojos, se conquistan el bien supremo de la libertad.

Ellas no quieren más cadenas que las de sus relojes, ni más lazos que los de sus vestidos.

El matrimonio es un yugo, los hijos un tributo, el padre un déspota, el marido un tirano.

Convengamos en que para pensar todo esto, la que llegue á pensarlo tiene necesidad de taparse la cara.

De otro modo, se avergonzaría.

Porque se trata de una libertad que no se atreven á desear más que en esos momentos fugitivos en que, ocultas detrás de una careta, se consideran otras.

Necesitan cambiarse, por decirlo así, para querer ser libres.

Es un derecho que no se atreven á reclamar bajo su firma, esto es, bajo su cara, porque la cara es la firma de la mujer.

El Carnaval es una revolución, en la que las mujeres no tomarían parte si no les fuese permitido disfrazarse.

Es raro esto: quieren ser libres sin que nadie lo sepa.

Además de ser raro, es triste: ellas se avergüenzan de la libertad que la careta les consiente.

Ó, mejor dicho, el ser libres es una cosa que no la consideran más que como una broma.

El hombre ha tenido la candidez de tomarlo en serio.

Se ha declarado libre, y, lo que es peor, se lo ha creído.

De todas las maneras, el Carnaval es una gran ventana, á la que todo el mundo asoma sus desdichas.

Son tres días en los que toda una época se pone de acuerdo, y dice: «Vamos á que se nos conozca á todos como somos». Y para que se les vea bien, se tapan la cara.

Es como un velo que se descorre, detrás del que se ocultan dos grandes tendencias de nuestros tiempos.

Las mujeres quieren ser libres, y los hombres se despepitan por vestirse de mujeres.

Me asalta de repente una consideración.

No es el espíritu muelle y afeminado de la época el que empuja á los hombres hacia el guardarropa de las mujeres, no; la causa es otra; debe de ser un golpe maestro de su instinto; es que se preparan contra las contingencias de lo por venir. Ellos han debido caer en la siguiente cuenta:

El día en que las mujeres sean libres, ¡quién se atreve á ser hombre!

III.

Á pesar de todo lo dicho, aún no hemos llegado al verdadero Carnaval; el gran bromazo, el golpe maestro de esta función estrepitosa, viene ahora.

Consiste en el placer disfrazado de piedad, en el lujo con cara de pobre, en el vicio con careta de virtud.

Es una broma que damos á nuestra propia conciencia; es que nos valemos de nuestros mas bellos sentimientos como un recurso para prolongar nuestros placeres.

Hablo de esos bailes, de esas fiestas de máscaras que después del Carnaval, y tomando el pretexto de los pobres, se nos suelen anunciar ruidosamente como un acto de piedad en santificación de la Cuaresma.

Modo encantador de hacer bien. Especulación sentimental, en la que se hace objeto de alegría la cosa más triste del mundo.

El cálculo, tomando un poco de la miseria y un mucho de los placeres, ha combinado el siguiente brebaje, medio dulce y medio amargo.

Ha dicho: «Hay seres que no tienen pan; ¡qué lástima! Pues bailemos».

Un sentimiento pudoroso ha venido á mezclarse también á esa pócima, y el cálculo filantrópico ha extraído de ella esta quinta esencia:

«Hay seres que están desnudos; ¡qué vergüenza! Pues tapémonos las caras.»

He aquí por medio de qué química humanitaria se ha llegado á esta conclusión:

«Entreguémonos á los placeres, para que los pobres no se mueran de hambre.»

Ó de otra manera más filantrópica todavía:

«La pobreza es un tierno motivo de diversión pública.»

Pensemos algo más sobre esto.

La limosna, bien considerada, es una cantidad que se extrae de nuestro bolsillo por medio de ese deber que todos tenemos de socorrer á los pobres.

Esta cantidad no tiene retribución, y en estos tiempos de economía, la caridad viene á constituir una especie de despilfarro, que está en contradicción con los adelantos del siglo, y, por consiguiente, era preciso vaciar ese sentimiento cristiano en el molde de la civilización moderna.

Aquí asomaron naturalmente la cabeza los bailes de máscaras y las casas de juegos prohibidos, como dos platillos dispuestos á recibir, digámoslo ingenuamente, la limosna del placer y del vicio, y resultaron al punto empresas de placeres y sociedades de vicios, encargadas de socorrer á los pobres.

Las palabras tienen más sentido común que los hombres. Ved lo que resulta:

Un baile de máscaras en obsequio de la miseria pública, y en medio de la Cuaresma, tiene que ser un baile piadoso.

Una casa de juego en la que la autoridad pone, como la señal de su protección, el cepillo destinado á los pobres, tiene que ser oficialmente un santo garito.

Convengamos en que la idea es más honda de lo que parece, pues los placeres y los vicios son los

que hacen más pobres, y, por lo tanto, nadie como ellos está obligado á mantenerlos.

Todavía el caso es más profundo.

El que va á un baile de máscaras dado á beneficio de los pobres, ó entra en un garito, se ve obligado, por su amor á los placeres y por su pasión al juego, á hacer, ante todo, una limosna, porque el secreto de la combinación viene á consistir en que el pobre especule, á pesar suyo, con los placeres y los vicios ajenos.

Y al mismo tiempo, el que entra en uno de esos bailes ó en uno de esos garitos, compra la satisfacción de sus placeres y de sus vicios, y de este modo hace una limosna que no le cuesta nada, á no ser que bailando pierda la salud y el decoro, ó jugando se quede sin decencia y sin dinero.

La filantropía es así; es inglesa, y tiene que ser calculadora.

Este es verdaderamente el gran Carnaval.

UNA COSA CASI IMPOSIBLE

APLICANDO la geometría á la ideología, acabo de encontrarme frente á frente con toda la curiosidad que se encierra en la siguiente pregunta:

¿Qué distancia hay de una idea mala á una idea buena?

Mi cálculo arroja repentinamente á mis ojos esta respuesta: la misma distancia que existe entre todo lo que es fácil de hacer y todo lo que es muy difícil de realizar.

Idea buena es la que encuentra obstáculos por todas partes: idea mala la que entre todas las ideas encuentre menos inconvenientes para realizarse.

El hombre que sienta en su cabeza el impulso de una buena idea, casi puede asegurar que se le ha ocurrido un imposible.

Conozco muchos hombres que se hubieran ca-

sado ya, si hubieran tropezado con la mujer que buscan para madre de sus hijos; pero no conozco ninguno que haya querido amancebarse, que no haya encontrado en el acto la manceba que le había pintado su deseo.

Una idea buena es casi una utopía.

Las cosas se han dispuesto de manera, que es tan fácil hacer mal, como difícil hacer bien.

Esta es una observación que se halla profundamente grabada en el ánimo de todos.

Espárzase por Madrid un día la noticia de que F. ó P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna, en obsequio de la virtud, de la decencia y de los pobres.

Semejante noticia circulará como circulan los duros falsos.

Unos pocos la oirán encogiéndose de hombros, como si quisieran decir: «Puede ser».

Algunos más dilatarán sus labios con esa sonrisa que no es más que una mueca, y que siempre es la expresión muda de este monosílabo: «Ca».

La mayor parte apartarán la cabeza con enfado, como si la noticia fuera un tormento para sus oídos, y exclamarán con todo el aplomo de su incredulidad ofendida: «¡Eso es imposible!»

Pero he aquí que el rumor se confirma, que las palabras se han transformado en hechos, que la noticia es cierta, evidente, incontestable.

Ya no hay forma de decir «puede ser», ni «ca», ni «eso es imposible».

La incredulidad parece que ha perdido hasta el último refugio, y cualquiera la considerará desarmada y vencida.

No sucede eso.

La incredulidad es siempre la misma; cambia de posición, varía de armas, y sigue no creyendo.

Lo que he dicho es cierto: es indudable que F., H., P. ó N. ha renunciado á sus vicios, á su opulencia y á su fortuna.

Sí, señor; todo eso es verdad; pero hay que convenir en que ese hombre se ha vuelto loco.

Ó en que dentro de todo eso oculta alguna idea, algún propósito que el tiempo descubrirá.

F., H., P. ó N. es un hipócrita, ó ha perdido el juicio.

¿Habrá llegado á ser inverosímil la generosidad, la abnegación, la virtud?

Pero vuélvanse las cosas del revés.

F., H., P. ó N. ha envenenado á su mujer, ó ha robado á su padre, ó ha falsificado un testamento.

Esta es, por ejemplo, la noticia que corre de boca en boca, de corro en corro, de casa en casa.

El suceso parece tan natural, que apenas hay quien lo dude: todos lo creen.

De veinticinco, siete, por lo menos, se horrorizan para darle al asunto más interés, esto es, más autenticidad.

Cuanto más interés inspira una cosa, tanto más deseo hay de creerla.

Tengo observado que cuando se quiere creer una cosa, se cree, por absurda que sea.

La voluntad suple en la generalidad de las gentes al entendimiento, y el deseo á la razón.

Así es, que la terrible noticia del envenenamiento, del robo ó de la falsificación, no necesita ningún género de prueba: basta con que corra.

Las noticias de esta especie son como las onzas de Carlos III; se toman sin que á nadie se le ocurra la sospecha de que alguna puede ser falsa.

¿En qué consiste tanta incredulidad y tanta credulidad?

Seguid á la multitud un día en que, guiada por el sonido de las campanas, acude presurosa á un extremo de Madrid á presenciar el brillante espectáculo de un incendio.

Vedla desembocar por tadas las calles al mismo tiempo, con esa ansiedad, con ese bullicio que en Madrid despierta todo espectáculo.

Pero he aquí que al llegar al sitio de la catástrofe, se encuentra con que no hay catástrofe.

Los ojos de un gato brillando en la obscuridad de una buhardilla, han asustado á una pobre mujer.

Su miedo ha escogido el grito más agudo, el que más pronto había de poner en movimiento á los vecinos.

Porque el miedo es un valiente que usa siempre el arma que más hiére, la palabra que más suena.

La pobre mujer había bajado la escalera gritando: *¡fuego!*

Esta voz, repetida por cincuenta bocas, había llegado á las campanas.

El miedo, lo mismo que la alegría, son enfermedades de carácter contagioso.

Al llegar la multitud, se encuentra con que no hay fuego.

Todo desengaño es amargo, y la multitud siente haber sido engañada.

Esto es natural.

Analícese bien ese sentimiento, y se verá lo que hay oculto en el fondo.

Obsérvese que la multitud experimenta cierto pesar, cierto fastidio, cierto desencanto, que, indudablemente, la existencia del fuego le hubiera evitado.

Esto es evidente.

Profundizando un poco más, caemos en esta sima.

La multitud siente en aquel momento que no haya habido fuego.

Decídselo así, y no lo creerá; pero eso es lo que siente.

Ponga cada uno la mano sobre su corazón, y diga si no ha experimentado alguna vez en lo íntimo de su alma un inexplicable descontento, al averiguar que la relación aterradora de aquella catástrofe que tanto le había conmovido, ó el descubrimiento de aquel crimen que no puede recordar sin horror, han salido falsos.

Este es un fenómeno, en el que muchos no

creerán, porque son pocos los que descienden alguna vez hasta el fondo de las sensaciones.

Si se ajustara bien la cuenta, sacaríamos en limpio una cosa que parece imposible.

Veríamos que el hombre se engaña á sí mismo más veces que á los demás.

He aquí por qué nos resistimos desesperadamente á creer que F., H., P. ó N., no ha envenenado á su mujer, ni ha robado á su padre, ni ha falsificado ningún testamento.

¿Quién cree que es mentira una desgracia?

¿Quién niega su credulidad al relato de un crimen?

Pero si se trata de una virtud, de un arranque generoso, de un acto de desinterés ó de una abnegación, ¿quién lo cree?

Una idea buena es casi un imposible.

Alrededor de la mesa de un café os encontráis ocho hombres entretenidos en disecar la honra de una mujer.

Las mesas de los cafés son generalmente de mármol, como las pilas en que se hace la disección de los cadáveres.

Llegáis en el momento en que es más sangrienta la operación.

¿Tenéis valor para salir á la defensa de aquella honra despedazada?

Hacedlo, y veréis el desdén ó la compasión en todos los semblantes.

Los menos amigos os llamarán *inocente;* los que

tengan más confianza ó más descaro, os llamarán *tonto*.

También se os puede ocurrir que vuestra defensa animará la conversación y aumentará las proporciones del escándalo.

Si no sois un hombre de gran corazón, todo lo que haréis será oir y sonreiros de vez en cuando.

Si sentís algún escrúpulo, volveréis la espalda y os alejaréis de aquel foco de difamación.

Pero ¿queréis adquirir cierta celebridad?

Entonces tomad parte en la conversación; afilad bien un chiste que llegue á las entrañas.

Presentad el argumento estadístico que hacen siempre los que difaman á las mujeres, que consiste en la lista de todas las que ellos han perdido.

Yo sé muy bien que al hombre que, después de manejar por algún tiempo los caudales públicos, arroja á los ojos de la multitud el fausto de una gran fortuna, se le llama tunante y se le adula.

Y también sé que si ese mismo hombre se retira á su casa, pobre, primero se le llama tonto y después se le desprecia.

Digámoslo en dos palabras: la simple honradez ha llegado ya á ser un caso de heroismo.

BLONDIN

BIEN podemos decir que nos encontramos en estos momentos bajo la impresión de un grande asombro.

El ánimo se detiene suspenso ante el espectáculo verdaderamente maravilloso y extraordinario que ha aparecido en Madrid.

La fama, que corre de una parte á otra como una loca, vino, nada menos que del otro mundo, á comunicarnos la asombrosa aparición de un hombre extraordinario.

La cabeza, esa parte elevada del edificio humano, que, por ser la más alta, parece elegida y alquilada por la inteligencia para hacer de ella su natural domicilio, se dobla oprimida por la extrañeza del caso y por lo incomprensible del suceso.

Los hombros, acostumbrados á sufrir el peso de todas las cosas que caen sobre el hombre, se encogen oprimidos por la pesadumbre de este extraño prodigio.

Los ojos se abren ansiosos, como si buscaran un rayo de luz con que iluminar las tenebrosas profundidades del misterio.

Las bocas, á su vez abiertas, señalan en todos los semblantes el óvalo misterioso de esa letra que se ha elegido para expresar el grito mudo de la admiración.

¡Oh! He ahí la expresión de todas las fisonomías.

Esta admiración nace ante el sonido de una palabra, pronunciada de antemano por todos los órganos de la opinión pública como una profecía.

La profunda admiración que experimentamos, estaba anunciada como una función en perspectiva.

Vivimos en una época en que las esquinas y los periódicos son las avanzadas que marchan delante de la humanidad.

Á estos profetas es á quienes hoy confía sus secretos el reservado espíritu de lo que está por venir.

Por lo tanto, hemos tenido tiempo para reunir y preparar toda nuestra admiración ante la próxima realidad del suceso anunciado, como la mujer reune y prepara todos sus encantos para recibir al amante que siempre le tiene anunciado el secreto impulso de su corazón.

La mujer siempre tiene un amante en perspectiva.

Estábamos, pues, en el secreto.

La palabra había entrado y salido repetidas veces por todos los resquicios de la publicidad.

El anuncio había circulado una y otra vez por todos los rincones del público.

La palabra consistía en un nombre, que sólo á la Academia de la lengua corresponde averiguar si es un nombre propio, y que apareció iluminado por todos los rayos de una inmensa celebridad.

Los periódicos, escalonados desde la antesala hasta la puerta de la calle, como los lacayos de un gran señor, abrieron todas las mamparas del estrado público, y gritaron: «¡Blondin!.... »

La voz corrió tan rápidamente, que parecía que iba huyendo.

Poco después apareció Blondin.

Blondin es un hombre verdaderamente extraordinario; su grandeza es de tales dimensiones, que no cabe en ningún teatro; es un prodigio que, para desarrollarse, necesita el espacio.

El hombre más grande se ve obligado á levantar mucho la cabeza para mirar á este hombre.

Preciso es confesar que no hay quien raye más alto; sus pies aparecen á ciento ochenta palmos de distancia sobre todas las cabezas de los demás hombres.

Blondin anda sobre el aire con más seguridad que nosotros sobre la tierra.

Á pesar de la poderosa ley del progreso, que tan resueltamente nos empuja, en presencia de tan estupendo caso no hay más remedio que pararse.

Pararse es reflexionar.

La historia es un camino sobre el que se levan-

tan de trecho en trecho, como piedras miliares, las colosales figuras de los grandes hombres.

Cada orden de sucesos extraordinarios tiene su señal, su piedra gigantesca puesta en el camino del género humano.

Cada época tiene su grande hombre.

El asombro que Blondin causa, despierta en la imaginación espantada un orden de hechos análogos, que marcan los grandes pasos dados por el hombre sobre la tierra.

Para tropezar con el principio de la cadena de que Blondin es el último eslabón, hay que remontarse á los primeros tiempos de la historia.

¡Oh dolor! Hay que retroceder.

Noé es la primera figura que se destaca, pasando con toda su familia sobre las revueltas aguas del diluvio.

Detrás de Noé, está Moisés pasando el Mar Rojo.

Como no se tomen en cuenta los inmensos trabajos que pasó Job, es preciso ir á buscar á Julio César para anudar el hilo de los grandes pasos.

Todo el mundo sabe que Julio César asombró á Roma pasando el Rubicón.

Aquí hay que dar otro salto formidable para encontrar el paso siguiente:

Colón pasa el mar desde las orillas de Europa á las orillas de América.

De Colón, no hay más remedio que continuar hasta llegar á Blondin, que pasa sobre una cuerda la catarata del Niágara.

He aquí el camino que hemos hecho, y el punto adonde hemos llegado paso á paso.

El orden es este: Noé, Moisés, Julio César, Cristóbal Colón y Blondin.

Noé fué el hombre extraordinario de su tiempo, Moisés la figura gigantesca del pueblo de Israel, Julio César el gran romano, Cristóbal Colón el gran marino. ¿Hay en estos momentos en el mundo un hombre que cause más justa, más universal admiración que Blondin?

¿Quién era Noé? Un patriarca. ¿Qué era Moisés? Un profeta. ¿Qué fué Julio César? Un general. ¿Quién era Colón? Un marino. ¿Qué es Blondin? Un acróbata.

Brilló Noé por su santidad, Moisés por su virtud, Julio César por su audacia, Colón por su genio: Blondin brilla por su agilidad.

Medida la extensión de esta maravilla por todo lo largo de la historia, debemos medir su profundidad por todo lo hondo de la filosofía.

Veamos: la filosofía, aplicada á la historia, me da esta medida.

Para que Blondin esté tan alto, es preciso que la especie humana haya bajado mucho.

La señal que marca la altura de nuestros tiempos es Blondin: ciento ochenta palmos debajo de él estamos los demás.

Blondin es el hombre verdaderamente extraordinario; no solamente produce admiración, sino que causa espanto.

Este hombre es algo más que un formidable acróbata.

Meditemos bien, y veremos que en su prodigio se encierra una gran lección práctica de profunda filosofía.

Desde la altura de ciento ochenta palmos, corriendo de un extremo á otro de la extensa maroma, dice Blondin á la multitud asombrada: «Necios, todo mi secreto consiste en que sé dominarme, en que he aprendido á ser dueño de mí mismo».

Como la verdadera filosofía ha huído de las Universidades y de los libros, ha tenido que meterse en el cuerpo de un titiritero y subirse á una cuerda para ilustrar á la muchedumbre.

La humanidad marcha.

Esto es indudable.

Veamos cómo se verifica esta marcha majestuosa y universal.

El gran movimiento se efectúa de esta manera.

Unos andan, y otros corren.

Parecía que humanamente era imposible ir más de prisa; pero ¡oh asombro! Blondin vuela.

Este hombre extraordinario debe estar ya cerca del umbral de ese paraíso humano á que tan precipitadamente nos dirigimos.

Le faltaba algo á nuestro siglo, y ya podemos decir que es el siglo del vapor, de la electricidad y de Blondin; el vapor es una fuerza, la electricidad un secreto; Blondin es un hombre.

LA CASUALIDAD

I.

He aquí una combinación de sílabas, por medio de las que el hombre ha formado una palabra de que se sirve para demostrar, á pesar suyo, que hay un orden de cosas, de ideas y de actos que está fuera de su alcance; que hay una vida sobre la suya, que siente y no conoce; que está, en fin, rodeado de causas que no ve, hasta que los efectos le salen al paso, lo paran y le dicen: «Mira».

Entonces el hombre abre los ojos, se pierden sus miradas en la misma obscuridad de lo que está viendo, y, en vez de doblar la cabeza y decir: «Misterio», alza la frente y exclama: «¡Casualidad!»

Si la lengua no hubiera acudido al recurso de esa palabra, el telar misterioso y complicado en que se tejen los sucesos que están fuera de nuestra previsión, no tendría nombre.

En todo hay siempre un hilo oculto y caprichoso, que se nos escapa de entre los dedos y que no podemos atar nunca.

Veamos. ¿Qué es la casualidad? Una loca que se entra por medio de nuestros cálculos, y los desordena y los destruye: una ciega que va siempre tropezando con todas nuestras previsiones: una tonta que se ríe de las más ingeniosas combinaciones de la inteligencia humana.

¿No es esto así? Pues bien: nadie medita tanto sus actos como la casualidad.

Obsérvese bien, y veremos que cada una de sus imprevistas apariciones es el resultado de una minuciosa combinación de circunstancias, un tejido de pormenores laboriosamente fabricado; el colmo de la paciencia, de la habilidad y del cálculo.

Lo que hace la casualidad no hay entendimiento humano, ni ciencia, ni previsión que pueda imitarlo.

El camino por donde lleva sus misteriosas combinaciones, nos es desconocido: posee el secreto de un álgebra insondable, y tiene á su arbitrio la llave misteriosa de una geometría incomprensible.

Unas veces llamamos á la casualidad fortuna; otras veces la llamamos desgracia.

Acontece con frecuencia lo que voy á referir.

Sale un día de su casa un hombre; al borde mismo del umbral de la puerta, se encuentra con la calle, y *la toma*. Esto es evidente, puesto que al volver la primera esquina que le sale al paso, *la deja;* si no la hubiera tomado, no podría dejarla.

Tomando y dejando calles, llega, sin saberlo, al punto en que la casualidad lo espera con el reloj en la mano. Es pasmosa la puntualidad con que acudimos á estas citas ignoradas.

Repentinamente este hombre se para, porque ha visto á otro hombre venir hacia él; y es el caso que no le conviene, ó no quiere encontrarse con ese hombre, y trata de evitar el encuentro á toda costa.

Puede ser un importuno, un acreedor, un desocupado.... ¿quién sabe? ¡Hay tantos motivos para que los hombres huyan unos de otros!

Ello es que nuestro hombre se para, porque reflexionar es hacer alto; busca una salida, pero no encuentra á la mano ninguna bocacalle por donde desaparecer, y entre tanto el otro hombre se adelanta tranquilamente por la acera opuesta.

Apenas queda un minuto de tiempo para buscar un medio que evite el encuentro, porque el encuentro se viene encima.

Hay ocasiones en que el hombre quisiera que la tierra se abriera debajo de sus pies; pero es el caso que la tierra no se abre más que cuando Dios quiere.

Para retroceder es ya tarde. ¿Qué hacer?

Se le ocurre la idea de meterse en el portal más cercano, subir hasta la última buhardilla, y volver á bajar. En esta doble operación puede emplear todo el tiempo necesario para que el peligro pase; pero ¡ah!: el portal más próximo está á veinte pasos. Todavía no ha sido visto por su enemigo, mas todo

depende de unos cuantos minutos. Entonces se desespera, calculando que ha tenido tiempo para volverse atrás.

De pronto se da una palmada en la frente, como si quisiera abofetear á su entendimiento en castigo de su torpeza. Acaba de ver que se encuentra precisamente delante de la puerta de una administración de loterías. Un gran cuadro, colgado al lado de la puerta, le ha dicho en letras muy claras: «HAY BILLETES».

Imaginémonos la alegría de un ratón que, huyendo de un gato, encuentra un agujero, y nos habremos puesto al cabo de la calle.

Nuestro hombre entra precipitadamente en la administración de loterías, abriendo la mampara de cristales que se le opone al paso, teniendo buen cuidado de volver á cerrarla, y pide un billete, sin apartar la vista de los cristales, al través de los que ve lo que pasa por la calle.

Le dan uno, y no le gusta, porque todavía no ha pasado el hombre de quien huye.

Le dan el segundo billete, y tampoco le parece bueno, por la misma razón que el anterior le ha parecido malo.

Mientras buscan el tercero, se proyecta en los cristales la sombra de una figura humana que pasa tranquilamente siguiendo su camino.

El tercer billete es el que busca. Lo paga, contando las monedas con cierta lentitud; lo dobla muy despacio, sepultándolo en un rincón de su

cartera, se despide muy cortésmente, y toma de nuevo la calle con las precauciones necesarias.

Véase cuántos pormenores, cuántas circunstancias, cuántos incidentes han tenido que combinarse para que este hombre compre un billete de la lotería.

Pero esto no es más que la mitad del caso; porque el premio grande de la lotería llama poco después á la puerta de la casa en que vive ese hombre con la sonora voz de cincuenta mil duros.

¿Cómo ese billete entre millares de billetes, ese pedazo de papel entre millares de pedazos de papel, se ha convertido súbitamente en un capital?

¿Qué cosas misteriosas, extrañas é incomprensibles pasan dentro de ese saco en que se mueve un mundo de números?

Allí deben agitarse y revolverse, luchar unos contra otros, disputándose la gloria del premio. ¡Cuántas intrigas no se fraguarán entre ellos por alcanzar el título de número premiado!

Mientras las bolas se revuelven dentro de la caja, como los hombres en el mundo, el billete, escondido en el rincón de una cartera ó en el fondo de un bolsillo, espera con triste desaliento el fallo de la fortuna.

Al fin aparece el número premiado. Es uno cualquiera. La fortuna, como siempre, sale de un mundo desconocido. ¿Qué mano invisible dirige el hilo impalpable de este misterio?

Toda la respuesta que puede darse está reducida

á una serie incomprensible de sílabas: la casualidad.

Las letras no han encontrado aún la combinación necesaria para descubrir con una palabra los secretos íntimos de los números; como la óptica no ha podido inventar todavía una combinación de cristales por medio de la que puedan los ojos humanos ver claramente la obscuridad.

La casualidad es á las palabras lo que es el cero á los números.

Con la palabra casualidad se representa lo que no se sabe; con el cero, lo que no hay.

Casualidad quiere decir: lo ignoro.

Cero es igual á nada.

¿De qué medios ocultos é impenetrables se vale la fortuna para realizar en la lotería sus misteriosos designios?

No se sabe.

Pero ¡imagínese cuánta circunstancia, cuánto pormenor, cuánto incidente es preciso combinar para que sea uno ú otro el número preferido por la suerte!

En vano se hacen esfuerzos supremos por levantar una punta siquiera de su velo impenetrable.

Todas las conjeturas engañan, todos los cálculos fracasan, todas las combinaciones se pierden.

No hay manera de averiguar el número que va á ser premiado.

Si la fortuna fuese ciega, ¿no la hubiera sorprendido el hombre alguna vez andando los misteriosos hilos de sus incomprensibles tramas?

¿Podemos admitir que una pobre ciega se burle así de la inteligencia humana, que todo lo ve; del cálculo del hombre, que todo lo averigua?

Si la fortuna fuese loca, ¿es posible que pudiera tejer esas minuciosas y admirables combinaciones siempre imprevistas, y ante las que se desespera la inteligencia más activa, el cálculo más fino y la razón más sagaz de los hombres?

¿Será posible que una ciega vea mejor que todos los que ven, y que una loca sea más astuta que la inteligencia de todos los que desean el premio grande de la lotería?

¿Serán los jugadores más ciegos y más locos que la fortuna?

II.

Á esa fortuna se llama casualidad.

Todos estamos unánimes y conformes en dos puntos esenciales de una misma cuestión, en la cual se encierra nada menos que el principio fundamental del movimiento humano.

Todos hemos convenido en que, por ejemplo, romperse una pierna es una desgracia, y todos estamos conformes en que esa desgracia ocurre muy fácilmente; un tropiezo, un mal paso al subir una escalera, al bajarla.... ¡Ah! Sólo Dios sabe cuántas maneras casuales se vienen á la mano para que cualquier simple mortal se rompa una pierna.

La mayor parte de las piernas que se rompen en

este mundo se rompen por casualidad ; luego la casualidad es la cosa más fácil del mundo.

Yo niego resueltamente este segundo término de la cuestión, y me fundo en un hecho incontestable.

Yo digo: Si romperse una pierna fuera fácil, dos terceras partes de los hombres, por lo menos, deberían estar cojos; es así que....; luego *etcétera*.

Convengamos, no obstante, en que romperse una pierna es sumamente fácil, siempre que se reunan todas las circunstancias necesarias para que la pierna se rompa; pero lo difícil aquí es la reunión de todas esas circunstancias; y eso es precisamente lo que hace la casualidad.

El que tenga paciencia, puede observar en los hechos casuales la admirable precisión con que están cogidos todos los cabos; pues, mirando bien, se ve que con una sola circunstancia que falte, la casualidad no se realiza.

La casualidad no es empírica; procede siempre con profundo y exacto conocimiento de las causas y de los efectos; hay en todos sus actos una ilación verdaderamente científica. Cada caso es un problema tan sabiamente resuelto, que el resultado no puede ser otro.

¿Qué es esto que llamamos casualidad?

¿Es que hemos tenido esa palabra como un velo para cubrir nuestra ignorancia?

Á ella le atribuímos todo aquello que no entendemos ó que no queremos entender.

Hemos supuesto que existe, en el orden con que todas las cosas están establecidas, una especie de elemento caprichoso que, á lo mejor, se mezcla en el curso de los sucesos, interrumpiéndolos ó precipitándolos, según el humor con que se encuentra en aquel momento.

Cuando la casualidad produce un bien, se le llama fortuna; cuando produce un mal, se le llama desgracia; cuando no produce ni un bien evidente ni un mal palpable, se le llama simplemente casualidad.

Si á un hombre le cae la lotería, se dice: «¡Qué fortuna!» Si se rompe una pierna, se dice: «¡Qué desgracia!» Si al pasar por una puerta hay un clavo que, lleno de curiosidad, saca la cabeza y nos rasga el vestido, decimos: «¡Qué casualidad?»

Al decir fortuna, desgracia, ó simple casualidad, parece como que queremos dar á entender que ninguno de esos tres acontecimientos han tenido razón completa para ocurrir.

Y es que los sucesos tienen una lógica, y la razón humana tiene otra; es que pasan frecuentemente á nuestros ojos como viajeros misteriosos que callan á menudo de dónde vienen y ocultan siempre adónde van; es que, por agudo que sea el entendimiento del hombre, rara vez taladra la primera corteza de las cosas; es que, por mucho que mire, pocas veces consigue ver más allá de sus narices.

Con frecuencia el hombre dispone las cosas obedeciendo á impulsos desconocidos, cuyo fin ignora.

Por eso vemos tantos planes perfectamente preparados salir al revés.

Hay en todas las cosas una parte siempre oculta al hombre, y su razón no puede prever más que lo que ve.

Poco antes de empezarse la batalla de Waterlóo, decía Napoleón: «De cien probabilidades de triunfo, tengo noventa y nueve».

En esa sola probabilidad que le faltaba, se había encerrado traidoramente la derrota más formidable que registra la historia.

Ahora todo el mundo ve claramente que Napoleón le hubiera cambiado á Wellington las noventa y nueve probabilidades por esa sola probabilidad.

Es decir, que hubiera cambiado todo su genio, toda su previsión militar, toda su audacia, todas sus posiciones, todo su ejército, por aquella victoria.

He aquí cómo se mete la mano en un saco donde hay cien números, y se sacan noventa y nueve sin dar con el que se busca.

He aquí cómo la casualidad se mofa del talento, de la previsión, de la gloria, de la fuerza y del genio.

Si esto es así, convendremos necesariamente en que la casualidad tiene mucho más talento, más sabiduría y más genio que puede caber en la vasta inteligencia del hombre más grande.

Y si ahora añadimos que la casualidad es una cosa estúpida, ciega, absurda, ¿qué es lo que nos

queda que decir de nuestra soberana inteligencia?

Son curiosos y admirables á la vez los continuos fenómenos que presenta la soberbia humana.

Por no reconocer el imperio de la Providencia, hemos creado la tiranía de la casualidad.

Nos sometemos más orgullosamente á la fuerza de un poder caprichoso y absurdo, que al yugo supremo de la eterna Sabiduría.

Creemos que la Providencia nos humilla, y apelamos á la casualidad, que nos insulta; es decir, que por no inclinar la cabeza ante Dios, doblamos la rodilla ante nuestra ignorancia.

Pero así como en el fondo de cada virtud está el principio de la recompensa, así en el fondo de cada vicio está el principio del castigo.

Por eso la humildad acaba siempre por enaltecer al hombre, y la soberbia por humillarlo.

UNA NUEVA CLASE

En el molde culto de la sociedad moderna se ha fundido una especie numerosa, cuyo germen, antiguo como toda semilla, no ha podido llegar á su completo desarrollo hasta que no ha brillado en el cielo de este mundo el día de nuestro tiempo.

Al fecundo calor del sol de este gran día, la semilla se ha convertido en planta. Más claro: el gusano ha podido hacerse hombre.

Se compone esta clase de una serie de individuos, y aun puede añadirse de una serie de familias, que viven en las mejores casas, comen en las mejores fondas, se visten en las mejores tiendas, pasean en los mejores coches, frecuentan los mejores círculos.

No les falta nunca palco en la Ópera; en todo espectáculo son los primeros; parece que marchan

delante de la presente civilización, pues no hay novedad, ni escándalo, ni diversión pública donde no aparezcan como espectadores indispensables.

Van detrás de la confusión moral que los ha engendrado, como los hijos detrás de la madre. Ellos marcan el movimiento progresivo de la época de esta manera: con la misma afición asisten á las carreras de caballos que á las corridas de toros; lo mismo celebran una restauración que un destronamiento. Como la vida les es tan amable, el grito de sus entusiasmos es siempre el mismo: ¡Viva! ¡Viva todo lo que triunfa! Son la escolta de todo éxito.

Cada uno de estos afortunados mortales posee un capital que le proporciona una renta vitalicia de veinticuatro horas diarias.

Filosóficamente considerados, se ve que no tienen razón de ser; pero cada uno de ellos ha cuidado de buscarse un pretexto, que es como un título que les da derecho á la vida.

Nacer es un hecho que el hombre necesita justificar después, para que no resulte absurdo.

En la naturaleza todo es útil, todo es necesario; y en la sociedad serían estos hombres unos seres superfluos, si no hubieran tenido el cuidado de hacerse su casilla en las largas clasificaciones de la especie humana.

Vivirían aparte, si no se comunicaran con la sociedad, por las puertas de los salones unos, por las puertas de los casinos otros, por las puertas de los cafés todos.

El juego es en ciertos hombres una pasión; en otros es un oficio; en éstos es simplemente un pretexto: en la necesidad de ser algo, son jugadores.

Lo que ellos sacan del juego, está completamente fuera de los azares de la suerte.

El objeto único del dinero de nuestros días es la especulación; y, por un contrasentido que no es del caso explicar ahora, hemos llegado á unos tiempos en que se cree más en la fortuna que en el trabajo.

Suponed que sois un hombre honrado, y que se os ocurre una idea mercantil, un pensamiento industrial; que tenéis, en fin, un proyecto que, animado con el ingrediente de un poco de dinero y el calor de vuestro trabajo, puede llegar á ser, más tarde ó más temprano, una industria próspera, útil y honrada.

De las tres cosas que se necesitan para toda empresa, tenéis dos: el proyecto y el trabajo; os falta el dinero.

Sin dinero no se hace nada; ni siquiera se puede respirar sin dinero. Las palabras que vulgarmente se aplican á las cosas, suelen tener un gran sentido. ¿Qué decimos del hombre que no tiene una peseta? Decimos sencillamente que está ahogado, es decir, que no puede respirar.

No tenéis dinero, y lo buscáis.

Buscar es una cosa muy fácil, que tropieza siempre con una cosa muy difícil: buscáis, y no encontráis.

Vuestro proyecto, vuestro trabajo y vuestra

honradez no son garantías: todas las cajas se cruzan de brazos, todos los bolsillos se encogen de hombros, todas las puertas se os cierran.

No os queda más recurso que dar de balde vuestro proyecto y alquilar vuestro trabajo.

Pues no tenéis ni proyecto, ni honradez, ni amor al trabajo; sois simplemente un hombre más ó menos jugador, más ó menos espadachín, más ó menos buen mozo.

Es decir, que sois tres veces jugador: jugáis á los naipes, á las armas y á las mujeres.

Una sota, puede haceros rico; una estocada, puede haceros temible; una mujer, puede haceros hombre.

Á los ojos de cualquier capitalista, sois el germen de un futuro personaje; sois lo que se llama un joven de porvenir.

No hay dinero que se esconda ante la triple brillantez de esas tres perspectivas.

Vuestra fortuna en cualquiera de esos tres juegos, es una sólida garantía.

Parece mentira: la suerte inspira al dinero más confianza que la honradez y que el trabajo.

Respetemos los secretos íntimos de la fortuna; cada millonario sabrá cómo ha llegado á serlo, y nadie mejor que un capitalista puede conocer y distinguir á los hombres que han de llegar á ser ricos.

Nadie mejor que el dinero puede conocer los caminos por donde viene el dinero.

Encontráis, pues, dinero.

Con una renta vitalicia de veinticuatro horas, viven en Madrid muchas gentes en medio del fausto y la opulencia.

El dinero se hereda, ó se gana, ó se estafa; estos hombres ni lo heredan, ni lo ganan, y, sin embargo, lo gastan.

Leed el Código penal con detenimiento; estudiadlo con paciencia, y veréis que los delitos que se castigan, son aquellos que no han sabido hacerse.

He aquí un absurdo.

En todo criminal castigado por la ley hay algo de inocente; porque, sea como quiera, en estos tiempos de suprema sabiduría, el secreto de todas las cosas está en saberlas hacer.

¡Cuántas veces no hemos visto cruzarse de brazos á los tribunales, encogerse de hombros á los jueces, bajar la cabeza á las leyes delante de delincuentes que han sabido serlo!

El Código va detrás del crimen, como la Academia Española va detrás de la lengua.

Los criminales estudian mucho más que los criminalistas, y, justo es decirlo, saben más que éstos.

Han llegado á crear un orden de estafas finas, de robos cultos, de robos ilustrados, de despojos pacíficos y legales; es una especie de derecho, obscuro todavía, que unos cuantos ejercen sobre el dinero de los demás.

La civilización moderna no reconoce clases privilegiadas, y el criminal se ha civilizado como el resto de los hombres: antes era ignorante y grose-

ro; ahora es un criminal culto, fino, hasta elegante.

Ha aguzado su entendimiento, se ha ilustrado, hasta el punto de poderse apropiar lo ajeno de una manera lícita.

Uno de estos hombres se paseaba un día por la acera de una calle, tropezólo un conocido, y le preguntó:

—¿Qué hace V. aquí?

—Aquí estoy (le contestó) con el trabuco en la mano.

En efecto: poco después pasó la víctima, y, quieras que no quieras, no tuvo más remedio que aflojar el bolsillo.

Muchas veces se necesita menos valor para resistirse á la boca de una pistola, que á la boca de un hombre empeñado en sacarnos el dinero con nuestra propia mano.

Otro de estos seres quiso realizar su fortuna imponiéndose en el banco de una mujer rica; pero este banco tenía padre, al cual era preciso pedirle la mano de la hija, única condición que ella impuso.

El hombre acostumbrado á pedir dinero, no tiene inconveniente en pedir la mano de cualquiera.

El padre, que sabía muy bién dónde le apretaba el bolsillo, se fué derechamente al grano por la puerta de escape de esta pregunta:

—¿A cuánto, próximamente, ascenderán sus rentas de V.?

—Yo (le contestó), vengo á salir todos los días por quinientos reales.

—No me conviene (replicó el padre con mucha formalidad), porque el día que V. no pueda salir, no tendremos renta.

Otro había agotado ya todos los recursos, todas las estafas lícitas, y estaba á punto de quebrar.

—¿Cómo piensas salir de esta situación?—le dijo un amigo suyo.

—Casándome,—le contestó.

—¿Con quién?

—Con fulana.

—Es millonaria, pero es muy fea.

—Tanto mejor; así tendré dinero y no tendré mujer.

Otro poseía unas cartas algo indiscretas de una mujer algo más que indiscreta, y en un apuro las negoció, vendiéndolas á la misma de quien las había recibido; y mostrando un montón de oro á un amigo suyo, le decía: «Todo este dinero lo tenía en papel».

Otro se encontraba casi á las puertas de la cárcel: eran las únicas puertas que veía abiertas.

Estos hombres suelen tener familia, y éste tenía una prima, que, á más de prima, era rica. Pretenderla, era inútil ó largo; deshonrarla, era más fácil y más breve, y el hombre se hizo pagar á peso de oro el daño que había hecho.

La sedujo, para que tuvieran que comprarlo.

Los pies se hunden sobre este lodo, y no quiero pasar adelante.

El Código penal se detiene aquí, como uno se detiene delante de una puerta que no es la de su casa.

Yo pregunto:

¿No se averigua el capital que tiene en movimiento la industria?

¿No se miden á palmos las tierras de los propietarios?

¿Cómo no se indaga de qué capital, de qué propiedad, de qué industria, de qué trabajo sacan esas gentes las rentas que diariamente derrochan?

Para imponer una contribución, se puede registrar hasta el último rincón del bolsillo del ciudadano, y para imponerles el respeto siquiera que á la sociedad se debe, ¿no podrá preguntarse á esos hombres de qué viven?

PENSAMIENTOS ÍNTIMOS

El paraguas es un sofisma.

La prueba es muy sencilla. ¿Llueve? Pues coja V. uno, y salga V. á la calle.

*
* *

Las celebridades son la perdición de mucha gente.

Por ejemplo: la fortuna de un jugador es con frecuencia la desgracia de muchas familias.

Adviértase que el menor daño que causa el jugador afortunado, es el de ganar el dinero á los que juegan con él.

El verdadero daño lo causa la fama de su fortuna.

Si un hombre arruinado por el juego es un ejemplo contra el vicio de jugar, que pueden apro-

vechar algunos, otro hombre, enriquecido por el mismo medio, sirve de estímulo á todos.

Y como no hay manera de que la ruína de uno no haga la fortuna de otro, la cuenta no puede ser más clara.

*
**

Á la lotería se juega, porque, de treinta mil jugadores, les suele caer á veinte. Esto es lo que se ve: lo que no se ve son los veintinueve mil novecientos ochenta á quienes no les cae.

Es raro que se vean veinte que ganan, y no se vean veintinueve mil que pierden; y es que los ojos humanos son así; no ven más que lo que brilla.

Un jugador célebre por sus ganancias, háce más jugadores que el mismo juego.

Hay en esto otra fatalidad constante: nada obliga á jugar tanto como el perder.

*
**

Los hombres de cierta clase de talento suelen hacer mucho daño.

La celebridad que obtienen, ejerce sobre los demás un atractivo funesto.

Hay tontos que serían muy útiles á sus familias y á la sociedad, si el brillo de ajenas celebridades no los sacara de su centro.

Zorrilla hizo una innumerable colección de malos poetas.

Dumas ha creado el enjambre de novelistas que nos inunda.

Los filósofos alemanes han fecundado en España una generación de sabios que asusta.

Cada celebridad es una especie de tentación que arrastra fuera de su camino á mucha gente.

Si en vez de cultivar el campo de la literatura, el campo de las bellas artes, el campo de la filosofía alemana y el campo de la política, se dedicaran muchos al cultivo de los campos verdaderos, ¡pobre España!, serías más rica.

*
* *

Vivir, es quitarse la vida.

*
* *

Ese renglón aparece ahí tan sólo, porque es verdad lo que dice.

*
* *

Nos aterra ver una pistola en las manos de un niño, y no nos asusta ver á un niño en las manos de un maestro impío.

*
* *

¿Sabéis lo que es un banquero? Es un pobre cargado de oro, la miseria en toda su profundidad, y la opulencia en toda su extensión.

Teniendo yo los millones de un banquero, sería muy rico; pero, siendo banquero, sería un miserable.

*
* *

La vida va siendo muy cara.

Matusalén no se atrevería á vivir novecientos años en estos tiempos; porque, ¿dónde habría de encontrarse capital bastante para tan larga vida?

Hay descubrimientos que cuestan muchísimo más de lo que valen.

Desde que los ingleses han averiguado que el tiempo es oro, no hay manera de que la vida sea barata, pues sólo con gastar tiempo se gasta una fortuna. Véase si es posible vivir sin hacer ese gasto, y se comprenderá que la vida es un artículo de lujo.

*
* *

Yo me alegraría que los economistas, que no hacen más que perder el tiempo, se fijaran bien en esta cuestión, que es de suma importancia.

Téngase á la vista que, siguiendo las cosas como van, es decir, que continuando en alza creciente el valor de la vida, la especie humana llegará á ser una colección de tuertos; porque, al fin y al cabo, vendremos á parar en que vivir costará un ojo de la cara.

Pensemos alguna vez en la suerte que les estamos preparando á las generaciones futuras.

*
**

En las carreras de caballos sucede lo mismo que en la carrera de los hombres: el premio se lo lleva siempre el que llega antes.

Y esto se comprende perfectamente: haced de los premios lo que de sí mismas hacen las mujeres, que son del último que llega, y se acabó el progreso; la humanidad se pararía como un reloj que le falta la cuerda; nadie daría un paso; todo el mundo estaría empeñado en quedarse atrás.

Y si el progreso es esta precipitación con que nos empujamos unos á otros para llegar antes al fin de nuestros deseos; este afán de anticiparnos, esta impaciencia por llegar corriendo á recoger el premio de nuestras pasiones ó de nuestros errores; si es, en fin, esta prisa de vivir que nos devora, preciso es confesar que hemos dado un paso en vago suprimiendo las vinculaciones.

El padre reunía su fortuna, la acotaba, y decía: «Todo esto es para aquel de mis hijos que llegue primero».

Imposibilitado el padre de señalar este premio al vencedor de la carrera, ¿qué hijo se tomará el trabajo de nacer antes que sus hermanos?

*
**

La oportunidad es el gran mérito de todas las cosas; es lo que hace respetable á un cronómetro, y risibles á esos relojes que señalan las cuatro á las once y dan las nueve á las cinco.

Llegar á tiempo es algo, es mucho, es todo.

El que se atrasa, llega tarde, y el que se adelanta, no llega nunca: llegar tarde, es lo mismo que no llegar.

*
**

Somos mucho más ricos que los ingleses, y lo voy á probar aritméticamente: una libra inglesa vale noventa y cinco reales, y una onza española diez y seis duros. No me cambio por ningún inglés.

Si la libra valiera diez y seis duros y la onza noventa y cinco reales, tampoco me cambiaría.

*
**

El agua es un elemento que representa una cantidad verdaderamente líquida.

El diluvio no fué más que una terrible liquidación que se hizo entre el cielo y la tierra.

Un ajuste de cuentas, del que sólo quedó como diferencia á favor de la especie humana el residuo de Noé y su familia.

*
**

Esto fué lo único que se pudo salvar de aquella formidable bancarrota.

Esto fué lo único que se encontró en el arca.

*
**

Al aceptar el comercio la palabra *liquidación,* aceptó una gran palabra.

Para llegar á la profundidad de su sentido, hay que descender por esta pendiente.

Liquidar es convertir en líquido lo que era sólido, es deshacer lo hecho, es hacer agua, es naufragar.

En Madrid aparece de vez en cuando sobre las puertas de los comerciantes, en grandes caracteres, esta terrible palabra: LIQUIDACIÓN.

En mis oídos suena como un grito de socorro, y siento subir á la superficie de mi pensamiento estas dos combinaciones de sílabas:

«Esa casa naufraga»; «Ese hombre se ahoga».

*
**

Regla general: todo comerciante, después de contar una á una las monedas que forman la ganancia del día, se lava las manos.

*
**

Veis que un hombre pierde el equilibrio, y cae; lo veis, y seguís vuestro camino.

Si no lleváis mucha prisa, os esperaréis á ver cómo lo recobra.

Pero no es un hombre el que se cae; es un bolsillo que se rompe como una nube, derramando sobre las baldosas una lluvia de monedas, que saltan sobre el empedrado como si estuvieran vivas.

Seamos ingenuos: el primer impulso que sentimos todos, es el de bajarnos y coger.

Para que una moneda permanezca en el suelo, es preciso que nadie la vea.

Esta es la única regla general que no tiene excepción.

Un hombre, una mujer, un niño, pueden permanecer mucho tiempo, una noche entera, tendidos en un portal, en medío de la calle, ó al pie de una esquina, sin que nadie los recoja.

Hay familias que no tienen casa ni albergue; hay personas que no tienen camisa; pero, ¿hay alguna moneda que no tenga bolsillo?

*
* *

¡Orden! He aquí una gran palabra.

Hoy viene á ser, como si dijéramos, el juicio de la locura.

Hay cosas tan absurdas, que sólo se pueden explicar por medio de contrasentidos.

El orden es hoy esa perversión moral que circula sosegadamente por todas las venas de la tranquilidad pública; ese motín pacífico que se ex-

tiende por todas partes, sin que nadie se alarme.

Es una especie de asonada legal, contra la que no es necesario suspender las garantías constitucionales, ni hay para qué poner la tropa sobre las armas, ni urgente decretar estados de sitio.

Es ese movimiento regular, uniforme y acompasado con que la gota de agua cae obstinadamente sobre la piedra, hasta hacerla pedazos.

Todas las casas de prostitución tienen una historia común: es un camino que, como todos los caminos, se anda paso á paso.

La tisis del alma es lo mismo que la tisis del cuerpo; marcha en períodos ordenados, con precisa regularidad, con el mayor orden, dentro siempre de su constitución, sin salirse nunca de los términos de su legalidad.

*
**

El mal se ha hecho prudente; el desorden se ha hecho juicioso.

Lo que hay que destruir es la fuerza moral; ese poder que no ayuda nunca más que á la razón, á la verdad y á la justicia.

Haced la barricada legal de un periódico, arrojad á la calle el ilustrado motín de un libro, lanzad sobre la multitud la sedición razonada y pacífica de un discurso.

¿Para qué queréis el ruidoso medio de un fusil, ni el elemento trastornador de una barricada, si

podéis armaros con las leyes y destruir la sociedad?

¿Dónde está el valiente que se atreve á conspirar cuando no es necesario?

¿Quién es el imbécil que se arriesga á escalar el balcón cuando puede entrar por la puerta?

Este es el orden.

Ante tan profunda seguridad, es preciso llevar un grillete para no dormir á pierna suelta.

*
* *

Tú eres una joven de quince años, tus ojos son bellos, tu nariz correcta, tu boca graciosa. Tienes un corazón puro y un alma limpia.

Cualquiera que te mire, comprende que no eres fea; todo el que te oiga, descubre que eres buena.

Entre los diferentes pensamientos que han cruzado por tu imaginación, ha pasado uno que, traducido, dice así: «Yo no quiero ser monja».

Esto no es más que una manera que encuentras tú para decirte á ti misma que quieres casarte.

El mundo está lleno de hombres que tienen veinticinco años, y, por poco que andes, es inevitable que tropieces con alguno.

Después de este tropiezo, dos miradas y cuatro monosílabos hacen mucho; lo hacen todo.

Con cierta inquietud y con cierta alegría averiguas que tienes novio.

Un día hace tu novio lo mismo que hacen todos los canarios cuando la puerta de la jaula tiene la

indiscreción de quedarse abierta. Esto es, se va.

Lo primero que hace una niña, en cuanto se le escapa el pájaro que tiene entre las manos, es abrir la boca y romper en llorar.

Á los quince años se puede ser mujer, pero es muy difícil haber dejado de ser niña; por consiguiente, tú también rompes en llorar, pero el pájaro no vuelve.

Es preciso hacer algo, y ocultas primero tus lágrimas, como si fuera una vergüenza tenerlas; después enjugas tus ojos, y tomas una resolución.

Pronto envuelves en un mismo lío todos estos objetos; un retrato, un rizo, dos ó tres flores secas, un guante roto, una sortija, y muchas cartas.

Este lío sale de tu casa, y poco después entra otro equivalente.

Todo se acabó.

Así parece, pero no es así.

Tú experimentas en el fondo de tu corazón un sentimiento muy natural: quieres hacerle ver al ingrato el tesoro que ha perdido.

¿Cómo? Brillando.

Las virtudes son obscuras.

En Madrid no hay ninguna mujer célebre por su honestidad, ni por su recato, ni por su prudencia, ni por su ternura, ni por su constancia, ni por su fidelidad.

La mayor parte de ellas tienen todas esas virtudes; pero la celebridad no puede ser de la multitud.

La virtud es de cualquiera.

Respetada y querida puede ser esta mujer, y aquella, y la otra, y muchas; admiradas, lo son pocas.

Si los diamantes no brillaran, no nos causarían admiración.

Tú quieres ser un diamante cuyos caprichos obliguen á la luz á traer sobre ti las miradas de todos.

El lujo es el lapidario que hace de una simple mujer, una mujer brillante.

Desde el momento en que empiezas á brillar, se traza á tu alrededor un círculo de admiradores.

¡Cómo te vengas!

El ingrato comprende entonces que, en efecto, ha perdido una joya.

¡Pobre pájaro! Vuelve á la jaula, porque le han dorado los alambres.

Dejó un corazón puro, un alma inocente, y vuelve á recoger una falda de encaje ó un collar de perlas.

¿No es este un gran negocio?

*
**

Mirad á un mono con atención, y os parecerá un hombre que no quiere hablar porque no le cojan la palabra.

*
**

La vejez, digan lo que quieran los filósofos, no

es más que la imposibilidad en que el hombre se encuentra de continuar siendo joven.

No hablo de las mujeres, porque para ellas no hay nada imposible.

*
* *

Por el mundo político no se puede andar más que de dos maneras: con la lengua por el suelo, ó con la navaja en la mano.

*
* *

El juego de las instituciones ha venido á ser una cosa parecida al juego de la lotería.

Fundo mi observación en dos razones, que numero para que no se confundan, y son las siguientes:

Primera: todos ponemos.

Segunda: sólo le cae á unos pocos.

Pero ¡ oh admirable equidad de la lengua castellana! Todos podemos decir con profundo convencimiento: «Nos ha caído la loteria».

*
* *

Hombre público no es aquel que pertenece á todos, sino el otro que todo lo hace suyo.

Nuestra civilización se distingue principalmente por un espíritu de tolerancia que viene á ser como el refinamiento de la cultura moderna.

Elevando la consideración, se ve que la moral, la virtud y las leyes están tan altas, que todo puede pasar por debajo de ellas.

Tolerancia es esa ilustrada precaución con que se tolera todo lo que se prohibe.

Y, bien mirado, ¿por qué la moral no ha de tener la virtud de la paciencia? ¿Por qué no ha de bajar alguna vez la cabeza ante los ultrajes de sus enemigos?

¡Tolerancia! Esta palabra oculta un sentido civilizador más hondo del que parece á primera vista.

No se atreve á decirlo, pero quiere decir: «La moral, la virtud y las leyes son ya inútiles».

En todo el rigor de la palabra, no se puede llamar tolerancia al consentimiento de lo que es lícito. No hay un marido en el mundo que se atreva á decir: «Yo tolero que mi mujer sea honrada». Un marido tolerante ya sabemos todos lo que es, y eso precisamente queremos que sean la moral, la virtud y las leyes.

La lógica es feroz: para que el hombre sea bueno, son necesarias las leyes, la virtud y la moral; mas para que el hombre sea libre, sobran la moral, la virtud y las leyes.

Esa suma se completa—¡vaya un absurdo!—restando. Hay que sustraer de ella esta idea:

La tolerancia no es más que un anticipo que nos hace la libertad que nos han prometido.

*
**

Poco antes de descubrir el secreto de la gravitación universal, hizo Newton otro descubrimiento, tan sencillo y tan natural como el que poco después inmortalizó su nombre.

Quizá uno y otro descubrimiento produjeron en el alma del sabio igual sorpresa.

Newton descubrió que en una despensa contigua á su habitación había ratones.

Es probable que algún queso alevosamente roído le pusiera en camino de su averiguación.

Y es también muy probable que en sus primeras sospechas esté el primer relámpago de la luz que más tarde le hizo ver clara y distintamente la ley de las atracciones.

Nada se aventura con sospechar que esto pudiera ser esa mirada que dirigimos á las cosas antes de verlas.

Algo de esa parte casi inconcebible de toda planta que existe encerrada en la semilla.

Lo que es la unidad en todas las cantidades.

Averiguado que el queso ejerce sobre los ratones una atracción poderosa, ó, de otra manera, averiguado que el centro de gravedad de los ratones es el queso, el problema de la gravitación universal estaba, por decirlo así, planteado.

Newton, sin embargo, no vió así las cosas; pues inmediatamente decidió oponerse al rayo de luz que le daba en la cara.

Tiene la naturaleza establecido en todas sus obras un orden particular, que nunca interrum-

pe ni amolda á las clasificaciones de las ciencias.

Los naturalistas proceden estableciendo un orden de especies, de razas, de familias, ordenando la creación como las letras de una palabra, como las palabras de un renglón, como los renglones de una página, como las páginas de un libro.

La naturaleza, por el contrario, mezcla las especies, las razas y las familias.

Así es que, leyendo á Buffon, tropezamos con los ratones en el tomo primero, por ejemplo, y no damos con los gatos hasta el tomo quinto; cuando es público que los gatos andan siempre detrás de los ratones, y que basta decir ratones para que la idea del gato salte á nuestros ojos, como salta la chispa al choque de la piedra y del acero.

Ordénese el mundo por el sistema de los naturalistas, y el mundo se acaba.

Newton en esta ocasión prescindió completamente de las clasificaciones de la ciencia, y, siguiendo el orden vulgar de la naturaleza, pasó rápidamente de la idea de los ratones á la idea de los gatos.

Considerándolo bien, los ratones son una especie de pretexto de que se valen los gatos para disfrutar sin peligro de todas las comodidades de los hombres.

Newton tampoco pensó en esto, y adquirió dos gatos: uno grande, y otro pequeño.

La esfera, por decirlo así, en que giraban los ratones atraídos por el queso, era la despensa.

Este estómago previo de toda casa donde se come, tenía una puerta, y Newton concibió la idea de dos agujeros, por los que pudieran entrar y salir cómodamente los dos gatos.

Ya he dicho que uno era grande, y otro pequeño.

Todo el mundo sabe que los agujeros únicamente se hacen solos cuando no se necesitan, y Newton, en esta ocasión, tuvo que recurrir á un carpintero.

—Abrid en esta puerta (le dijo el sabio) dos troneras, una para que pueda entrar el gato grande, y otra para que pase el gato pequeño.

El carpintero debió rascarse la cabeza, morderse las uñas, y decir:

—Son dos gatos, esto es verdad; dos gatos...., eso es, dos agujeros...., este es el orden; pero...., ¿no puede entrar el gato pequeño por el agujero del grande?

Newton quiso replicar; vaciló un momento, y se echó á reir. El carpintero abrió una sola tronera para los dos gatos.

El sabio no tuvo inconveniente en reirse de sí mismo: su risa fué verdaderamente sabia.

El pensamiento es este: el sabio que se ríe de sí mismo, es el más sabio.

*
**

¿Queréis medir de una sola ojeada toda la extensión de nuestra prosperidad? Más claro: ¿que-

réis ver los límites en que hemos encerrado la pobreza?

El cálculo es muy sencillo; el problema es este:

Siendo verdaderamente pobres todos los que necesitan más de lo que tienen, ¿cuál será el número de los que piden limosna?

La operación es sencillísima: no hay más que sumar.

*
**

Los que se han dedicado á ajustar la cuenta del trabajo, comparada con la cuenta del jornal, no han querido pasar de los talleres y de las fábricas á los gabinetes y á los salones.

No han querido ver más trabajo que el que se presenta públicamente á los ojos de todos, sin querer levantar su consideración á ese otro trabajo incesante, continuo, de todos los días y de todas las noches, que se oculta, por una modestia respetable, detrás de las cortinas de un tocador ó detrás de los vidrios de un coche, cubriéndose siempre con el aspecto de la indolencia, de las comodidades y del lujo.

La costurera apenas trabaja, comparada con la hermosa joven para quien su fina aguja da tantos puntos y sus menudos pies tantos pasos.

¡Hermosa criatura, digna de verdadera compasión!

Las doce del día, tan alegres para todo el mun-

do, suenan en sus oídos tan pronto, que las oye con mucho más disgusto que la costurera las seis de la mañana.

Apenas ha dormido.

Después del cansancio de un baile, las doce del día debían ser menos impacientes.

De cualquier modo, hay que sacudir el sueño de aquellos ojos, cansados de hacer esas encantadoras evoluciones con que es preciso mirar para embellecerlos.

Hay que poner en movimiento, por la acción irrecusable de un bostezo, aquellos labios, rendidos por la fatiga continua de fabricar encantadoras sonrisas á gusto de todos.

Hay que erguir nuevamente el perfecto talle, oprimido aún por el peso de aquella falda cuajada de perlas, que ha sido la admiración de la fiesta.

En una palabra: hay que volver al trabajo, hay que comenzar de nuevo la minuciosa tarea de arreglar los cabellos, de suavizar el semblante, de dar brillo á los ojos y transparencia á las manos, dulzura á la sonrisa y suaves movimientos al talle.

Pensad en una actriz cuya tarea empezara al abrir los ojos y concluyera al cerrarlos, y tendréis una medida exacta del trabajo inmenso que pesa sobre los delicados miembros de esa gentil criatura.

Por eso la veis entrar tarde en los teatros, tarde en los salones, muy tarde en los paseos; sus visi-

tas son breves, sus saludos rápidos; su coche va siempre como una flecha.

No tiene tiempo para nada.

Este trabajo incesante, que se renueva todos los días y que se aumenta en proporción de los años, no es un trabajo que vale cinco reales; por el contrario, cuesta muchas fortunas.

*
**

En Madrid no hay vagos; es imposible que los haya; y, pensando seriamente, podemos decir que el trabajo de los que no tienen nada que hacer, es el trabajo que más humilla y el que más consume la fuerza del cuerpo y la vida del alma.

Nacer, sabe cualquiera; pero, en cualquier sentido que se tome la frase, yo afirmo que es muy difícil saber vivir.

*
**

Cuentan que Isidoro Maiquez salió una mañana de su casa.

Esto parece bastante creíble, para que nadie se tome el trabajo de ponerlo en duda.

Poco después de encontrarse en la calle, bajó los ojos, y su mirada tropezó con un obstáculo inesperado, y el gran actor se detuvo repentinamente.

Por el movimiento que hizo, debe inferirse que

lo primero que se le ocurrió fué retroceder; pero algo debió contenerle, porque se detuvo, con esa perplejidad que se observa en la fisonomía, en la actitud y en los ademanes del hombre que no sabe qué partido tomar.

Si en vez de encontrarse en la calle interpretando su propio pensamiento, se hubiera encontrado en la escena interpretando un pensamiento ajeno, Maiquez hubiera recogido numerosos aplausos.

Muchas veces habría representado con admirable perfección la actitud indecisa de un hombre que lucha entre dos pareceres opuestos, que oscila como un péndulo entre dos movimientos encontrados, en medio de una multitud asombrada de su genio.

En la escena, delante del público, Maiquez habría arrebatado al expresar la situación en que ahora le encontramos.

Para alcanzar ese triunfo necesitaba muchas horas de observación y de estudio, repetidos ensayos delante de un espejo, todo su talento y todas sus cualidades.

En medio de la calle, sorprendido por un obstáculo imprevisto, sin preparación, sin ensayos, sin estudio, sin espejo, sin saber á punto fijo lo que hacía, Maiquez interpretó mucho mejor que en la escena la situación de un hombre que no sabe qué camino tomar.

Puede decirse que Maiquez en la calle era superior á Maiquez en el teatro.

¡Qué fisonomía, qué mirada, qué gesto, qué movimiento de indecisión, de duda en todos los detalles de su actitud!

No hay necesidad de haberlo visto, para comprender la perfección y la naturalidad con que debió interpretar la situación repentina en que se encontraba.

Si el actor hubiera podido observar en aquel momento al hombre, Maiquez se hubiera copiado á sí mismo en la primera ocasión oportuna.

El arte es ese esfuerzo supremo que hace el talento para imitar lo que todos hacemos sin esfuerzo ninguno.

Es muy raro lo que sucede en esto. Calcúlese el talento que necesita un actor para imitar perfectamente á un tonto.

El arte es la mentira de la verdad.

Ó de otra manera.

Es una verdad que no le falta más que serlo.

Hay algo de irrisión en esa dificultad que todos encontramos para copiar á los demás, y hasta para copiarnos á nosotros mismos.

La naturaleza y la verdad no quieren ser suplantadas: si el hombre fuera una moneda, el cómico no sería más que un monedero falso.

Maiquez se encontró detenido por un obstáculo imprevisto.

Parece mentira: tropezó con sus botas.

Llevaba en sus pies el obstáculo que se le había puesto delante; sus botas se habían pegado al

suelo, y no le dejaban adelantar ni retroceder.

Esto debe parecer increíble, pues ocurrió en una época en que aún no se había aplicado el *asfalto* á las calles de Madrid.

Pero téngase en cuenta que no hay nada tan pesado como los pies de un hombre que no sabe si seguir adelante ó volver atrás.

Maiquez se hallaba encadenado por esa red en que algunas veces nos envolvemos, que es muy difícil de romper, y que se llama perplejidad.

Había caído en ese lazo que tan hábilmente suelen tendernos los sucesos, que tanto trabajo cuesta desatar, y que, sea donde quiera el lugar en que nos sorprende, siempre es un callejón sin salida.

En cualquier parte del mundo puede encontrarse el hombre entre la espada y la pared, porque esa pared y esa espada están en todas partes.

La situación de Maiquez era real y verdaderamente angustiosa, y la causa de su perplejidad era la siguiente:

Había notado que sus botas no estaban limpias, y Maiquez era un hombre que se vestía con tanto esmero para salir á la calle como para salir á la escena.

Para un hombre limpio, este descubrimiento es un obstáculo insuperable que corta el paso, y Máiquez se detuvo como si repentinamente se hubiera abierto un abismo á sus pies.

Cuando un obstáculo insuperable nos acomete de frente, lo que hacemos todos es retroceder; y el

gran actor verificó la mitad de este movimiento, por medio del que se pone la espalda donde antes se tenía el pecho.

Cuanto más se ha andado en un camino, tanto más difícil es retroceder.

En el camino de la vida esto es tan evidente, que no hay forma posible de retroceder á la juventud después que se ha llegado á la vejez.

Maiquez, al volverse, tropezó con un inconveniente que él mismo había tejido paso á paso; se encontraba á demasiada distancia de su casa para volver á ella.

He aquí la alternativa en que se veía preso: sus botas le impedían seguir adelante, y su casa estaba demasiado lejos para volver atrás.

La situación era terrible.

Napoleón debió experimentar una desesperación parecida al encontrarse detenido por el incendio de Moscow: no podía continuar, y había andado mucho para retroceder.

Como Napoleón, hubiera retrocedido Maiquez, si un rayo de luz no le hubiera abierto otro camino.

La luz suele tomar formas muy raras, y esta vez tomó la figura de un rótulo; y por otra de sus rarezas, el rayo de luz partía del fondo de un portal obscuro y estrecho.

Maiquez debió ver esto como se ve un relámpago en medio de la obscuridad.

Tenía delante un portal, y en aquel portal había un limpia-botas: dió un salto, y entró.

El limpia-botas se apartó, para abrirle paso, con manifiesta solicitud, y comenzó á dar brillo á aquellas botas que habían tenido la imprudencia de salir á la calle sin limpiar.

De vez en cuando levantaba la cabeza y miraba á Maiquez con una expresión afable y curiosa.

Maiquez pensó que estaba sufriendo una de esas impertinencias que lleva consigo la celebridad.

Como todo tiene fin en este mundo, el limpia-botas acabó su trabajo, y Maiquez quiso poner en sus manos una moneda de plata.

El limpia-botas se retiró con cierto aire de dignidad ofendida, y dijo:

—Eso, de ningún modo.

—¿Por qué?—preguntó Maiquez

—¡Á un compañero! (replicó el limpia-botas.) Eso no estaría bien.

El gran actor registró su memoria á ver si se acordaba de haber sido alguna vez limpia-botas; pero no pudo recordarlo, y dijo con admiración:

—¡Un compañero!

—Sí, ya lo creo; hemos trabajado juntos.

—¿Dónde?

—En el teatro.

—¿En qué?

—En *El Diluvio Universal*. ¿No me recuerda V.?

—¡No recuerdo!

—¿No recuerda V. los leones que iban encerrados en el arca? Yo era el león primero.

Si Maiquez viviera hoy, vería que aquel limpia-

botas ha producido una generación de actores; vería que ha crecido de tal modo el número de *compañeros*, que no hay más que primeros leones.

De ese cuento sale esta cuenta.

Sin duda ninguna, convendría suprimir las botas de charol.

De esa manera se aumentaría el número de los limpia-botas y se disminuiría el de los actores.

—¿Qué ganaríamos?

—Mucho.

—¿Cuánto?

—Todo lo que hemos perdido desde Maiquez acá.

*
**

Pedir limosna en las calles de Madrid es un acto que tiene el mismo aspecto que introducir furtivamente la mano en el bolsillo del transeunte y quitarle el peso del pañuelo.

Lo mismo se guarda el pobre que el ratero.

Si á la vez os piden limosna y os roban, podéis llamar al municipal que pasea la calle ó al sereno que duerme en la esquina, y decirle indignado: «Esa pobre anciana me ha pedido una limosna, y este pilluelo me ha metido la mano en el bolsillo».

En el acto veréis que la anciana es conducida al hospicio y el ratero á la cárcel.

¿Hay alguna diferencia? Sí; una inmensa.

El ladrón saldrá del Saladero antes que la anciana del hospicio.

Parece que el robo es menos culpable que la miseria.

*
**

El principio que concede al hombre el derecho de elegir, es un gran principio.

Vamos á verlo.

El hombre elige :

Sus amigos;

Su mujer;

Sus criados.

Rara vez encuentra un buen amigo ; por casualidad tropieza con una mujer á su gusto; todos los días está cambiando de criados.

El hombre no puede elegir:

Ni á su padre ;

Ni á su madre;

Ni á sus hijos.

Rara vez encuentra un mal padre; nunca es para él mala su madre; sus hijos son siempre los mejores.

El principio será una gran cosa; pero se ve que el hombre tiene muy mala mano para elegir.

*
**

El vecino de Madrid se despierta por la mañana, y abre los ojos.

Lo primero con que tropieza, es con esas líneas

indecisas de luz con que se iluminan, al amanecer, todas las junturas, todos los resquicios de las maderas de todas las puertas y de todos los balcones.

Es el día, que pasa por la calle fresco y sonrosado, y que introduce sus miradas curiosas por las cerraduras de las puertas, al través de los cristales y de las persianas.

Es el sol, que todo lo ha visto ya, y entra en la obscura morada del hombre, y echa sobre sus párpados un rayo de filosofía y de experiencia; parece que le dice: «Abre los ojos».

Esta primera luz con que nos encontramos al despertar, es una especie de lima sorda, que come poco á poco la cadena con que el sueño nos sujeta.

Es como una proclama luminosa, que produce en todas partes un levantamiento general.

El vecino se levanta y abre los balcones, que son á las casas lo que son los ojos á la cara, y el día se precipita y todo lo inunda.

La mirada se tiende por todas partes, satisfecha de su penetración: todo lo ve claro.

La realidad de las cosas se presenta en completa y desvergonzada desnudez.

El día, esa cosa tan alegre y tan risueña, es un triste desengaño.

Es la luna magnífica de un gran espejo, en el que todas las cosas se retratan como son.

¡Cosa singular! Las ilusiones, las esperanzas,

los temores, los deseos, las inquietudes, las tristezas y las alegrías, se desnudan de sus fantásticos ropajes cuando el hombre se viste.

*
* *

Pongamos un ejemplo.

El hombre que se despierta, tiene veinticinco años; y, como si quisiera compensar la locura de tener tan pocos años, ha cometido la tontería de enamorarse.

Por una de esas combinaciones tan frecuentes en el mundo, su corazón y su bolsillo están siempre en abierta contradicción.

Un corazón lleno y un bolsillo vacío.

Esto es, un tesoro que pide limosna.

Invirtiendo los términos, resulta un bolsillo lleno y un corazón vacío.

Esto es, la miseria opulenta.

La luz que entra por las junturas de la ventana, va borrando poco á poco los bellos contornos de la dulce imagen que el amor tiene grabada en su imaginación.

El sol obra sobre su alma como un disolvente.

La visión que se le ha aparecido en la obscuridad del sueño, se ha evaporado en cuanto se han abierto sus ojos.

Registra inútilmente todas las profundidades de

su corazón, buscando el retrato que acaba de robarle la luz del día.

Disipada la imagen, siente en su alma ese vacío desconsolador que vemos en todos los marcos cuyos lienzos han desaparecido.

Es decir, ese vacío que dejan todas las cosas cuando abandonan el sitio donde deben estar.

Ese hueco que hay en una flor sin hojas, en un árbol sin ramas, en una lámpara sin luz, en un cielo sin sol, en un lago sin agua.

Perdido ese retrato, que las mujeres dan con tanta facilidad á cuantos las miran, hace lo que todo jugador que ha perdido la primera apuesta: se propone una jugada, por medio de la que se desquite y gane de un solo golpe.

Ha perdido el retrato, y quiere adquirir el original.

Esta idea le da todo el vigor que un hombre necesita para sentarse en la cama.

En esa actitud le sonríe la esperanza de ser querido: el nuevo resorte le imprime un nuevo movimiento.

Salta de la cama, y empieza á vestirse.

No ve bien, y tiene la imprudencia de abrirle paso á la luz del día, que hace una hora espera que le abran para entrar.

Esa esperanza última de su sueño se va disipando poco á poco, conforme la luz del sol que penetra por la ventana, le va señalando los estragos que el tiempo y el uso han hecho en sus vestidos.

Empieza á la vez dos especies de monólogos, opuestos, contrarios, mortalmente enemigos.

Habla á la vez con su único amor y con su única ropa.

Todavía flotan en su imaginación algunos restos de la imagen querida, como esas sombras que flotan detrás de las montañas y detrás de los árboles pocos momentos después de amanecer; como flotan, agitados por las olas del mar, los restos de un naufragio; como flotan, en fin, sobre la superficie de la memoria los recuerdos prontos á sumergirse en el olvido.

Aún ve algo de aquellos rizos negros, suaves y brillantes, al mismo tiempo que su pantalón le muestra la tela deslustrada, áspera, encanecida.

Todavía vislumbra el limpio color de aquellas frescas mejillas, cuando su corbata se le pone delante de los ojos ajada, descolorida y sucia.

Si puede decirse así, con un ojo sigue el encanto fugitivo de aquella armoniosa sonrisa, y con el otro contempla la sonrisa irónica de sus pobres botas.

Así la luz, cayendo sobre la realidad, va disipando las ilusiones de su fantasía.

Conforme va vistiendo su cuerpo, se va desnudando su alma.

El hilo de oro de su esperanza se rompe al fin ante los hilos de algodón ó de lana que forman el tejido de su pantalón, de su chaleco y de su levita.

La trama de sus ilusiones se deshace ante la trama de su ropa.

Él es joven, pero sus vestidos son viejos.

Su corazón se encuentra lleno, pero su bolsillo está vacío.

El amor, sea de la especie que quiera, tiene siempre un pudor invencible.

No hay enamorado que se atreva á ponerse delante de la mujer que quiere, enseñando los codos.

Este hombre ha caído de la obscuridad de su sueño á un abismo de luz.

*
**

Es claro. Había volado libremente con las alas de su deseo, y ahora se encuentra sujeto por las duras cadenas de la realidad.

La sombra era su esperanza; la luz le ha traído el desengaño.

¡Qué dichoso cuando nada veía! ¡Qué infeliz cuando todo lo ve!

¡Cuánta obscuridad queda en su alma después que sus ojos se han inundado de luz!

Esto es más claro que la luz del día.

*
**

HACERSE RICO. He aquí una frase que el sentido común ha sustituído admirablemente con esta otra: HACERSE HOMBRE.

*
**

Imaginémonos un semblante cuyas arrugas indican que se ha usado ya mucho tiempo.

Los ojos se ocultan indiferentes detrás de unos párpados cuyo peso se puede calcular por el trabajo que cuesta levantarlos; se esconden como si ya todo lo hubieran visto.

Las miradas vacilan en ellos como la luz de una lámpara á la que empieza á faltarle el aceite.

Momento es este en que las mujeres comienzan á huir de los espejos, de la misma manera que se huye de esos amigos burlones que, á fuerza de tratarnos, se toman con nosotros demasiada confianza.

Imaginémonos á esta mujer afligida ante la cruel impotencia de los cosméticos más eficaces.

En vano lucha por arrojar sobre la multitud, que ya no la admira, el último resplandor de su hermosura.

Experimenta en el fondo de su corazón una pena, que se parece mucho al remordimiento.

Con esa terrible ironía con que la reflexión nos martiriza tan á menudo, piensa que podría ser joven aún, si hubiera tenido la precaución de nacer diez años después.

No hay nada más desconsolador que las reflexiones inútiles.

Bella: esta palabra, que sus ojos leían en todas partes, estaba escrita con una tinta demasiado frágil, y se ha borrado: era tinta de color de rosa.

En cambio unas cuantas letras se han empapado

en tinta negra, y han impreso sobre su frente este etrero: *Vieja*.

Para mayor tormento, esa palabra terrible cada vez aparece más profundamente grabada.

Allá, en el fondo de su deseo y de su desesperación, encuentra un término medio, que sería una gran cosa si los términos medios hubieran alcanzado alguna vez el privilegio de ser algo.

Ella dice: «Yo me resignaría á no ser joven, si pudiera evadir la triste necesidad de ser vieja».

Indudablemente, el no tener pocos años sería indiferente, si eso no nos obligara á tener muchos.

*
* *

Cuando no se ve nada, todo se ve negro.

He ahí un renglón que se debe leer á tientas.

Económicamente considerada, la miseria es un artículo de lujo, un verdadero despilfarro, porque no hay nada que cueste más caro que ser pobre.

Ser rico es evidentemente una economía, porque al pobre todo le cuesta doble que al rico.

El que tiene algo, puede no gastar más que la mitad; pero el que no tiene nada, gasta siempre doble.

Políticamente considerado, el pobre era antes un ciudadano que no tenía más derecho que el de implorar la caridad pública.

Ahora, preciso es confesarlo, ha conquistado un

derecho más: puede elegir entre el Hospicio y el Saladero; puede pedir ó tomar.

*
**

Urbanamente considerado el caso, el pobre es una inmundicia pública que es preciso barrer.

*
**

Hay además otra cuestión compleja, que es industrial por una parte, social por otra, moral por todas.

Dentro del infelíz que pide limosna puede ocultarse un vago. Esto es verdad. La caridad puede ser estafada. Esto es claro. El hambre puede servir de disfraz á esa estafa. Esto es cierto. El pobre es un cómplice inocente de esa ratería. Esto es indudable. Suprímase la miseria. Esto es absurdo.

Eso es igual á esto:

Suprímase la moneda, porque hay duros falsos.

*
**

Pero el ser vago es una industria como otra cualquiera. Vago no es el que no hace nada, sino el que no hace nada útil.

Suprimida la miseria, perseguida el hambre por los agentes de la autoridad, el pobre no puede pedir limosna y el vago continúa pidiéndola.

Un día canta, otro día baila, otro día salta, otro día corre la ciudad con dos ratas y un gato, otro día brama por la boca de un clarinete, á cuya música baila un perro, ó, lo que es peor, un niño, ó, lo que es peor todavía, una niña.

Él pasa su vida lo mismo: de día, por las calles, recogiendo dinero, y de noche, gastándolo en la taberna.

Á él, ¿qué más le da?

*
**

La alabanza ha llegado ya á ser más temible que el insulto.

*
**

El sol es al cielo lo que la mirada á los ojos; un día sin sol es un estanque sin agua, un pájaro sin plumas, un tiesto sin flores, un corazón sin esperanza.

En los corazones tristes siempre es de noche.

*
**

La tinta debe ser negra, porque la palabra es siempre obscura.

*
**

¡Qué verdad nos parece todo aquello que tenemos interés en que no sea mentira!

*
**

Una opinión política es casi un oficio.

No sé yo cómo podrían vivir muchos hombres si no tuvieran á la mano una opinión siquiera.

*
**

La verdad es muchas veces triste, porque no ha contraído nunca el compromiso de estar siempre alegre.

*
**

Mucho bueno y poco malo son dos cosas igualmente imposibles; porque lo bueno no puede ser nunca mucho, ni lo malo es jamás poco.

*
**

Siempre que veo un niño, digo: éste viene.

Siempre que veo un anciano, digo: éste se va.

*
**

En el público se encuentra siempre de todo: lo único que no se halla nunca es juicio.

*
**

El público es el niño más viejo que se conoce.

*
* *

No hay nada que separe tanto á dos hombres como el canto de un duro.

Los lazos de la amistad, los vínculos del cariño, los nudos de la familia, se cortan muchas veces con el filo de una peseta.

*
* *

Observad bien en qué género de agrupaciones se va convirtiendo la masa humana.

Todo son sociedades de crédito, compañías comerciales, industriales, mercantiles; hombres unidos por los vínculos del negocio.

Con el tiempo será imposible ser ciudadano sin ser socio.

La asociación acabará con la sociedad.

*
* *

Preciso es que para el desarrollo completo del espíritu elemental de nuestra época, todo se convierta en mercancía.

*
* *

Preciso es que entren en el ancho raudal de la

prosperidad pública los sentimientos, las virtudes, las opiniones y la conciencia.

La libertad individual se vería seriamente comprometida si el hombre no pudiera venderse.

*
**

Una seña imprudente, un billete indiscreto, puede vender á una mujer: ¿y no ha de poder ella negociar su hermosura, cotizar su juventud y hacer almoneda de sus encantos?

Una puerta medio cerrada, un sereno despierto, una palabra, media tal vez, la menor imprudencia, pueden vender á un hombre, ¿y no podrá él sacar á pública subasta su talento, su insolencia ó su adulación?

*
**

Me parece mucho más infame la esquina á cuya sombra se oculta el asesino, que el asesino mismo.

Esto se lo digo á los hombres de bien.

*
**

No podemos desconocer que vivimos en una sociedad admirablemente limpia. A todo se lava las manos.

LIBRO DE MEMORIAS

CUESTIÓN LUMINOSA

Los que empezaban á espantarse de la obscuridad de los tiempos en que vivimos, han tenido una doble ocasión para ver con claridad los estragos de la luz.

En la historia de las iluminaciones espontáneas, que el vulgo poco metafísico llama incendios, deben colocarse en lugar preferente las dos últimas, que casi aún tenemos á la vista.

Hace tiempo que humeaba, digámoslo así, entre la multitud, una cuestión medio política, medio económica, que traía revueltos á todos los que hemos convenido en que el hombre debe constituirse lo menos dos veces por hora en cañón de chimenea.

Se trataba de averiguar si el tabaco que recibimos por conducto del gobierno llenaba todas las condiciones necesarias para la mejor satisfacción del vicio de fumar.

La cuestión era medio política, pues por una parte se reclamaba la libertad del tabaco; y era medio económica, porque, por otra, se buscaba por medio de esa libertad la baratura del combustible.

Y aquí salta á mis ojos una consideración igualmente económica y política, que abandono por ahora á la reflexión desocupada de los lectores que no tengan prisa.

Yo digo: se pretende la libertad del tabaco por la razón verdaderamente económica de que el cigarro libre valdrá menos. Pues bien: aplíquese al hombre este principio económico-político, y resultará necesariamente que, cuanto más libre sea el ciudadano, menos debe valer.

La cuestión se me presenta así: políticamente hablando, el hombre libre es un tesoro; económicamente hablando, el hombre libre no vale dos cuartos.

Esto me parece á mí tan concluyente, que me atrevo á definir la Economía política, diciendo: es una ciencia por medio de la que la sabiduría humana aspira á hacer al hombre libre para que no valga nada.

Tan sublime aspiración de la ciencia ha debido tropezar con uno de esos obstáculos que la ignorancia arroja en el camino de la sabiduría; ha debido estrellarse en esa sentencia vulgar que dice: «Lo barato es caro»; resultando la ciencia atascada en este pantano: el ser libre, vale menos, pero cuesta mucho más.

Dejando aquí á la ciencia, volvamos al tabaco.

El espíritu de partido decía por una parte: el tabaco del estanco es veneno; y añadía: no solamente es veneno, sino que no arde. «Admito la cuestión en ese terreno, debía replicar el gobierno; el tabaco es veneno, perfectamente, pero no arde; ese es mi argumento. Si no arde, ¿qué os importa que sea veneno? Vosotros decís: el tabaco que vende el gobierno, es un veneno que está imposibilitado de envenenar. ¿Qué más queréis? ¿Tiene nadie derecho á quejarse de que el tabaco no envenene?»

En verdad, esto no tiene réplica.

Aquí estaba la cuestión entre los fumadores y los estancos, mientras el tabaco, irritado, meditaba un golpe decisivo.

Al fin sintió dentro de sí mismo la chispa precursora del rayo de luz que había de iluminar el asunto; y seguramente debió decir para sí: «Veneno ó no veneno, veremos á ver si ardo»; y á la mañana siguiente apareció la fábrica de tabacos fumándose á sí misma.

Las bocanadas de humo se levantaban hasta las nubes, diciendo: «Aquí está la luz»; y las campanas, y las autoridades, y la multitud, convencidas de que verdaderamente ardía el tabaco, gritaban por todas partes: «¡Fuego! ¡Fuego!»

Las llamas rasgaban de vez en cuando sus cortinas de humo, y, asomando sus semblantes encendidos y balanceándose en el aire, los movían como diciendo: «¿Qué tal?»

Convertida en escombros la fábrica, en ceniza el tabaco, y en furias las cigarreras, la cuestión quedó resuelta: el tabaco arde.

Permítaseme que no pase de los umbrales de este incendio, porque es un asunto que quema.

Respetemos los ocultos secretos del fuego, y vea cada uno lo que quiera á la claridad de este incendio.

FAUSTO

DESDE que los carteles del teatro de Rossini anunciaron por todas las calles de Madrid la representación del *Fausto*, sospeché yo que este espectáculo haría una gran fortuna.

No calculaba yo eso por el interés del drama ni por la novedad ó grandeza de la música; lo deduje pura y simplemente del sentido de la palabra que servía de título á la función.

Fausto: esta es una combinación mágica de sílabas, cuyo atractivo no podía menos de ser irresistible.

Es, digámoslo así, un ser que va tirando de nosotros por medio de ese mismo aparato con que una luz cualquiera tira de la primera mariposa que se le pone á la mano.

Mecanismo igual al de esas telas finísimas y frá-

giles que las arañas tienden como un encaje en los marcos de todas las ventanas, y en las que se enredan todas las moscas que quieren entrar y que quieren salir, dándose la singular circunstancia de que las moscas no saben buscarse la vida más que entrando y saliendo.

¿Cómo no había de llenarse de gente una y otra noche el teatro de Rossini, atraída por el anuncio del *Fausto?*

Es preciso pasar muy de prisa por el estrecho camino de la vida que hacemos, para no reparar que el fausto es el que nos lleva á todas partes, pues ha venido á ser la fórmula comprensiva de todos nuestros deseos.

Fausto, según Goethe, desesperado de haber vivido tanto, celebra un pacto con el demonio.

¡Admirable cosa es el corazón del hombre! Fausto, desesperado de haber vivido tanto, celebra ese pacto con el demonio para vivir más.

Á punto el tal Fausto de quitarse la vida, por la suprema razón de que ya no podía con ella, ajusta con el diablo el absurdo negocio de continuar viviendo.

Pensando en acabar de vivir, le asalta el demonio de la idea de adquirir una nueva vida.

Le agobia el peso de una triste vejez, y se pone resueltamente en camino en busca de otra.

La idea, verdaderamente, no podía ser más diabólica.

Observemos la propiedad con que para nosotros

resulta bautizado este doble personaje, este joven viejo.

Fausto se ve arruinado: la vejez es la ruína del hombre, y éste iba á quebrar; echa sus cuentas, suma sus deudas, y decide restarse la vida.

GOETHE supone que el demonio aparece repentinamente delante de Fausto bajo el nombre de *Mephistopheles;* pero, en mi opinión, no debió ser el demonio el aparecido, sino un usurero.

Una vez frente á frente estos dos personajes, se trata el negocio, y se plantea un préstamo como otro cualquiera, bajo la garantía de una hipoteca segura.

Fausto recibe unos cuantos días más de vida en papel, de juventud, y asegura el pago de este anticipo con la finca de su eternidad.

Aquí el tanto por ciento de la ganancia sube á una proporción incalculable, y preciso es convenir en que si *Mephistopheles* era el diablo en persona, ese diablo tenía por lo menos un usurero dentro del cuerpo.

Este episodio será literario, será filosófico, será poético, será dramático, será todo lo que se quiera; pero, en el fondo, no encierra más que una cuestión económica, que es, por una parte, una especie de empréstito, una operación de crédito, y, por otra, una especie de desamortización.

Dado el personaje á todos los demonios, dígaseme si podía llevar otro nombre que no fuera el de *Fausto*.

El empeña su alma por lucir unos cuantos días más el lujo de su juventud.

Él se despoja de lo que no es suyo, por adquirir lo que no puede conservar.

Vende su alma, en fin, por un poco de cuerpo.

Es un negocio semejante al que podría hacer una lámpara, vendiendo toda la luz para comprar un poco de aceite.

Negocio enteramente igual al que hacen muchas mujeres, vendiendo su cuerpo para comprarse un vestido.

Este es el *Fausto;* profunda alegoría económico-política.

Fausto es ese soberbio camino que nos conduce á todas las miserias.

Este nombre solo había de llevar al teatro Rossini á la multitud; esto para mí era evidente.

El fausto es el que llena las avenidas de la civilización, adonde acudimos á buscar el último lujo.

El diablo tuvo que tomar la forma de un hombre para hacer su negocio: ahora toma las formas de las cosas para seguir más cómodamente el curso natural de sus especulaciones.

Mephistopheles es un aderezo, un vestido, un baile, un coche.

Fausto, como espectáculo teatral, ha sido una función de lujo, y, por consiguiente, la *partitura* ha hecho furor, aunque apenas la habrán comprendido uno por cada ciento.

La moda es así.

Debe ser digna de admiración la ciencia musical empleada en la interpretación del *Fausto*; pero el público, por regla general, no ha entendido ni una nota,—iba á decir ni una palabra.

Musicalmente hablando, puede decirse que ha prestado su oído á una conversación en alemán, que era imposible que entendiera.

Yo tengo un amigo—¿quién no tendrá alguno?—que veía junto á mí la representación del *Fausto* con un entusiasmo tan falto de razón, que me pareció conveniente hacerle contrapeso, á ver si lo detenía en la pendiente de su locura.

Era uno de esos espacios vacíos donde retumba el estrépito de todo lo que suena.

No sabe, en punto á armonía, más que lo que sabe cualquiera de esas cajas que repiten un trozo de música, después que se ha tenido cuidado de darles cuerda.

Este amigo, incapaz de entusiasmarse por sí solo con nada; este ciego, que necesita los ojos de los demás para ver algo, y que sale todos los días de su casa á buscar en los cafés, en las tertulias ó en los teatros el pensamiento que aquel día le corresponde; esta inteligencia callejera, que se alimenta de lo que los demás desperdician, estaba furiosamente entusiasmado con la música del *Fausto*.

Yo le hice algunas observaciones para que cayera en la cuenta de que á él le era imposible entender aquello.

—Desengáñese V. (me dijo): así hablan los ángeles.

En aquel momento acababa el diablo de cantar su diabólica serenata.

Esta oportunidad me ahorró una contestación.

CUENTA DE UNA SEMANA

La última semana ha transcurrido como todas, llenando con admirable exactitud la medida de sus siete días.

El espacio comprendido entre el sábado anterior al último lunes, no se puede considerar como tiempo perdido, pues aunque los días han pasado, desapareciendo en el abismo que todo se lo traga, algo han dejado con que puedan señalarse en la historia las huellas de sus pasos.

Al liquidar la cuenta de esta última semana, nos encontramos con tres sucesos particulares, que, clasificados según el orden de sus respectivas naturalezas, arrojan á las miradas del público estos tres espectáculos:

Un magnífico incendio, dos soberbios asesinatos y un interesante suicidio.

La calle del Fúcar apareció una noche repenti-

namente iluminada por la claridad de unas cuantas llamas, que, en uso de su derecho, campeaban airosas sobre la obscuridad solitaria del tejado de una casa particular.

El fuego, fatigado sin duda por el calor del día, aprovechó el fresco de la noche, y salió, digámoslo así, á tomar el aire.

Necesitaba respirar, y respiró: estaba en su derecho.

Tan incontestable debía ser ese derecho, que los vecinos de la casa comenzaron apresuradamente á desalojarla, como si se consideraran obligados á dejar al fuego en el inviolable ejercicio de su libertad absoluta.

El reconocimiento de este deber pasó de las personas á las cosas, por esa fuerza incontrastable con que lo avasallan todo las grandes ideas.

Así es que las vigas de los techos comenzaron á desplomarse y los techos á hundirse, proclamando el libre imperio del incendio, y confesando que habían perdido el pleito.

El edificio empezaba á abandonar á las llamas el espacio que antes él había usurpado al aire.

La luz estaba hecha.

Ante tan invencible claridad, las casas contiguas se vieron al borde de la verdadera igualdad, de la igualdad completa, de esa igualdad que el fuego, semejante á la idea luminosa, realiza, convirtiendo en escombros los lugares por donde pasa, y en ceniza todo lo que toca.

Pero he aquí que la tiranía se presenta en la calle del Fúcar, bajo la forma de la autoridad, seguida de la guardia, acompañada de las bombas.

Aquí empieza una lucha heroica entre el fuego que todo lo ilumina y el agua que todo lo ahoga.

Al fin, ¡oh ignominia!, triunfó la fuerza bruta.

El incendio hizo su último esfuerzo, y desapareció, dejando en las paredes abrasadas por el fuego las señales de su paso, como si hubiera querido decir:

«Hasta aquí llegué yo.»

*
**

Algunas noches antes aparecieron en el Campo del Moro dos cadáveres, como los testigos mudos de dos asesinatos.

El primero de estos cadáveres era de una mujer que habría vivido unos veinte años.

El segundo era un hombre que no habría vivido muchos más.

Estaban tendidos sobre la tierra con ese terrible abandono con que el cuerpo se desploma, resuelto á descansar de las fatigas de la vida.

Ambos habían caído agobiados bajo el peso de unas cuantas puñaladas.

La sangre se asomaba atropelladamente por las heridas, como si quisiera ver por fuera el estrecho calabozo donde había vivido tanto tiempo encerrada.

Por un fenómeno, cuyo secreto pertenece á la

química, esa misma sangre se detenía en los bordes de las heridas, aglomerándose como espantada de la impresión del aire libre.

Ella, que por espacio de tantos años había circulado rápidamente por las complicadas ramificaciones de las venas, se encontraba detenida, maniatada, perdida, en el momento en que se abrían, digámoslo así, las puertas de su prisión y se rompían las cadenas de su esclavitud.

Se iba descomponiendo en la misma proporción que iba siendo libre.

Parece como que en su esclavitud consiste su vida.

Saliendo mataba, y al salir moría.

El primero de estos ensangrentados cadáveres se encontró á gran distancia del segundo, como si la tierra se hubiera interpuesto, dudando de que en tan pequeño espacio pudieran caber dos crímenes tan grandes.

Esto, cuando menos, prueba el atraso de la tierra en materia de geometría, pues es cosa resueltamente averiguada que en ese puñado de barro que se llama hombre, caben muy bien los crímenes más grandes.

Á pesar de la distancia que separaba á uno y otro cadáver, se comprendía que ambos estaban estrechamente unidos por el vínculo de un mismo crimen.

Se echaba de ver al instante la misteriosa relación que existía entre uno y otro.

Cada uno de estos cadáveres decían claramente á cuantos ojos los miraban:

«Aquí ha sido una mujer asesinada.»

«Aquí ha sido asesinado un hombre.»

Y mostrando sus respectivas heridas, declaraban cómo habían sido asesinados.

Y el calor de la vida, apenas apagado en ellos, decía cuándo.

Pronto se averiguaron estas tres cosas importantes:

¿Dónde? Allí.

¿Cómo? Á puñaladas.

¿Cuándo? Hacía una hora.

El cadáver del hombre fué encontrado en el momento en que la vida iba á desaparecer, y, antes de enmudecer para siempre, sus labios pudieron pronunciar una palabra.

Esta palabra fué: «Navarro».

Navarro puede ser cualquiera, y en España hay una provincia entera en que todos son navarros.

La luz que podía recogerse de estos datos, era bastante obscura, y con ella sólo había la absolutamente necesaria para ver dos cadáveres.

Entonces habló con más elocuencia que el más grande de los oradores....

—¿Quién?

—La garita de un centinela, próxima al lugar del crimen.

De su soledad salió una voz.

De su obscuridad brotó la luz.

La garita demostró claramente que estaba abandonada.

Para tener valor en juicio, necesitan juntarse tres hombres, y sostener bajo juramento su palabra si quieren ser creídos; aquí habló una garita, y fué inmediatamente creída bajo su palabra.

Nadie puso en duda que el criminal era el centinela.

¿Cómo se ha tejido este sangriento drama?

¿Es una misma mano la que ha consumado los dos asesinatos?

Estas preguntas tienen que quedarse aquí hasta que hable el proceso; los procesos son muy curiosos, y todo lo averiguan; y, además, son muy habladores, y todo lo dicen.

Nuestra sumaria no puede pasar de esta doble suma: dos asesinatos y dos cadáveres.

*
**

Tres días después ocurre el tercer caso.

Un joven atenta á su vida en el portal de una casa, donde, sin duda alguna, se estaba esperando á sí mismo, y se asesta, una detrás de otra, por no podérselas dar todas á un tiempo, tres puñaladas, que lo derriban bañado en sangre.

Esto es lo que se llama un suicidio, es decir, tres delitos en un solo crimen, porque el suicidio se consuma siempre con las tres circunstancias agravantes de alevosía, premeditación y sobre seguro.

En todo suicidio hay un asesino y una víctima, y la víctima está dominada por el asesino, que cuenta con la impunidad segura.

Aquí se abre una cuestión de derecho materialista.

¿Puede el hombre disponer de su vida?

Los materialistas tienen que decir que sí, ó no saben lo que se dicen; pero, digan lo que quieran, sumada la cuenta de la semana, arroja la cantidad siguiente:

UN MAGNÍFICO INCENDIO, DOS SOBERBIOS ASESINATOS Y UN INTERESANTE SUICIDIO.

M. PIETRÓPOLIS

TENÍA yo por cosa segura que no había nada tan dislocado como la sociedad en que vivo y el mundo en que me encuentro.

No se me había ocurrido nunca la idea de sospechar que pudiera haber una relajación de vínculos mayor que la relajación que desde hace mucho tiempo observo en todas las coyunturas del cuerpo social que se agita á mi alrededor, ejecutando las más maravillosas contorsiones.

Mis conocimientos acerca de la elasticidad de los cuerpos no había pasado del triste estudio á que se presta la fabulosa flexibilidad que han adquirido todos los sentimientos.

Ignoraba yo que, en punto á dislocaciones, pudiera presentarse un ejemplar más acabado, y, digámoslo así, más perfecto que este nudo espantoso de pasiones y de intereses, de vicios y de errores, que, enroscándose entre sí, forman el conjunto animado de esta revuelta Babilonia.

Pero este error en que yo vivía, se ha desvanecido.

Hay algo más dislocado que esta reunión de seres humanos que formamos la presente sociedad, y ese algo es un hombre, y este hombre se llama M. Pietrópolis.

M. Pietrópolis es un hombre; á lo menos, un naturalista no tendría inconveniente en asegurar, bajo juramento, que, examinado en todos los pormenores de su estructura, M. Pietrópolis está construído en el taller donde se construyen los hombres.

Pero M. Pietrópolis posee hasta el último secreto de la dislocación, y de su conjunto de hombre forma, según su voluntad ó su capricho, una serie sucesiva de conjuntos monstruosos, en los que la figura del hombre desaparece, retorciéndose y anudándose sobre sí misma con tan prodigiosa facilidad, que la culebra más ágil se vería muy apurada para hacer otro tanto.

Hasta ahora el hombre se había golpeado la frente con la palma de la mano como si la frente fuera la puerta de la casa, y la mano el único aldabón con que pudiera llamarse á la puerta de esa casa.

M. Pietrópolis ha descubierto que habíamos equivocado el camino, y lo demuestra golpeándose la parte posterior de la cabeza con la planta del pie, con más facilidad que nosotros nos golpeamos la frente con la palma de la mano.

Este hombre, digámoslo así, tiende una alfombra sobre la arena del circo, y se destornilla á la vista del espectador, ofreciendo al asombro público las diferentes maneras por medio de las que el hombre puede deshacerse de su noble figura para convertirse en un verdadero lío de formas humanas.

Observando atentamente las transformaciones que M. Pietrópolis ejecuta sobre sí mismo, parece que asistimos al momento misterioso en que, dejando el hombre de ser hombre, se convierte en monstruo.

Dios hizo al hombre de un puñado de barro; pero M. Pietrópolis parece que se ha hecho á sí mismo, empleando con previsión admirable en la construcción de su propio ser la goma y el acero.

Dios hizo al hombre para que no pudiera ser más que hombre; pero M. Pietrópolis se ha construído á sí mismo con todas las condiciones necesarias para ser *saltimbanquis*.

Y aquí tiene el materialismo neto un caso evidente de generación espontánea.

M. Pietrópolis ha escondido bajo la forma común de un hombre, toda la rara organización de su particular especie.

Se ha emboscado, digámoslo así, en la figura humana, para entretenerse en dislocarla.

M. Pietrópolis es un caso en que el hombre es la careta, el disfraz, y el individuo es el *saltimbanquis*.

En presencia del público, M. Pietrópolis se desnuda del traje de hombre, y se presenta al asombro

de los concurrentes, no como Dios quiso hacerlo, sino como él mismo se ha hecho.

Este prodigio causa una gran admiración, que todos experimentan y que ninguno examina, porque, siendo tan alegre la superficie de la vida, á nadie le gusta descender al fondo de las cosas, que es siempre triste.

La admiración que causa M. Pietrópolis consiste en lo inverosímil de sus monstruosas dislocaciones.

La admiración viene, pues, de que la multitud no ha llegado á comprender todavía cómo un hombre puede dejar de serlo.

Cuando M. Pietrópolis se desembaraza del horrible anudamiento á que condena la noble forma de su ser, para admirar y divertir á la multitud, parece como que su figura se levanta más airosa y más gallarda, como si el hombre, tal como Dios lo hizo, se irguiera indignado contra la profanación consumada en su noble figura por la fuerza brutal del *saltimbanquis*.

M. Pietrópolis, como hombre, acaso no pudiera vivir, y ha tenido que dislocarse de una manera bárbara, para adquirir una profesión capaz de ponerlo en actitud de ganarse la vida.

Respetemos este secreto de la industria, en que viene á ser un arte la degradación pública de la figura humana.

Pero al fin M. Pietrópolis no hace más que poner su cuerpo en el tormento de la necesidad; ha hecho de la elasticidad de sus músculos los instru-

mentos de su oficio; ha dislocado sus miembros para poder vivir, eligiendo el oficio más inútil para los demás y más útil para sí mismo.

Al fin, sea como quiera, M. Pietrópolis no hace más que escarnecer la figura humana; es una cara que hace muecas horribles y prodigiosas; es un hombre, en una palabra, que juega con su vestido de hombre.

Pero eso mismo que hace M. Pietrópolis con los músculos, lo están haciendo muchos hombres con el entendimiento.

Hay inteligencias completamente dislocadas, que están arrojando constantemente á la arena de este circo en que vivimos las más monstruosas combinaciones.

Hay *saltimbanquis* como M. Pietrópolis que hacen de su cuerpo lo que quieren; hay entendimientos que hacen de la lógica lo que les trae cuenta.

Hay también inteligencias de goma.

M. Pietrópolis se burla de la forma; esos entendimientos se mofan de la esencia.

M. Pietrópolis pisa su propio cuerpo; esos hombres pisan su propia alma.

El uno es un hombre que se ha hecho *saltimbanquis;* los otros son saltimbanquis que se han hecho hombres.

EL CARNAVAL DE 1866

MUCHAS razones había para presumir, y aun para creer, que el Carnaval de 1866 sería un Carnaval poco divertido.

La primera razón que se destaca en el orden categórico de esas razones, pertenece á esa serie de conocimientos con que la sabiduría humana tropieza al andar por el mundo de la historia con la luz de la filosofía en la mano.

Es una razón deducida de la filosofía aplicada á la historia.

Es la razón, poco más ó menos, que tendría un sabio cualquiera para deducir todos los pasos andados en el camino de una larga vida, con sólo aplicar á la historia de un semblante lleno de arrugas la luz de una mirada.

La razón de que hablo, está sacada de la naturaleza misma del progreso humano.

Es esa averiguación de que sabemos darnos cuenta, siempre que en presencia de algún suceso extraordinario abrimos la boca, como si nos faltara aire para respirar, y, moviendo la cabeza lentamente con grande admiración, decimos:

«¡Adónde hemos llegado!»

Había, pues, para presumir, y aun para creer, que el Carnaval de 1866 sería poco divertido, la razón de que las máscaras están en decadencia.

La costumbre de cubrirse la cara para hacer, durante tres días, varias locuras, no tiene ya razón de ser.

Es un efecto que sobrevive á su causa.

Es una fiesta absurda.

Es un anacronismo.

Taparse la cara es un acto que, en primer lugar, supone vergüenza; y yo pregunto:

Bajo el imperio de la razón soberana, en medio del ejercicio de todas las libertades, en la plenitud de una civilización cuyo espíritu de igualdad llega por una parte, según las últimas especulaciones del racionalismo puro, á confundir en una misma especie á Dios y al hombre; y por otra llega, según las últimas deducciones del materialismo neto, á confundir al hombre con el bruto; ¿qué hay que pueda avergonzarnos?

Dígaseme francamente:

¿Qué especie de Dios, qué divinidad puede ser el hombre, si hay un momento en su vida en que se avergüenza de ser quien es?

Y si esto *racionalmente* es imposible, *materialmente* es más imposible todavía.

Es preciso que el hombre comprenda bien la posición en que lo ha colocado eso que se llama *ciencia moderna*, para que no se desmienta con alguna imprevisión la verdad científica de su doble naturaleza.

El racionalismo lo ha elevado á la primera categoría; lo ha transformado en Dios.

Pues bien: para ser Dios, es preciso no tener nada de que avergonzarse.

El materialismo lo ha hecho descender á la última categoría; lo ha convertido en bruto.

Pues bien: para ser bruto es preciso no tener vergüenza.

El hombre condenado antes á la dura esclavitud de no poder ser más que hombre, encerrado en la cárcel estrecha de la humanidad, colgado, digámoslo así, entre el cielo y la tierra, ignorando, por una parte, que podía ser Dios, y no sabiendo al mismo tiempo que podía llegar á ser el último de los brutos, solía avergonzarse.

Considerado en esa situación, nada más natural que de vez en cuando quisiera huir de sí mismo, escondiendo el rostro á toda mirada humana.

Las máscaras entonces eran lógicas.

El hombre, avergonzado de lo que habia hecho ó de lo que pensaba hacer, se escondía detrás de una careta.

Pero hoy, ¿quién se avergüenza?

¿Qué hay que pueda avergonzarnos?

¿Qué cosa se puede hacer ó decir, con un tafetán delante de los ojos, que no se pueda decir ó hacer sin disfraz y sin careta?

¿Á quién se le ocurre que nosotros, *espíritus fuertes*, habíamos de tener la debilidad de taparnos la cara?

Por esta razón, arrancada de la filosofía de la historia, debía presumirse, y aun creerse, que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido.

La segunda razón que acudía á confirmar el anuncio, pertenece al orden de las ideas económicas.

Había corrido de casa en casa, de boca en boca y de bolsillo en bolsillo, el último descubrimiento práctico de esa ciencia admirable, y gozando de todo el beneficio del crédito, resonaba por todas partes la voz del descubrimiento, repitiendo incesantemente:

«No hay un cuarto.»

De aquí se deducía fácilmente que el Carnaval había de ser muy pobre.

Lo cual, bien mirado, era tanto como advertir que la broma de nuestra prosperidad pública empezaba á ser una cosa muy seria.

Aspecto grave, que generalmente adoptan, más tarde ó más temprano, todas las bromas pesadas.

Verdaderamente, nuestra prosperidad aparecía como en los últimos momentos de un magnífico Carnaval, y, cansada de divertirse con todos, de-

jándose caer, ya sobre un banco, ya sobre otro, se arrancaba la careta, diciendo:

«No me conoces.»

Esta razón, por sí sola, bastaba para que el Carnaval de 1866 fuera poco divertido, porque, en honor de la verdad, debemos decir que no hay nada que pueda presentarse á los ojos de estos tiempos, más desconsolador y más triste que el fondo obscuro y solitario de un bolsillo vacío.

Pero he aquí lo que son las cosas.

Estaba reservada al Carnaval de 1866 una novedad extraordinaria.

El genio melodramático del autor más patibulario no hubiera concebido una idea más feliz, bajo el punto de vista de los grandes contrastes.

Las cosas tienen muchas veces más talento que los hombres, y suelen combinarse con toda la perfección con que el arte más refinado ordena sus creaciones.

Singular cosa es esta. Un autor dramático fatiga su entendimiento por concertar una fábula que sea verosímil. Hilo por hilo y día tras día teje la trama de una bella mentira.

Todo su trabajo, todo su talento y toda su paciencia dan el total de una suma que puede traducirse de este modo: «Es posible».

Las cosas se reunen, se combinan, se ordenan por un método misterioso, cuyo secreto no llega nunca á sorprender el hombre, y arrojan de repente á la admiración pública ó privada un suceso inverosímil.

Aquello, sin embargo, es verdad.

¿Por qué lo verosímil ha de ser más difícil que lo verdadero?

Si á un tejedor de melodramas se le hubiera ocurrido presentar la acción de su pensamiento ó de su obra en el teatro de los tiempos presentes, combinando el efecto maravilloso de un contraste dramático, atando dentro de los estrechos límites de un mismo nudo el loco tumulto de un Carnaval con el triste espectáculo de un reo en capilla; esto es, si hubiera elegido un baile para levantar un patíbulo; si hubiera puesto la justicia en medio de la locura, hubiéramos dicho todos: eso es inverosímil; y, saliendo á la defensa de estos hermosos tiempos en que vivimos, porque al fin y al cabo no tenemos otros en que vivir, habríamos añadido: «Eso no puede pasar hoy en España».

Pues bien: aquí se han combinado las cosas de tan hábil manera, con tan agudo ingenio, con tan profundo conocimiento de la escena, de los caracteres, de los tiempos y de las costumbres, que en medio del Carnaval, entre el tumulto de las máscaras, desgarrado el aire por los cien mil ruídos de la fiesta, ha visto Madrid la ejecución de un reo de muerte.

He aquí á lo inverosímil convertido en verdadero, la fábula transformada en historia, el drama en realidad, la bella mentira en una verdad bien triste.

Al autor del melodrama le hubieran preguntado

la razón, la crítica y el sentimiento: ¿Qué necesidad de justicia, de moral ó de conveniencia puede aconsejar que se elija un día de Carnaval para llevar un reo al patíbulo? Y si ni la justicia, ni la moral, ni la necesidad, ni la conveniencia siquiera, obligan á que un reo de muerte sea ejecutado en un día de máscaras públicas, ¿cómo, diría la crítica, se atreve V. á mofarse de la razón, en nombre del arte?

El sentimiento, á su vez, diría: ¿Quién le ha dado derecho á ese autor dramático para convertir el patíbulo en una especie de broma y al reo en una máscara más?

Y todos diríamos: ¿Cómo la escena más triste que puede presentarse á los ojos de un pueblo civilizado, se la encaja en el día de todas las locuras y de todos los desórdenes?

¿Cómo se ha elegido para el acto más terrible de la justicia humana el día de la licencia?

Y diríamos también: ¿Á quién se le ocurre que un pueblo culto, sorprendido en medio de una fiesta por el sombrío espectáculo de un reo condenado á muerte, no cambiaría, en el acto mismo, su alegría en tristeza, su tumulto en silencio, su alegría en pena?

De cualquier modo que se mire, añadiríamos: Ese recurso melodramático está fuera de la razón, lo condena la crítica y lo rechaza el sentimiento.

Y, por último, diríamos: Esa escena, en Madrid, es imposible. En Marruecos, podría pasar; pero

ni ese escape tiene ese autor dramático, porque no hay Carnaval en Marruecos.

Sin embargo, eso ha sucedido, y nadie ha dicho una palabra.

¡Qué silencio tan elocuente! Dice todo lo que calla.

LA HOMEOPATÍA

El gobierno, por medio de una real orden, ha autorizado la creación de cátedras de homeopatía, esto es, ha declarado oficial la ciencia de los glóbulos.

La alopatía ha puesto el grito en los periódicos y en el Parlamento, y nos hemos encontrado, de la noche á la mañana, con una cuestión más en la interminable serie de las cuestiones que sirven de pasto á la insoportable locuacidad de estos tiempos, y con otros dos partidos más que vienen á disputarse, como los otros, el monopolio de la salud pública.

Yo no sé cómo se le puede tomar el pulso á esta cuestión.

No hay desatino que no se enseñe á título de ciencia, no hay error que no tenga su correspon-

diente maestro y su respectiva cátedra; no hay barbaridad, en fin, que, á nombre de la civilización y de los adelantos del siglo, no se predique y se propague por el triple magisterio de la cátedra, de la tribuna y del periódico.

Yo les pregunto á los alópatas:

Si el gobierno, en vez de autorizar la enseñanza de la homeopatía, hubiera autorizado la enseñanza pública del racionalismo, ¿qué hubieran hecho?

Probablemente, todo lo contrario de lo que están haciendo.

La prueba es esta.

Estudiantes de medicina son los que más se distinguieron en los diferentes levantamientos estudiantiles con que se pretendió ahogar las reclamaciones elevadas al gobierno en contra de los errores que se enseñaban en más de una cátedra pública.

Catedráticos de medicina habrá que verán á sus discípulos hacerse materialistas, que es lo mismo que si los vieran convertirse en bestias, y nada tendrán que decir ni al gobierno ni á sus propias conciencias; pero esos mismos catedráticos serán capaces de revolver el mundo, si observan que el último de sus discípulos se inclina á la homeopatía.

La razón en que se fundan los alópatas para pedir la proscripción de la homeopatía, es que el sistema homeopático arranca de un principio absurdo, y, en buena lógica, esa es precisamente la razón que debe tener el gobierno para concederle, no solamente libertad, sino protección.

¿Qué error no es libre? ¿Qué absurdo no se ve protegido?

¿Hay un principio más absurdo que el principio de que arranca la ciencia económica de estos días?

¿El que más debe, no es, según la ciencia, el que más tiene?

La prosperidad de los pueblos se mide por la extensión de su deuda.

El crédito es la gran fuente de la riqueza pública, y el crédito no es una suma, sino una resta.

Si el sistema homeopático arranca de un principio absurdo, ¿quién se atreverá á negarle la libertad de extenderse y el derecho de propagarse?

Por otra parte, ¿qué es la homeopatía? La menor medicina posible; una cosa muy parecida al crédito; poca realidad y mucha ilusión; un medicamento nominal; digámoslo así, la medicina en papel.

La virtud medicinal de una serie de específicos aplicada á las enfermedades por medio de una saludable operación de crédito.

Casi, casi la supresión de la medicina y la abolición de la botica.

Observad bien la gran filosofía de este descubrimiento.

La alopatía ataca á la enfermedad; busca los elementos que le son más contrarios, los combina de la manera que puedan ser más eficaces, la persigue hasta en sus últimas trincheras.

La homeopatía procede de distinta manera: en vez de atacar el mal, lo adula.

Esto constituye todo un sistema de filosofía.

En la lucha entre la medicina y la enfermedad, la homeopatía se lava las manos, y el enfermo se muere, ó vive, según caen las pesas.

El bien, reducido á glóbulos, administrado por átomos imperceptibles, diluídos en una reunión de vasos de agua, no es solamente un sistema médico, no es solamente un plan curativo; es, más bien, un sistema político, un plan de gobierno.

Es la transacción, es una negociación que el médico verifica entre la enfermedad y la medicina, en la que el enfermo paga el pato.

Una ciencia tan en armonía con el espíritu del siglo, económica, política y socialmente considerada, no podía menos de obtener el pase oficial.

Los alópatas tendrán toda la ciencia del mundo, pero no tienen razón.

No pueden oponerse á la corriente del siglo.

La homeopatía es un progreso de la medicina.

Estaba escondida detrás de la esquina de estos tiempos, como detrás de la esquina de su propia casa, y, al pasar la sabiduría moderna, se ha puesto delante de la ciencia.

Resuelto este punto con arreglo á las exigencias de la época, hay que admitir para las enfermedades del cuerpo el mismo sistema que se aplica á las enfermedades del alma.

Descubramos todo el secreto de ese prodigioso

adelanto á la luz de la historia, ó, mejor dicho, veamos una aplicación práctica de esta maravilla.

Más claro: pongamos á la homeopatía en escena.

En esta empresa viene á ayudarnos la empresa de un gran teatro.

El caso es como sigue:

La empresa del teatro Real había prometido, yo no sé cuántas funciones en que la Patti haría los admirables prodigios que la fama le atribuye.

Esperando á la Patti, pasan los días, y, lo que es peor, las noches, y, lo que es peor que los días y las noches, las funciones del teatro Real, y la Patti no llega.

De repente aparece en Madrid la señora Lagrange. Esta cantante vale tanto como la Patti, y hay momentos y ocasiones en que vale más; pero es preciso ser justos; no es la Patti.

La empresa había prometido á la Patti, y la señora Lagrange no es la Patti.

Ante este *quid pro quo*, empieza á levantarse la sospecha de que la Patti no viene ya este año.

La sospecha crece y se propaga, fundándose en el siguiente razonamiento:

Puesto que ha venido la señora Lagrange, ya no debe venir la señorita Patti.

La razón no es concluyente; pero ha servido de motivo á esa pieza musical que cantan los públi-

cos, y que se conoce bajo el nombre de *rum rum*.

El *rum rum* ha llegado á los oídos de la empresa, y conociendo que el asunto se ponía malo, ha acudido á los recursos de la homeopatía, administrando al público el siguiente glóbulo, diluído en las gacetillas de los periódicos:

«Se ha supuesto que con motivo de la venida de la señora Lagrange, la célebre Patti no cantará ya este año en el teatro Real; sin embargo, creemos que la noticia no es cierta, y que la distinguida cantante, de quien tantos recuerdos conserva el público madrileño, llegará á la corte de un día á otro.»

He aquí la Patti administrada homeopáticamente.

Es el verdadero *similia similibus*.

Enfermedad: el público espera á la Patti.

Medicamento: que siga esperándola.

Curación: de un día á otro.

Estudien los alópatas en este caso la virtud medicinal del sistema que quieren proscribir.

La irritación nace de que la Patti no viene; la medicina debería ser que la Patti viniera; pero se interpone la homeopatía, y diluye á la Patti en este vaso de agua tibia: la Patti vendrá.

Con este ejemplo, sacado del teatro Real, comprenderán los alópatas que están tocando el violón, queriendo oponerse á la consagración oficial de un sistema médico que arranca de un sistema universal.

La homeopatía es la medicina vaciada en la turquesa de los tiempos modernos.

Por un contraste lógico de las cosas, en estos tiempos tan positivos, todo es apariencia.

Ó, de otra manera:

En estos tiempos tan verdaderos, todo es mentira.

ADELINA PATTI Y MARIO

Ó SEA

UNA TIPLE QUE EMPIEZA Y UN TENOR QUE ACABA

DELINA Patti, ante todo, es un nombre que, según los periódicos, llena el mundo musical, de lo que debe inferirse que el mundo musical es un mundo que se llena con poco.

Delante de su aparición va el correspondiente anuncio, como delante de la aparición de un periódico va el correspondiente prospecto. Parece que ha enviado previamente su pasaporte, cuyas señas particulares vienen á ser las siguientes:

Adelina Patti nació en Madrid en 1843, de padres italianos, cantantes, que por entonces se hallaban escriturados en el teatro del *Circo*.

Sus padres, cansados de este mundo, determinaron irse al otro, y Adelina Patti dió á conocer en

el nuevo mundo que llegaría á cantar en la mano, mostrando extraordinarias disposiciones para la escena.

El tiempo no se hizo esperar, y la niña Patti *debutó* como *prima-donna*, causando un entusiasmo, que la declaró por unanimidad la primera entre todas.

Apareció en Europa, y ya se comprende que, viniendo del otro mundo, su presencia en éste sería una verdadera aparición.

En el teatro de Londres produjo una locura general. Jamás, dicen los periódicos, se han visto allí mayores triunfos artísticos ni tan unánimes ovaciones.

Con estas noticias debe inferirse que no habrán faltado algunos ingleses que se hayan ahorcado con toda la sangre fría de su entusiasmo artístico, al reconocer que, después de haber visto á la Patti, nada tenían ya que hacer en el mundo ni con sus oídos ni con sus ojos.

En París obtuvo un éxito semejante, y debe sorprendernos que, hasta ahora, tan extraordinario triunfo no lo haya inmortalizado algún francés por medio del vaudeville ó con alguna colección de caricaturas.

La diferencia entre los ingleses y los franceses consiste en que los primeros se ahorcan por todo, y los segundos de todo se ríen.

Ya hay un periódico francés que llama á la Patti *diablillo;* los periódicos ingleses la llamarían proba-

blemente *desesperación*, y nosotros, dentro de poco, la llamaremos *ángel*.

Y, realmente, Adelina Patti es una verdadera maravilla.

El Sr. Saldoni, con un celo extraordinario por el arte, ha tenido le ocurrencia de sacar varias copias de la partida de bautismo de la Patti, como si el haber nacido en Madrid, á 19 de Febrero de 1843, haber recibido el santo bautismo en la parroquia de San Luís, fueran datos para inferir que la Patti era necesariamente una buena cantante.

Ignoro qué tiene que ver la partida de bautismo con las partituras, ni qué relación pueda haber entre las circunstancias de su nacimiento y su escuela de canto.

A no ser que el Sr. Saldoni haya querido dar á entender, con la exhibición de ese documento, que la *divina Patti* tuvo hace veinte años la condescendencia de venir al mundo como una simple mortal.

Esto puede servir á la vez de problema á cualquier naturalista; pues no deja de ser raro que, habiendo la Patti nacido niña, haya llegado, á los veinte años, á ser un ruiseñor.

Y, en efecto, lo es. La Patti ha nacido para cantar; su escuela no es de un gusto exquisito, ni su figura de un mérito sobresaliente; pero canta, y domina; se hace dueña del que la escucha, y triunfa del público, á pesar de sus defectos, y tal vez por ellos mismos.

Según estos datos, esta criatura, *desesperación* en Londres, *diablillo* en París, y futuro *ángel* en España, tiene veinte años de edad; y ésta, dicen los periódicos que es su cualidad más envidiable, como si veinte años no los tuviera cualquiera.

Mas la maravilla está en que, según esos mismos periódicos, canta y representa sin esfuerzo alguno, *sin estudio*, *casi sin arte*, y hace prodigios de vocalización con la mayor naturalidad del mundo, y como la cosa más sencilla.

No falta más que decir que la Patti puede cantar y representar dormida, que es capaz de andar sin moverse, que algún día va á hablar clara y correctamente sin menear ni los labios ni la lengua, que hace las escalas con los dedos y los trinos con la punta del pie.

Verdadera maravilla es esta.

Hacer prodigios de arte sin arte ni estudio, es andar sin pies, volar sin alas, vivir sin dinero.

Si en ésta época de ridículos y fugitivos entusiasmos se creyera en algo, ya nos habrían dicho que la Patti había recibido en el otro mundo una divina revelación.

¡Pobre Patti! Nos la quieren presentar como un ruiseñor que canta sin saber cómo, y trina sin saber por qué.

Quieren hacerla una especie de divinidad musical, y la hacen pájaro cuya jaula es el teatro.

La mayor parte de los artistas silbados que andan por el mundo, deben su desgracia á no tener

ni arte ni estudio, y la mayor parte de los que son justamente admirados, deben sus triunfos al arte y al estudio, mucho más que á sus propias facultades.

Nadie quería creer que Ronconi, en sus primeros años, llegaría á ser un gran cantante; hoy todos tenemos que confesar que lo ha sido, y que aún lo es.

Ahí esta Mario, que todavía encanta y suspende, después de haber perdido la voz.

Para encomiar á la Patti, vamos á llegar al extremo de decir que no tiene ni talento.

El pasaporte no acaba aquí: en la vida privada dice que es un modelo de amabilidad, de sencillez y de modestia; lo cual, aunque muy admirable, no es lo que constituye en ella el mérito que las empresas pagan y el público aplaude.

Hay muchas mujeres de veinte años amables, sencillas y modestas, que no saben cantar.

Esta es la tiple que empieza; vamos á ver al tenor que acaba.

Los periódicos han unido estos dos sucesos contrarios por medio de una noticia, que, aunque no fuera cierta, sería verdadera.

Todos ellos han dicho: *la Patti* viene y *Mario* se va.

Y, en efecto; aunque la Patti no hubiera llegado, y Mario permaneciera en Madrid toda su vida, la noticia no dejaría por eso de tener la misma exactitud.

Hay cosas en el orden musical que se realizan

sin acuerdo de los cantantes, y sin contar para nada con los cálculos de las empresas.

Supongamos que el empresario del teatro Real no hubiera podido verificar esa operación de crédito, por medio de la que, liquidando á Mario, realiza á la Patti.

Supongamos que, por una de esas eficaces exigencias que suelen tener las especulaciones, el interés del negocio hubiera puesto mala cara ante la negociación de ese cambio de papeles.

Supongamos que la famosa tiple no viene, y que el célebre tenor se queda.

Supongamos, en fin, que no hubiera nada de lo dicho.

Á pesar de eso, el hecho sería el mismo: la Patti llega, y Mario se va.

La empresa del teatro Real ignora positivamente cómo podría suceder eso sin su consentimiento; porque, en su vanidad de empresa, cree que ella sola puede disponer de los cantantes.

Sin embargo, allá, en el fondo de su conciencia, quizá se levante alguna voz de tiple, de tenor ó de bajo, que le advierta los diferentes casos en que los negocios de las empresas más fuertes se ahogan en las gargantas de los cantantes más célebres.

El empresario ajusta una voz más ó menos famosa; pero esa voz tiene que pasar como un tren de mercancías por el túnel de una garganta, y ni el médico más sabio tiene previstos los mil incidentes

que de un momento á otro pueden fraguarse en la obscuridad de una garganta.

Un simple constipado puede arruinar á una empresa.

¿Dónde está el valiente empresario que puede decir: «Á mí no me tose nadie?»

El que mete su dinero en la encrucijada de la Bolsa, comprometiéndolo con el papel que sube ó con el papel que baja, pone indudablemente su capital al borde del primer suceso que ocurra en cualquier parte del mundo.

Es más: lo expone á la eventualidad de sucesos que no ocurran en ninguna parte.

Esto viene á ser como colgar el bolsillo en el alambre del telégrafo; ó, lo que es igual, tener el alma en un hilo.

Es un albur como otro cualquiera.

Pues bien: el empresario de un teatro lírico pone su dinero en el aire.

Alquila una voz de tenor ó de tiple, que es tanto como jugar á la alza, y ajusta voces de bajo, que es tanto como jugar á la baja.

El día que la tiple no puede subir, los fondos del empresario empiezan á bajar; el día que el bajo no puede bajar, los fondos de la empresa no pueden subir.

Por una combinación inevitable, que hace desesperar á los empresarios más serenos, cuando el tenor se constipa, el público es el que tose.

Pero la cuestión es otra.

Aunque la Patti no hubiera venido y Mario no se fuera, podría decir que la Patti viene y Mario se va, porque estos dos cantantes son el sol que nace y el sol que se pone.

Mario acaba y la Patti empieza.

Mario se va, porque no hay otro Mario; él mismo no puede ya sustituirse, y no hay otro que lo sustituya.

Y, no obstante, en Mario hay dos Marios, ó, mejor dicho, antes hubo uno, y ahora hay otro.

El Mario actual es casi todo lo contrario del Mario de antes; es, como si dijéramos, su propio Sila.

El gran mérito del primer Mario consistía en lo que cantaba; el gran mérito del segundo Mario consiste en lo que deja de cantar.

Mario triunfaba de las notas atacándolas con bizarría en cualquier punto del pentágrama donde su voz tropezaba con ellas; hoy ese mismo Mario vence tambien, pero huyendo de las notas que no puede dominar.

En este cantante hay que observar dos escuelas: la primera, por medio de la cual cantaba lo que quería; la segunda, por medio de la que canta lo que puede.

Sólo un gran capitán sabe vencer con una retirada, y es verdaderamente un golpe de genio hacer una victoria de una derrota.

Pues este es Mario.

Posee tan perfectamente el arte de esconder lo

que no puede cantar, que no hay manera de echarlo de menos.

Al tropezar con las notas que caen precisamente en los hundimientos y baches que el tiempo ha abierto en el camino de su voz, Mario sabe huir el cuerpo, bordear la dificultad, costear el abismo de la nota en que naufragaría su fama, y seguir adelante.

Casi es más admirable en lo que no canta que en lo que canta; se defiende como un héroe.

Considerado mercantilmente el cambio que se presenta entre la Patti y Mario, ocurre preguntar: ¿Perdemos ó ganamos?

Quitándole á la Patti ese irresistible atractivo que tiene todo lo nuevo, sería difícil resolver el problema de esa pregunta.

Por de pronto, ganamos á la Patti; á la larga, caeremos en la cuenta de que hemos perdido á Mario.

La fórmula definitiva del resultado de esta operación, no puede ser más que esta:

«Una tiple más, y un tenor menos.»

Yo no sé cuándo es más bello el día: si cuando nace, ó cuando muere.

HAR-HEE Y SAM-HUNG

Qué es esto? Estos son dos nombres diabólicos, que cada uno de ellos pertenece á un chino.

La fama ha hinchado su inmensa trompeta con el viento de la celebridad, y *Har-Hee* y *Sam-Hung* aparecen ante nosotros como dos maravillas. El primer prodigio que se nos presenta aquí, es el de la fama, porque ésta es la gran prestidigitadora que juega con los hombres, subiéndolos y bajándolos según su capricho.

Har-Hee y *Sam-Hung* hacen milagros de agilidad y de destreza.

El primero de estos dos grandes chinos, que probablemente habrán nacido en algún arrabal de París, toma cuatro bolas enormes de cobre bruñidas. Cuatro bolas, vulgarmente hablando, son cua-

tro mentiras grandes; quiere decir, que las bromas pesadas, ó no gastarlas; de cobre, para que todo el mundo comprenda que si pudieran, serían de oro; y bruñidas, para que se vean, pues en estos tiempos se ha resuelto que lo que no brilla no se ve.

Con estas cuatro bolas, *Har-Hee* hace cosas que espantan. Primero las lame, para lo que no se necesita más que la lengua; luego las junta,—esto lo hacen diariamente los periódicos con todas las bolas que ruedan por el mundo;—después las esparce,—idem, idem;—las entrelaza,—enteramente lo mismo,—y las hace girar alrededor de un globo que sirve de centro á este sistema planetario de bolas. Este globo debe ser la opinión, á cuyo alrededor ruedan las bolas enormes, que tiene constantemente en circulación la doble fuerza centrífuga y centrípeta de la publicidad.

Har-Hee viene á ser un publicista mecánico, un apóstol de la nueva religión, que anda por el mundo comulgando á las gentes con ruedas de molino.

Ante semejante maravilla chinesca es casi seguro que los cinco leones de Mr. Price se quedan con la boca abierta. Y esta es la cuestión, porque lo temible de los leones no es que abran la boca, sino que la cierren, distinguiéndose en esto de esas otras preciosas fierecillas que se llaman mujeres, que precisamente cuando cierran la boca es cuando no muerden; porque estas hermosas criaturas tienen los dientes en la lengua.

Har-Hee hace más todavía: coge una taza de

porcelana, la llena de agua, la coloca en una lazada de bramante como una piedra en una honda, y la balancea y la sacude de manera que no pueda derramarse ni una gota de agua.

La maravilla no puede ser mayor. Figúrense Vds. una taza llena de agua que no se derrama porque—¡esto es admirable!—porque no se puede derramar.

Verdadera maravilla sería lo contrario; sería hacer que una taza vacía se derramara.

¿Se ríen Vds.? Pues ahí están las cajas del Tesoro público, que no me dejarán mentir; todos los días están derramando oro sin tener un cuarto. Eso sí que es grande.

Sam-Hung es más metafísico; se llena la boca de papel y seda,—esa es la Bolsa;—lo enciende,—ahí está el crédito;—se lo come con voraz apetito,—esa es la época,—y de las cenizas saca una cinta interminable de color de rosa que se derrama por el suelo como una madeja; no, como una culebra que se enreda á los pies,—esa es nuestra prosperidad. El chino brinca ágilmente y saca sus pies del enredo como el que sale del día, dejando intacto el enredo de cintas de color de rosa, y mirando á los espectadores como quien dice: «ahí queda eso», —esa es la deuda flotante.

Pero *Sam-Hung* no se para en esto, y sigue adelante su maniobra. Mete el montón de cintas de color de rosa en un sombrero, las oprime, las prensa y las trabaja, como si quisiera sacarlas la última gota de jugo, y saca otra serie de millones de cin-

tas, con la diferencia de que el color de rosa se ha convertido en azul. Esto es, la realidad en esperanza; una especie de desamortización; más claro: trampa adelante.

Para que la figura sea completa, las cintas van desarrollándose hasta perderse de vista, como un plazo que nunca se cumple, como una deuda que nunca se paga, formando un huevo colosal, del cual sale un ánade con las alas de esmeraldas. Este es un modo poético de echar á volar la bancarrota.

Detrás de esto, *Har-Hee* y *Sam-Hung* preparan el juego de los puñales, como el complemento filosófico de su pensamiento chino, que traducido al castellano quiere decir: «donde no hay harina todo es mohína».

Ya nos anuncian los periódicos que este juego no es tan alegre como el otro.—¡Ya lo creo! ¿Hay algo más triste en el mundo que no tener sobre qué caerse muerto?

Por eso, sin duda, pasan los cuchillos rozando la piel del chino, sin atreverse á herirle por no matarle, y aparece al fin *Sam-Hung* coronado de puñales por la diestra mano de *Har-Hee*.

ALCALÁ GALIANO

En pocos meses han desaparecído de la escena del mundo, detrás del obscuro telón de la muerte, cuatro celebridades, dos políticas y dos literarias: Alcalá Galiano, el duque de Rivas, Pacheco y Ventura de la Vega.

En el primero superaba la palabra á la razón y la memoria al entendimiento; hablaba mejor que discurría, y aun puede decirse que decía más de lo que pensaba.

No sé qué servicios le debe la política; pero sé que la lengua castellana no le debe ningún ultraje.

Para ser hombre de Estado, le faltaba carácter; para ser hombre de letras, le sobraba política.

Sabía todo lo necesario para distinguirse en la conversación del trato familiar y en la escena de la tribuna pública; pero, á mi juicio, ignoraba todo

lo que es indispensable para ser de algún modo un grande hombre.

Á mi ver, Alcalá Galiano era inferior á sí mismo; estaba, por decirlo así, debajo de su elocuencia.

No pretendo disminuir ni un átomo la celebridad de que goza su palabra, ni la estimación de que goza su talento; pero yo lo admiro con tristeza.

No se puede decir que Alcalá Galiano se ha malogrado, puesto que ha vivido todo lo que es lícito vivir; pero leyendo sus libros, repasando sus discursos y recordando su vida política, no puede uno menos de exclamar: «¡Lástima de hombre!»

Porque, en verdad, ¿para qué ha servido el rarísimo don que el cielo le concedió á Alcalá Galiano? Para muy poco.

Fué una luz sin reflejos, que brilló únicamente para dejarse ver: no es por eso menos admirable; pero sí es mucho menos útil.

Alcalá Galiano vale más por lo que pudo hacer que por lo que hizo; mas de todos modos, entre el montón de las glorias parlamentarias que el oleaje de las pasiones políticas y el tumulto de los partidos están levantando todos los días, la de Alcalá Galiano será una de las pocas que pasarán á la posteridad.

No hizo todo el bien que pudo haber hecho. ¿Pero acaso no quiso hacerlo? Y, por otra parte, ¿no estamos obligados á agradecerle y aun á admirarle por el mal que pudo hacer y que no hizo?

Si hubiera pensado tan correctamente como hablaba, valdría más; pero los defectos de su inteligencia no eran suyos, eran los defectos de su época.

¡Qué singular contraste ofrece esta rara inteligencia! Fué siempre reaccionario en la palabra, y casi siempre revolucionario en el pensamiento.

Era un compuesto de ideas nuevas y de palabras viejas; era, si puedo decirlo así, realista en la palabra y liberal en el pensamiento; sostenía el régimen parlamentario, sin hacer el sacrificio del régimen gramatical; era hablador y hablista.

Partidario de la libertad del pensamiento, sujetaba, sin embargo, su palabra á la ley de la más severa censura.

En fin: hablaba como Cervantes, y pensaba como cualquier periodista.

EL DUQUE DE RIVAS

Después de Alcalá Galiano, murió el duque de Rivas.

El Duque deja su título, el banquero sus millones, el hombre su descendencia; esto es, otro duque, otro banquero, otro hombre; pero el talento no se deja, no se transmite; el talento no tiene hijos.

Con Homero murió Homero; Virgilio dejó un nombre, pero un nombre que nadie lleva, un nombre sin descendencia.

No sé si Dante tuvo hijos; pero, si los tuvo, es cosa averiguada que los hijos de Dante no fueron Dantes.

Murió sin sucesión, y su heredero no ha nacido todavía.

Es posible que Napoleón, al hacer su testamento

en la solitaria roca de Santa Elena, dejara un Imperio; yo de esto no estoy todavía plenamente convencido; pero, si dejó un Imperio, es indudable que se llevó su genio.

Para mí, Napoleón murió con Napoleón, como César murió con César.

D. Ángel Pérez de Saavedra lo ha dejado todo: títulos, honores y grandezas; solamente él es el que se ha ido.

No han muerto ni su nombre, ni su apellido, ni el duque, ni el académico; ha muerto el poeta.

Más difícil es todavía encontrarle sustitución en esa pequeña sociedad que se encierra todas las noches entre las cuatro paredes de una casa, y que se llama familia.

¡Cosa admirable! El mundo está lleno de padres; desde Adán, hasta la consumación de los siglos, la humanidad ha sido, es y será, una sucesión no interrumpida de padres. Pues bien: el que pierde á su padre, no encuentra otro.

Un padre puede tener muchos hijos, pero los hijos no pueden tener más que un padre.

El padre se parece á la vida, en que sólo es posible tener una.

Esta pérdida no tiene reparación.

Nadie ha calculado todavía la inmensa soledad que hay encerrada en la palabra *huérfano*.

Pero la muerte es así; no se detiene ante ningún respeto, no se para ante ningún dolor; es una hora que, cuando debe sonar, suena irremisiblemente.

Hora que todos tenemos señalada en el reloj de nuestra vida.

Nadie quiere morir.

Esto es evidente; está comprobado por una serie continua de experimentos, que lo atestiguan cada día, cada hora, cada instante.

Sin embargo, desde que el hombre aparece en el umbral de la vida, empieza á dar pasos hacia la muerte.

Cualquiera que sea el camino que elija, sea cualquiera la dirección que tome, la muerte ha de salirle al paso.

La vida no es más que el camino que hay entre la cuna y el sepulcro; nacer, es empezar á morir.

He aquí una verdad universalmente rechazada.

No hay uno á quien se le pregunte: «¿Qué tal?», que no conteste: «Vamos viviendo».

Un niño que nace y un moribundo que espira, son dos frases que completan un pensamiento.

El primero abre los ojos, y dice llorando:

«Esto empieza.»

El segundo cierra los ojos, y dice balbuciendo:

«Esto acaba.»

La vida: he aquí el gran edificio que la medicina quiere conservar.

Es un empeño curioso.

La ciencia, trabajando para que el hombre viva, parece como que está empeñada en que no se borre el camino de la muerte.

La vida es la enfermedad mortal que todos padecemos.

La muerte: he ahí una herencia forzosa, cuyo título de pertenencia es la vida.

D. Ángel Pérez de Saavedra ha pagado este tributo.

Deja un nombre ilustre, un puesto en la Academia, un vacío, un inmenso vacío en su familia, y un recuerdo permanente en la memoria de sus amigos.

También este hombre ilustre fué político, también fué ministro y orador; pero, sobre todo, fué poeta.

Nació y murió en nuestra época; lo hemos visto entre nosotros; su memoria está viva en el recuerdo de todos; apenas se ha cerrado su sepultura, y, sin embargo, el alma del duque de Rivas ha vivido en otros tiempos.

En el orden cronológico de los hombres que han honrado las letras patrias, el duque de Rivas viene detrás de Calderón y de Lope.

Nació en el siglo de las luces, pero pertenecía al siglo de las letras.

No era esta su época, por más que haya vivido en ella.

Su muerte nos quitó un hombre y nos dejó una gloria.

PACHECO

PACHECO es la tercera celebridad que ha desaparecido.

También un hombre político, sin llegar á ser un hombre de Estado, habiendo podido ser un gran jurisconsulto.

Su palabra era hábil, su talento fácil y su carácter débil.

Sabía mucho, quería algo, podía poco.

Como la mayor parte de los hombres políticos de estos tiempos, Pacheco servía más para destruir que para fabricar.

Su elocuencia parlamentaria podía muy bien acabar con el gobierno; pero á él le era imposible crear otro.

Atacaba muy bien, y no sabía defenderse; temible enfrente, inútil al lado.

Era en el Parlamento lo contrario de lo que era en el foro: allí triunfaba acusando; aquí vencía defendiendo.

Como ministro, era un ministro más entre la turba ya innumerable de los ministros.

Quizá, si Pacheco no hubiera sido un hombre político, hubiera llegado á ser un grande hombre.

Su muerte ha sido una pérdida sin duda.

¿Para el gobierno?—¡Ca!

¿Para los partidos?—Puede.

Para su familia, una pérdida inmensa.

Para el foro, una gran pérdida.

VENTURA DE LA VEGA

ENTURA de la Vega es el que últimamente ha pagado á la muerte el tributo de la vida.

El viernes último presenció Madrid la triste ceremonia de su entierro; y el carro fúnebre que llevaba sus despojos mortales al último asilo, llegó cubierto de flores y de coronas que, á su paso, le arrojaron desde los balcones enlutados del teatro del Príncipe.

Ventura de la Vega no era un gran poeta, pero era un gran literato; su talento consistía más en la calidad que en la cantidad.

Si el duque de Rivas viene después de Calderón y de Lope, Ventura de la Vega está delante de Moratín; á lo menos, es su rival.

Resplandecía en el claro ingenio de este español ilustre un gusto exquisito.

Poseía como ninguno el sentimiento del arte, rindiendo á la forma un tributo casi pagano.

Para Ventura de la Vega era bueno todo lo que artísticamente fuera bello; porque el arte era su gran secreto y su gran medio.

El artificio de sus creaciones está escondido tan maravillosamente dentro de la naturalidad, que engañan á primera vista.

Conocía el teatro como un actor consumado, y nadie como él sabía acomodar mejor las creaciones dramáticas á los recursos de la escena.

El hombre de mundo es un modelo, y *La muerte de Julio César* un esfuerzo.

Esta pérdida, esperada y temida hace mucho tiempo, es quizá más sensible, porque Ventura de la Vega ha muerto joven todavía, y porque ha dejado empezadas dos obras, que hubieran completado su justísima fama, y hubieran enriquecido la literatura española.

Se han encontrado entre sus papeles un acto de *Cervantes* primorosamente escrito, y que alguna vez había leído á sus amigos, y ha dejado también otro acto y todo el plan de una comedia que había de titularse *La mujer de mundo*.

Ventura de la Vega no perdía nunca las condiciones de su ingenio, y hacía gala de su peregrino talento, lo mismo escribiendo que hablando.

Hay una cosa en la cual se conoce la claridad

con que veía el uso á que estaba destinada su inteligencia. Jamás quiso ser hombre político.

Supo librarse de este funesto contagio, en que tantos ganan lo que no merecen, y tantos pierden todo lo que tienen.

La muerte de Ventura de la Vega casi nos ha sorprendido; pues, aunque la esperábamos, aunque la estábamos viendo llegar, no es lo mismo lo que se espera que lo que sucede.

Ya está enterrado: los hombres lo olvidarán pronto, pero las letras lo recordarán siempre.

LO BUENO Y LO NUEVO

CUENTAN, y debe de ser verdad, que asistiendo *Rossini* al ensayo de una ópera de *Verdi*, desearon algunos amigos ó algunos enemigos de la música de este compositor saber la opinión del gran maestro acerca de la *partitura* que se estaba ensayando.

Casualmente este deseo les ocurrió cuando se estaba ejecutando el último acto, y tuvieron que esperarse á que concluyera.

Como todo tiene fin en este mundo, también lo tuvo el ensayo de aquella ópera, y entonces los curiosos acudieron á rodear á Rossini, esperando oir de su boca un fallo adverso ó favorable; pero el gran maestro tuvo por conveniente no dar ni siquiera una nota.

Los amigos ó los enemigos de Verdi compren-

dieron que Rossini le había puesto la sordina á su juicio, y que el gran instrumento no sonaba.

Entonces uno, ó más curioso, ó mas terco, ó más amigo, ó más enemigo de Verdi, se dirigió á Rossini, y le dijo:

—¿Qué tal, maestro?

—Muy bien,—contestó Rossini.

—Es admirable,—replicó el curioso.

—Sí lo es (añadió Rossini); ya cuento setenta años, y mi salud está firme como una roca.

Los circunstantes se quedaron con la boca abierta; pero pronto comprendieron *el quid pro quo*, y soltaron la carcajada.

Rossini se volvió á su interlocutor, y le preguntó:

—¿De qué se ríen estos señores?

—Se ríen (contestó éste) de que habéis tomado vuestra salud por la *partitura* que acabamos de oir.

—¡Ah! (exclamó el maestro, dándose un golpecito en la frente.) ¿Vos preguntabais por?....

—Cierto,—dijeron todos.

—¡Qué graciosa equivocación! (prosiguió Rossini.) Pero crean Vds., señores, que es muy natural: los viejos no pensamos más que en vivir; es el egoismo de los años, y estoy seguro que me disimularéis esta equivocación, si no ahora, porque sois jóvenes, luego que seréis viejos. Para evitar la vejez, no hay más remedio que la muerte, y he aquí la cuestión: nadie quiere morirse; los jóvenes no piensan en ello, y nosotros sí; esa es la

diferencia. Nosotros somos hoy lo que vosotros seréis mañana. Somos una gran cosa si se nos observa, y no somos nada si no se nos estudia; porque no somos más que un ejemplo. Conque imitadme, andad despacio, y llegaréis: para vivir mucho, creedme, hay que gastar poca vida.

Aquí hizo punto, tomando el ademán del que se va. Uno solo se atrevió á detenerlo, diciéndole:

—Pero nada nos decís de la *partitura*.

—¡Nada! (replicó Rossini.) ¿Os parece poco?

—Quisiéramos saber vuestra opinión.

—Mi opinión os la diré, puesto que queréis saberla. Hay en esa *partitura* mucho bueno y mucho nuevo. ¿Estáis contentos?

Todos se inclinaron ante el gran maestro, le abrieron paso con ese respeto que sólo infunde el verdadero talento, y Rossini se dirigió á la calle.

Antes de atravesar la puerta, le detuvo uno de sus amigos—iba á decir admiradores:—«Me he detenido, porque de Rossini es admirador todo el mundo»; y le dijo *sotto voce:*

—He oído vuestra opinión. ¿Es esa, en efecto?

—Esa misma,—contestó Rossini.

—¿Me obligaréis á creerlo?

—Lo creeréis.

—¡Mucho bueno y mucho nuevo! Maestro, ¿habláis seriamente!

—Voy á convenceros,—dijo Rossini.

—Veamos.

Rossini le indicó algunos pasajes de la *partitura*, preguntándole :

—¿No es esto nuevo?

—Nuevo es, en efecto (le contestó su amigo); pero....

—Esperad.

Señaló otros pasajes, y volvió á preguntarle:

—¿No es esto bueno?

—Bueno es, sin duda alguna; pero, maestro....

—¡Qué! (interrumpió Rossini) : ¿mi opinión es falsa?

—No es falsa : hay, en efecto, mucho bueno, y hay, en efecto, mucho nuevo ; pero á vuestra opinión le falta algo.

—Completadla, pues.

—He ahí mi dificultad.

—Pues oid : Hay mucho nuevo y mucho bueno ; pero entended que lo bueno no es nuevo, ni lo nuevo es bueno.

No sé si esto ha sucedido ; pero puedo asegurar que pudo suceder. Ignoro si, en caso de ocurrir, ocurriría de la misma manera que yo lo cuento; pero esto se salva, tomando el que lo lea la precaución de no creerlo.

Pero cierto ó falso, auténtico ó inventado, así ó de otra manera, yo lo he referido, porque, vuelta del revés la partitura de Verdi, viene á ser una cosa parecida á la situación de estos días.

Supongamos que Rossini es todo el mundo; que el curioso es cualquiera, y que la ópera

que se ensaya es la ópera que se está ejecutando.

Sale un hombre de su casa, y se encuentra con una milésima parte de Rossini bajo la forma de otro hombre.

Los dos se paran y se saludan.

—¿Qué hay?—pregunta el primero.

—Nada nuevo,—le contesta el segundo.

Se separan, y cada uno sigue su camino.

Á la vuelta de una esquina, ó de otra, ó en medio de una calle, ó al atravesar una plaza, ó al entrar en una casa, ó al salir de ella, ó al subir una escalera, ó al bajarla; en fin, en cualquier sitio, el mismo de antes se encuentra á otro después.

—¡Hola, Mengano!

—¡Hola, Zutano!

—¿Qué hay?

—Nada bueno.

Esto es lo que se repite por todas partes. La *partitura* de Verdi tenía mucho bueno y mucho nuevo; en la *partitura* que estamos cantando no encuentra nadie nada nuevo, ni nada bueno.

Esta opinión no es de Rossini, pero es unánime.

Sin embargo, estamos tan contentos; cada uno canta su parte á toda orquesta, y trina *piano*, *pianissimo*.

9 DE AGOSTO DE 1865

ESTAMOS frescos.

Escribo la frase anterior bajo el influjo de una temperatura de treinta grados, que, si bien no son todos los grados de calor que se necesitan para que hierva el agua, son, sin embargo, suficientes para tener en activa ebullición todas las malas pasiones que suelen esconderse en el fondo del corazón humano, como se esconde el cieno en el fondo de los estanques.

Es verdad que las malas pasiones no necesitan para hervir ninguna especie de auxilio de calor extraño, pues las vemos agitarse lo mismo en Julio que en Diciembre, lo mismo en una temperatura de cuarenta grados centígrados que bajo cero.

Las malas pasiones llevan en sí mismas, ó, me-

jor dicho, son ellas mismas el fuego que las hace hervir; así es que, ó hierven ó no existen.

Pero sea la que quiera la causa íntima de este fenómeno, ello es que el estanque hierve profundamente removido, y que, por una operación inevitable y puramente mecánica, el cieno, elevándose á favor del movimiento, se ha extendido majestuosamente por toda la extensión de la superficie.

Si el caso pudiera encerrarse dentro del recinto de un individuo, este desgraciado sentiría inmediatamente la sospecha de que se hallaba enfermo, y el médico no tardaría mucho tiempo en asegurar que allí no veía él más que una espantosa revolución de humores.

Un trastorno general.

La piel ardiente y abrasada por la acción de un fuego oculto dirá: «Por aquí debajo va el incendio».

El pulso impaciente, atropellado, tumultuoso, batiendo las venas en accesos bruscos é irregulares, dirá: «Aquí está la calentura».

En el largo catálogo con que la medicina ha clasificado las diferentes formas con que la vida dice: «esto se acaba», semejante desorden tiene cien mil nombres, y, lo que es más, tiene cien mil causas, y, lo que es más todavía, tiene cien mil remedios, porque hay cien mil enfermedades, cien mil médicos y cien mil boticas.

En el fondo, el hecho es siempre el mismo: un hombre que se muere.

El hecho tiene que ser esencialmente el mismo, porque, sean los que quieran los términos en que el problema se plantee, no puede salir de la forzosa alternativa de dos soluciones, que son siempre las mismas: ó el enfermo sana, ó el enfermo muere; ó vive, ó le entierran.

Esta doble solución es la solución de toda lucha y toda enfermedad; no es en el fondo más que el encuentro de dos enemigos irreconciliables: la vida y la muerte.

Ese fenómeno, transplantado del orden puramente físico al orden moral, es el mismo fenómeno; es la misma enfermedad en distinta región; es la misma lucha en otro terreno; es el mismo problema planteado en diversa pizarra; es el mismo problema con sus mismas soluciones, los mismos términos y la misma alternativa.

Allí se desencadenan los malos humores: aquí están desatadas las malas pasiones.

Aquello tiene cien mil nombres; dadle, pues, uno cualquiera de los cien mil en que están clasificados los padecimientos humanos; esto no tiene ya más que un nombre, y por consiguiente no podéis darle otro: se llama la revolución, y es la revolución, como el cólera se llama el cólera, y es el cólera.

Si las enfermedades, sean los que quieran sus nombres, tuvieran voz, gritarían: «muera»; muera éste, muera aquél, muera el otro, muera ese, mueran todos.

Pues bien: la revolución tiene voz, y grita por todas partes: «muera»; muera esto, muera aquello, muera eso, muera lo otro, muera todo.

Bajo esta temperatura en que sólo se respira de noche, como si fuera preciso esconderse para vivir, como si respirar fuera ya un delito;

Sobre este terreno encendido, sobre el que todas las cosas andan como sobre ascuas;

En esta atmósfera en que relampaguean las miradas, abrasan las palabras y queman las manos, en que todo parece que ha adquirido la cualidad de ser combustible; en medio de esta hoguera tan bien dispuesta y tan pronta á encenderse, yo insisto en mi tema y repito mi fórmula: «Estamos frescos».

Y no digo que estamos frescos porque nos abrasamos; eso lo diría cualquiera: yo lo digo porque sé positivamente que, detrás del verano, está el otoño, y sé que para el otoño tendremos abierta una nueva válvula, para que puedan respirar con más desahogo, ¿quién dirán Vds.?: las ciencias, las artes y la literatura.

Al sentir esa ráfaga futura con que han soplado mis ojos las emborronadas letras de un periódico de esta mañana, no he podido menos de exclamar: «¡Estamos frescos!»

Sí; se ha pedido autorización para abrir, desde el otoño próximo, un salón de conferencias públicas en esta corte, destinado á leer y pronunciar discursos científicos, artísticos y literarios, con exclusión de toda idea política.

Como se trata de abrir una puerta, y yo tengo observado que, por las puertas abiertas, unas cosas entran y otras cosas salen, unas cosas se vienen y otras cosas se van; al ver venir una nube de discursos científicos, artísticos y literarios, capaz de obscurecer la luz misma del sol, me he puesto á discurrir qué es lo que tendrá que irse.

Y dándole vueltas al asunto por los escondrijos de mi entendimiento, como se le da vueltas entre las manos á un estuche, cuyo botón, artificiosamente escondido, se escapa á la solicitud de los dedos que lo buscan, he caído en la cuenta de que no hay peor cuña que la de la misma madera.

Oprimiendo sobre sí mismo este extraño resorte, se ha abierto á mis ojos la caja misteriosa; he visto todo lo que quería ver, y he dicho:

«Adiós ciencias, adiós artes, adiós literatura.»

El charlatanismo puro y neto es la forma del nuevo diluvio.

Las ciencias hace tiempo que han empezado á sumergirse en el gran charco de la palabra, en el mar negro de los discursos.

Palabras, palabras, palabras.

Para la ciencia, que es toda observación;

Para el arte, que es todo inspiración;

Para la literatura, cuyo secreto es el buen gusto.

¿Qué es esto?

Esto es una exposición de sabios sin ciencia, de artistas sin arte, de literatos sin letras.

¿Qué es un discurso?

Un discurso son treinta, ó cuarenta, ó cincuenta hojas arrancadas del Diccionario de la lengua, que están siempre á disposición de cualquiera.

Son chaparrones de palabras, nublados de frases, que el orador hace descender sobre el concurso, con la voz hueca y el aire hinchado.

Voces, ruído, gestos, manoteo, y los aplausos de los amigos.

¿Qué es eso que se llama ciencia?

Son treinta, ó cuarenta, ó cincuenta años de silencio, de meditación y de estudio.

Es toda la vida de un hombre, es toda la atención de una vida, es el gran amor de un entendimiento, la gran pasión de las grandes inteligencias.

La ciencia es la verdad.

¿Qué es eso que se llama arte?

Arte es un secreto incomunicable, que Dios ha depositado en el alma del hombre, para que dé al mundo testimonio de su alto origen.

Es un germen creador que se fecunda en el espíritu humano, cubierto con el velo de un misterio impenetrable.

Arte es la poesía, arte es la música, arte es la pintura.

El arte es el *quid divinum* que nadie aprende, que nadie enseña.

Es una concepción muda, lenta y solitaria, que sólo se realiza en el seno de las vastas inteligencias.

Es la triple visión de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.

¿Qué es literatura?

Una facultad exquisita, un tino particular, un tacto fino.

Una cosa muy rara, rarísima, que se llama buen gusto.

La ciencia estudia, medita y descubre.

El arte se inspira y crea.

La literatura, lima.

Son la sabiduría, el genio y el talento.

He aquí lo que está amenazado de un salón de conferencias públicas, de una nube de discursos.

¿Y quién va á discurrir?

¿Los sabios? ¿Los artistas? ¿Los literatos? Imposible. Además, ¡hay tan pocos! Por otra parte, ¡piensan tanto!

Hay sabios, hay artistas, hay literatos que hasta tienen el buen sentido de no *saber hablar*.

¿Quién charlará, pues? Claro está. Los charlatanes.

Si no fuera la apertura de ese salón una imitación reprobada de la industria, que ha descubierto en Francia la codicia de algunos escritores, diría que era una invención ridícula.

Pero ¿quién, en estos tiempos de prosperidad, se atreverá á llamar ridículo á un medio, sea el que quiera, de sacar dinero?

Este es el nuevo teatro que tenemos anunciado para el otoño.

UN VIAJE EN CUATRO CARTAS

CARTA PRIMERA.

VITORIA 16 de Agosto de 1865.

A mí también me ha tocado este verano salir de Madrid, sin duda alguna para que se verifique que este año esté todo fuera de su centro.

Y no es porque Madrid, por ser Madrid, sea mi centro de gravedad, pues creo que, abandonado á mí mismo, como un cuerpo que se arroja al espacio, caería en todas partes menos en Madrid.

Pero es el caso que Madrid es una población, y en esa población hay una calle, y en esa calle hay una casa, y en esa casa hay un cuarto.

En ese cuarto hay un poder que me domina, una fuerza que me atrae, una voz que me llama; en ese cuarto vive todo lo que constituye mi vida; fuera de ese cuarto estoy como fuera de mí.

Ese cuarto es mi casa: en esa casa está mi familia.

La atracción ejerce su fuerza, según dicen los matemáticos, en razón directa de las masas y en razón inversa del cuadrado de la distancia.

Esto quiere decir que cuanto mayor es una masa, más fácilmente atrae hacia sí á otra menor, y que cuanto mayor es la distancia entre una y otra, la atracción es más débil.

Esta ley, que es, digámoslo así, la ley de orden público del universo, falla completamente en el orden de las atracciones morales; pues resulta que en este orden, la atracción se verifica en razón inversa de la masa y en razón directa de la distancia.

Por eso un niño, que es la menor cantidad posible de masa humana, se ve que ejerce sobre su madre, que es una masa diez veces mayor, una atracción irresistible, y cuanto mayor sea la distancia que se interponga entre la madre y el hijo, mayor será la atracción que el hijo ejerza sobre su madre.

He aquí por qué, conforme me he ido alejando del pequeño centro de mi casa, he ido sintiendo cada vez más viva la atracción misteriosa de mi familia.

De Madrid á Vitoria habrá poco más ó menos cien leguas de distancia, que, por medio del camino de hierro, se corren en diez y siete horas.

Esto es alargar el tiempo ó acortar el espacio, y se verifica por medio de un monstruo de cien ruedas, que sale rugiendo y se lanza ciego, saltan-

do unas veces por encima de los abismos que parece que se cierran para que pase, hundiéndose otras en el seno de las montañas, cuyas rocas parece que se abren al sentirlo, dejando siempre en pos de sí la ráfaga fugitiva del humo de su respiración ardiente, como si quisiera dejar por un momento en el aire la señal de su paso.

El viajero, encerrado en uno de los coches que forman los anillos de la inmensa serpiente, queda entregado á la voluntad ciega de la fuerza bruta, que arrastra un cordón de coches obedientes, prontos á hacerse mil pedazos al menor capricho de la formidable máquina, prontos á precipitarse en un abismo á la menor debilidad de cualquier puente, prontos á estrellarse unos contra otros por el motivo más insignificante, por la indiscreción más ligera.

La tierra huye, espantada y como en tumulto, debajo de las ruedas, y el horizonte, lleno de curiosidad, sigue sosegadamente la dirección del tren, como si dijera: «Vamos á ver en qué para esto».

He aquí todo lo que el viajero puede ver.

Esta manera de transportarse es, digámoslo así, la fórmula del siglo, que, traducida á la palabra, significa ganar tiempo.

Tal debe ser el fin: nadie corre tan desesperadamente si no tiene una urgente necesidad de llegar pronto, y, por lo tanto, la causa moral de esta velocidad desesperada debe encontrarse encerrada en estos términos: es tarde.

Ó es esto, ó es que huímos espantados de algo que nos aterra: quizá de nosotros mismos.

El vapor comprimido no es más que el motor inmediato, la fuerza física, y debe haber sobre esta fuerza otra fuerza: la fuerza de alguna razón.

Estas corrientes humanas, precipitándose por todas partes, parece como que buscan un equilibrio que no encuentran.

Algo hemos perdido que no encontramos.

Yo me encuentro aquí, á cien leguas de Madrid por una parte, á diez leguas de la corte por otra; casi puedo decir que estoy en Madrid.

Las distancias tienen muchas maneras de medirse, y puede uno encontrarse lejos de este punto ó del otro, á pesar de la proximidad, ó muy cerca, á pesar de la distancia.

No es el kilómetro la única medida.

Yo me pregunto ahora mismo: ¿Estoy en Madrid ó estoy en Vitoria? Es una cuestión de cien leguas más ó menos.

Yo cruzo estas calles anchas y limpias, y me parece que debiera estar en Madrid; pero oigo hablar á estas gentes, oigo sus gritos, sus disputas, sus conversaciones, y no ha llegado todavía á mis oídos ni una blasfemia, ni una palabra indecente, ni siquiera indecorosa; los niños y las mujeres pueden tener aquí los oídos abiertos sin que el pudor se ofenda.

Cuando veo esto, me considero á cien millones de leguas de Madrid.

Y he ahí una cuestión que someto á las deliberaciones de la Academia de la lengua. ¿Cómo en Vitoria, capital de una de las Provincias Vascongadas, se habla mejor, mucho mejor, que en la capital de la monarquía?

El viajero tiene aquí muchas cosas notables que visitar.

Aquí hay una granja modelo, un hospital modelo, una cárcel modelo, una Florida que es un bellísimo paseo, un Prado que es un prado verdadero; aquí hay, en fin, un pueblo modelo de buenas costumbres, tratable, respetuoso, fino y serio.

En la granja encuentra el viajero las máquinas más perfectas inventadas para las tareas del campo; en el hospital encuentra un edificio construído con todas las condiciones propias de esta clase de establecimientos; en él todo está previsto.

La cárcel son dos galerías cortadas en cruz, que cada una de ellas contiene á derecha é izquierda dos órdenes de calabozos; en el centro de esta cruz se levanta un altar á la altura del segundo orden de calabozos. Todo está combinado de manera que los presos puedan ver el altar sin salir del encierro.

Admira esta manera ingeniosa con que se facilita á los presos el cumplimiento de sus deberes religiosos; admira el esmerado aseo que por todas partes se respira, la ventilación y la luz; pero todavía admira más otra circunstancia.

En esta cárcel apenas hay presos: hoy sólo encierra la cárcel de Vitoria siete criminales; pero,

¡qué criminales! Sus delitos sólo merecen el nombre de faltas.

El palacio de la Diputación es un edificio sencillo, serio; en él se han hospedado los Reyes á su paso para Zarauz, y está alhajado con exquisito gusto.

En el centro del edificio se encuentra el salón de sesiones, en el que se le pide cuenta al diputado general, de los actos de su administración.

Es, como si dijéramos, el salón de sesiones del Congreso, con muy grandes diferencias.

En primer lugar, preside, digámoslo así, el salón una pequeña capilla, en cuyo centro se levanta un altar, y sobre el altar un hermoso crucifijo.

El ornamento principal de las paredes de la sala consiste en nichos, dentro de los que se ven las estatuas de los reyes y señores que juraron los fueros y cumplieron sus juramentos.

En este salón de sesiones no hay tribuna.

Ó, lo que es lo mismo: aquí no se charla.

Ó, lo que es más claro: aquí no se engaña á nadie.

Vitoria tiene también su casino, aunque los vitorianos tienen el buen gusto de no llamarle casino, sino gabinete de lectura.

En este casino, pásmense Vds., no se juega.

He aquí una población que adelanta sin estrépito, que se mejora sin escándalo, que se civiliza sin corromperse.

La administración, las leyes, las costumbres, la

tradición, el carácter y las creencias de este pueblo, forman una armonía perfecta, en la que consiste el secreto de su bienestar, de sus verdaderos adelantos.

Ni un viajero puede detenerse demasiado, ni en el espacio de una carta cabe todo lo que yo quisiera decir en este momento; pero dejo para otra carta todo lo que no cabe en ésta, y concluyo sosteniendo mi tema.

De Madrid á Vitoria hay cien leguas de camino de hierro, pero el viajero ve á Madrid, desde Vitoria, á diez millones de leguas, que es la distancia que yo calculo que debe haber entre la verdad y la mentira.

CARTA SEGUNDA.

Zarauz 24 de Agosto de 1865.

El Océano es el más grande y el más profundo de los abismos; Zarauz está en la misma orilla del Océano, y en Zarauz está la corte.

Tal es la situación geográfica de las cosas.

Para venir á Zarauz desde Vitoria, hay dos maneras: una, tomando el camino de hierro y no parando hasta San Sebastián, y retrocediendo desde allí, en la diligencia, en el correo ó en un coche particular, hasta Zarauz.

La otra manera consiste en seguir el camino de hierro hasta Zumárraga, y tomar allí un coche que,

pasando por Azcoitia, Azpeitia, Cestona y el pintoresco valle de Oiquina, deja al viajero en Zarauz.

Los coches que desde Zumárraga hacen esta expedición, son notables por dos circunstancias: ellos han resuelto dos cuestiones importantísimas, que entran como términos precisos en todos los problemas que traen inquieto al mundo moderno; son la base de todos los cálculos; son dos cantidades indispensables para el desarrollo de todo movimiento.

Se llaman tiempo y espacio.

Los coches de Zumárraga han resuelto la cuestión del movimiento, prescindiendo del tiempo y del espacio.

Estos coches salen cuando quieren, y llegan cuando pueden.

Esto es en cuanto al tiempo: en cuanto al espacio, los coches de Zumárraga no tienen límites; su capacidad es tal, que caben en ellos todos los viajeros, sea su número el que quiera.

He dicho que caben, y no es exacto: no caben, pero entran.

Salvados estos dos inconvenientes, que en cierto modo se compensan; pues si por una parte el viajero ignora de todo punto la hora, poco más ó menos, en que llegará al término de su camino, en cambio sabe positivamente que, sea la que quiera la hora en que llegue, llegará aplastado por la doble presión del compañero de viaje que lleve á la izquierda y del que lleve á la derecha; salvados, digo,

estos inconvenientes, el viajero puede, ya que no otra cosa, tender la vista por el variado panorama que los más caprichosos accidentes de la vegetación y del terreno van desarrollando sucesivamente á sus ojos, como un interminable juego de paisajes.

Á cada vuelta del camino, donde parece que la decoración va á terminar, allí precisamente empieza una decoración nueva.

Esta variedad resulta de la combinación constante de unos mismos términos; todo consiste en la manera de presentar las mismas cosas.

Un monte, un valle, un río: esto es lo que constantemente va viendo el viajero; esto es lo que, combinado de mil maneras, ofrece á cada momento las más caprichosas y las más risueñas perspectivas.

Los caminos serpentean en dóciles curvas por las faldas de los montes, salvan las alturas, descienden hasta el fondo de los valles, y saltan por encima de pequeños ríos, sobre puentes ligeros y graciosos.

Los caseríos desparramados descubren tímidamente sus paredes blancas y sus techos rojos, medio escondidos entre los castaños.

Es imposible encontrar una soltera de treinta años con más accidentes, ni una niña de quince con más caprichos.

La naturaleza se ha entretenido en jugar con la luz, con el aire, con la tierra y con el agua, y ha salido de sus manos esta serie interminable y variada de perspectivas.

Por un contraste singular, este país, siempre verde, es pobre, y, sobre los caprichos de la naturaleza, ha venido la necesidad á hacer útil lo que sólo era bello.

La mano del trabajo, esto es, la mano del hombre, se ve aquí por todas partes; no hay un palmo de tierra que no esté señalada por el paso de la necesidad, por esa madre activa de la industria.

He visto extensos maizales como suspendidos en las vertientes de los montes, y he visto manzanos en sitios donde no sé si se atreverán á subir los pájaros.

Esta es una tierra verdaderamente surcada por el fecundo sudor del hombre.

Y, como si la Providencia quisiera recompensar pródigamente la dureza del trabajo, no ha querido que este país sea rico, para hacerlo alegre.

Estos montes no son montes de oro, pero son montes risueños; aquí no hay fausto, pero hay alegría: se trabaja, pero se vive.

Se echan de ver en estos pueblos, desde el momento que se los descubre, dos edificios que sobresalen, que se distinguen entre los demás, como si fueran las casas de los señores del pueblo.

Estos dos edificios son la iglesia y el municipio.

En Cestona he podido hacer una observación curiosa, que consiste en un dato envidiable.

Comprende la feligresía de Cestona un vecindario de mil almas. Pues bien: desde el día 10 de Abril último, que falleció una pobre anciana, hasta

antes de ayer, que murió de sobreparto una joven recién casada, no ha tenido que abrirse la tierra para dar sepultura á nadie.

En el camino de Cestona á Zarauz se encuentra el precioso valle de Oiquina.

Hay un momento en que, levantándose el camino sobre la falda del monte, deja ver un extenso anfiteatro, cuya belleza no puedo detenerme á describir, pero que recomiendo á las miradas de todos los que crucen ese camino.

Es una bellísima perspectiva.

Zarauz es un pueblo pequeño, en el cual, sin embargo, cabe esa cosa grande que se llama la corte.

Madrid, pues, está en Zarauz.

La gente palaciega, cruzando estos valles con sus trajes cortesanos, con su aire afectado, con sus maneras frías, con sus costumbres exquisitas, forma un singular contraste con los trajes, el aire, las maneras y las costumbres de estos pueblos sencillos, francos y trabajadores.

El frac, que me ha parecido siempre ridículo, me parece hoy detestable, y, sin poderlo remediar, me siento inclinado á reirme de los más respetables personajes, que con el frac colgado sobre los hombros, discurren por estas calles como seres extraños, como costumbres raras.

La etiqueta no es artista.

La corte está de luto, y esto proyecta como una sombra sobre el alegre pueblo de Zarauz.

No se ven más que trajes negros.

Hay gente, mucha gente, no falta ruído, se canta en el ayuntamiento, se baila en medio de la plaza; por las calles unos van y otros vienen; unos se saludan, otros se paran, algunos hablan.

De vez en cuando cruzan ricos uniformes, bandas, cruces; diez ó doce coches entran y salen diariamente.

En medio de esto se ve que no hay animación ninguna; la corte sigue sus costumbres, y el pueblo de Zarauz las suyas.

El luto de la corte ha impedido las fiestas que había preparadas para obsequiar á los Reyes, y este pueblo, tan trabajador y tan activo, ha vuelto á sus tareas ordinarias.

Tal es el aspecto que presenta la corte en Zarauz.

Por lo demás, las casas que forman la población parecen traídas de una de nuestras mejores ciudades; parecen edificios que están aquí también de temporada: son palacios.

De Zarauz á Guetaria hay un camino que se levanta sobre el mar, formando una cornisa pegada á la roca; es como un balcón corrido de legua y media de extensión, que tiene por calle el mar, el mar tempestuoso de la costa cantábrica.

Para el día 3 de Setiembre esperan aquí al Emperador y á la Emperatriz de los franceses. No tengo más que decir.

CARTA TERCERA.

ZUMAYA 28 de Agosto de 1865.

He aquí un punto en que se han juntado unas cuantas casas para formar un pueblo, tres ríos para desembocar en el mar, y algunas familias para tomar baños.

Zumaya es un pueblo que, como todos los de estas costas, está situado en la última ondulación de un valle que termina en el mar, y á la orilla de un río que se entra en el Océano como Pedro por su casa.

Todo pueblo tiene aquí, como circunstancias indispensables, un valle y un río; lo cual se comprende perfectamente, luego que se averigua que aquí todo son valles y ríos.

No es Zumaya de las mejores villas de Guipúzcoa; pero, por lo mismo, tiene sus ventajas para los que, huyendo de Madrid, sinceramente buscan la vida de campo sin los inconvenientes de la vida de la corte.

La buena sociedad, digámoslo así, que suele hacer tan agradable la vida de Madrid, hace insoportable la estancia en estas comarcas, que invade todos los veranos, apoderándose de la costa desde Deva á Biarritz.

No hay nada más fastidioso que la vida de la

corte en el campo; nada más desentonado que las costumbres de las gentes de tono en medio de esta naturaleza tranquila y de estas costumbres sencillas.

Huyendo, pues, de esa incomodidad que Madrid envía todos los años á estas costas, me he refugiado en este pueblo, que la moda tiene todavía en un feliz olvido.

Aquí se puede pasar una temporada más ó menos larga sin necesidad de traerse un gran equipaje, sin sastre, sin modista y sin peluquero.

Aquí no hay necesidad de vestirse más que una vez al día, excepto los que se bañan, que están obligados á vestirse dos veces por lo menos.

Es posible que esto sea menos divertido: de seguro, es menos elegante; pero evidentemente es más cómodo y mucho más barato.

En cambio, los que venimos aquí nos condenamos voluntariamente á una triste obscuridad.

El mundo ignora que hemos venido aquí y que aquí estamos; nuestros nombres no figuran en las listas de las personas notables y distinguidas que los periódicos de Madrid publican anunciando al mundo que cuarenta ó cincuenta, ó ciento ó doscientas personas, más ó menos distinguidas, se bañan en Deva, ó en San Juan de Luz, ó en Zarauz, ó en la concha de San Sebastián.

El que venga aquí tiene que renunciar á esa celebridad.

Nuestras expediciones por la ría quedarán igno-

radas; nuestras excursiones á Oiquina, á Arrona, á Cestona; nuestros paseos, unas veces hacia arriba, otras veces hacia abajo, quedarán sepultados en un profundo olvido.

Nuestras conversaciones no tienen eco, nuestras comidas no se ven, nuestros conciertos no se oyen; estamos aquí como escondidos.

Parece que no hay nadie: ni las bellas señoritas de H., ni la hermosa condesa de P., ni la amable vizcondesa de G.; no hay ni un ilustre escritor, ni un distinguido poeta, ni siquiera un opulento banquero, ni aun un ex-ministro; no hay, en fin, ni un diputado.

Estamos solos: tan solos, que no tenemos ni siquiera un cronista que saque á la vergüenza nuestros nombres, nuestros vestidos, nuestras palabras, lo que hacemos, lo que decimos y lo que pensamos.

Esto es triste, y además es injusto, porque nosotros tenemos también nuestro derecho á la celebridad; el mundo debe saber, por conducto de cualquier periódico, que nosotros estamos aquí tomando baños, que nos vestimos decentemente, que comemos todo lo mejor que es posible, que hablamos, que leemos, que escribimos.

No hay razón para que, estando fuera de nuestra casa, no haya un periódico siquiera que se meta hasta en lo más íntimo de nuestras acciones y refiera al mundo los interesantes pormenores de nuestra vida en Zumaya.

Pero tenemos que apechugar con este inconveniente: en cambio, disfrutamos de una libertad envidiable, por la sencilla razón de que no tenemos ni un periódico siquiera que nos espíe; esto es, no estamos en espectáculo.

Zumaya es un conjunto de casas agrupadas alrededor de una iglesia, como una familia alrededor de la madre.

Se ve perfectamente, y esto hace más propia la comparación, que el edificio de la iglesia es el más antiguo, de la misma manera que la madre es preciso que nazca antes que sus hijos.

Si yo fuera anticuario, haría importantes averiguaciones ante los negros muros de esta iglesia, que se levantan serios y firmes sobre una colina que domina el resto de la población; pero no soy anticuario, y, por consiguiente, no sé hablar de lo que ignoro.

Lo que sé perfectamente, porque lo estoy viendo, es que la iglesia es lo que está aquí más alto, y que por cualquier parte que se dirija uno á ella, tiene que subir.

No sé á qué orden de arquitectura pertenece; pero me parece admirablemente construída, pues está, por su elevación, entre el cielo y la tierra, como la intermediaria entre Dios y el hombre.

Desde la plaza de la villa se observa en las casas cierto conato de formar calles; pero esta intención la pierden pronto, y se las ve derramarse en un desorden bastante caprichoso.

Rara es la casa que no tiene delante su poco de huerta.

Por delante de este grupo irregular de edificios, medio campesinos, medio ciudadanos, pasa la ría, que entra sosegadamente en el mar á muy corta distancia. Por esta ría hay que hacer una navegación de medio kilómetro para ir al baño.

Aquí no hay noticias, ni sucesos; la vida de estas buenas gentes pasa como el agua de la ría, despacio y tranquila, y viven más porque viven mejor.

Estas cartas no son más que las hojas de mi cartera, en las que hago mis apuntes, pues la naturaleza y las costumbres de estos pueblos merecen un libro, y yo, si puedo, he de escribirlo.

En Zumaya, pues, no ocurre nada de particular; aquí no llegan ni el tumulto ni la agitación de las grandes poblaciones; y, sin embargo, los mejores caminos de España son los que bordean estas montañas y saltan por encima de estos valles.

CARTA CUARTA.

ZUMAYA 6 de Setiembre de 1865.

Empieza á notarse en estas costas un movimiento verdaderamente reaccionario; obsérvase en casi todos los pueblos esa animación que la multitud imprime, lo mismo cuando se va que cuando llega.

La marea, empujada desde Madrid hasta las orillas del Océano, empieza á bajar de la misma ma-

nera que subió; todo el mundo empieza á volverse atrás.

Digo todo el mundo, porque las gentes que han venido á pasar el verano á estas orillas, han creído, sin duda, que no hay más mundo que el mundo que ellas llevan consigo.

Así es que si se pregunta:

—¿Cómo está Deva?

Contestan:

—Ya no hay nadie.

—¿Y Motrico?

—Desierto.

—¿Y Zarauz?

—Mañana se va la corte, y no quedará ni un alma.

El espíritu menos reflexivo se aflige ante la consideración de que estos pueblos se van á quedar solos, porque hemos convenido en que donde no estemos nosotros, no debe haber nadie.

Y, sin embargo, consuela la tranquilidad con que se quedan solos los pacíficos habitantes de estas montañas.

Nos ven ir lo mismo que nos vieron llegar: su ignorancia les oculta la horrible soledad en que vamos á dejarlos.

Ellos no saben que nosotros nos lo llevamos todo: el ruído, el fausto, los placeres, las pasiones y los vicios: la vida, en fin; esto es, todas las agitaciones de la vida.

¡Infelices! Ellos se quedan solos, enteramente

solos, sin más compañía que la de su felicidad.

Verdaderamente, es extraño esto; nosotros tan poderosos, y ellos tan felices; nosotros tan grandes, y ellos tan buenos.

Nosotros trabajamos para ser felices, y ellos son dichosos porque trabajan; ellos se quedan, y nosotros nos vamos.

¡Cuán difícil les será comprender la felicidad que nosotros disfrutamos, y cuán cruel es el tormento que debemos sentir al ver que son más felices que nosotros!

Este tormento consiste en el choque furioso de dos sentimientos contrarios: los compadecemos al mismo tiempo que los envidiamos.

Quisiéramos ser como ellos son, sin dejar de ser lo que nosotros somos.

Quisiéramos poseer la felicidad que ellos disfrutan, sin renunciar á la corrupción que á nosotros nos consume.

Madrid es un gran pueblo; es la suma total de todas las grandezas; en él se reune todo el dinero de España; en él se encuentran los hombres más ilustres en ciencias, en artes, en letras, en política; allí están los grandes oradores, los grandes generales, los hombres de Estado, los grandes escritores, los grandes de España.

En Madrid se sabe todo, se aprende todo, se discute todo, se enseña todo; la civilización está allí en su punto más alto.

Digámoslo con orgullo: Madrid es un pueblo

culto, es un pueblo sabio, es un gran pueblo.

¿Qué son, comparados con Madrid, estos humildes valles, estos pobres pueblos, estas solitarias montañas, estos escondidos caseríos?

Pues bien: ¡qué diferencia! Aquí atraviesa el viajero á pie y solo, en medio de la obscuridad de la noche, las continuas revueltas de los caminos que van de un pueblo á otro, con más seguridad, para su persona y para su dinero, que el vecino de Madrid que atraviesa la Puerta del Sol á las doce del día.

Aquí no es posible encontrar un coche que nos atropelle, ni un ratero que nos libre con mano maestra del peso del reloj, de la impertinencia del bolsillo, ó de la incomodidad del pañuelo.

En Madrid se necesitan diez llaves para cada puerta, dobles puertas para cada casa, un sereno para cada calle, dos guardias civiles para cada esquina.

Aquí las puertas no tienen llaves, el sereno no es más que un reloj que canta la hora, una especie de mueble de lujo; la Guardia civil, tan necesaria y tan útil en las calles de Madrid, es completamente inútil, absolutamente innecesaria, en estas calles y en estos caminos.

Esto es indudable; pero en cambio el atraso de estos pueblos hace insoportable la vida del hombre culto; no hay palacios, no hay salones, no hay garitos, no hay.... nada.

Aquí no hay donde perder el dinero, ni siquiera donde perder la salud: ¿qué digo? No hay hombres perdidos, ni mujeres que se pierdan.

Aún más : no hay manera de perder el tiempo.

Madrid, sumado, arroja á la deslumbrada vista del aritmético esta suma fastuosa:

¡Cuánto placer!

Estas montañas, estos valles, estos caseríos, estos pueblos, sumados con igual exactitud, dan esta pobre suma :

¡Cuánta virtud!

Ó, de otra manera:

Allí, ¡qué grandeza!

Aquí, ¡qué ignorancia!

Ó, mejor dicho :

Allí, ¡qué adelanto!

Aquí, ¡qué atraso!

Ellos se quedan, y nosotros nos vamos : nos vamos, porque en nosotros todo es fugitivo ; se quedan, porque en ellos todo es estable.

Y, ya que hablamos de idas y venidas, bueno es que se sepa que ya no es Napoleón el que viene á Zarauz á visitar á la Reina, sino la corte la que va á San Sebastián á recibir á Napoleón.

Media vuelta á la izquierda es lo mismo que media vuelta á la derecha, solamente que es todo lo contrario.

Esto no es más que un rasgo de política propiamente dicha ; se trata de un huésped, y la cortesía exige que salgamos á recibirle á la puerta de la casa, tanto más, cuanto que el que viene es un Emperador y la que va es una Reina.

Quizá ese paso hacia San Sebastián es á la vez

un acto de cortesía y una prenda de agradecimiento, porque, al fin, el Emperador ha tenido la munificencia de compadecernos, lamentándose con nuestro embajador de los continuos cambios de ministerios que se verifican en España.

Escribo estos renglones contemplando los mástiles de un viejo bergantín que está anclado en la ría.

En la punta del palo mayor se agita un gallardete rojo y amarillo.

Estos son los colores de la bandera española; que yo me explico así en estos momentos:

Amarillo de ira y rojo de vergüenza.

CINCO LEONES

I.

El circo de Price y el del Príncipe Alfonso van á luchar este verano como dos fieras que se disputan una presa. La presa que se van á disputar, ya saben Vds. que es ese enorme trozo de carne humana que se llama público.

De manera que nos encontramos como un hueso entre dos perros hambrientos.

El circo de Price se ha preparado á la lucha, armándose nada menos que con las diez formidables garras de cinco leones.

Él habrá dicho: «la cuestión es de fuerza; pues ajustemos una compañía de leones capaces de comerse el mundo»; y aquí está ya desafiando á su enemigo con toda una dinastía de reyes de la selva.

El león es el primer cazador de la tierra; de

manera que, bajo este punto de vista, el espectáculo va á ser curiosísimo.

Anticipándonos á los carteles, bien podemos anunciar la función, diciendo: «Deseando Mr. Price complacer á sus constantes favorecedores, no ha omitido gasto ni fatiga para aumentar el interés de sus funciones, y tiene dispuesto un espectáculo permanente, lleno de variados juegos y de grandes emociones. Este espectáculo se titula: *la caza del hombre por medio del león*».

Digamos, en honra de este saltimbanqui, que no se puede llevar más lejos el ejercicio gimnástico de devorar el dinero del público.

¿Quién tendrá valor para escaparse de las uñas de esta feroz emboscada? ¿Quién está seguro de no sentir en sus entrañas, esto es, en sus bolsillos, las corvas garras de estos formidables animales?

Tomando la cosa por otro lado, se ve que Mr. Price, apurado por el circo del Príncipe Alfonso, ha pedido socorro á las selvas, y han venido en su ayuda cinco leones. ¿Quién le tose ahora á Mr. Price? ¿Quién se atreverá á roncarle á un hombre que puede rugir por cinco bocas á la vez?

II.

En una jaula proporcionada al número y calidad de esta clase de pájaros, aparecen todas las noches con sus enormes garras y sus terribles dientes, con sus feroces miradas y sus profundos

rugidos, en medio de un público doblemente animado por la curiosidad y por el miedo.

El terror tiene tan gran atractivo, que mil ó dos mil personas acuden todas las noches al circo de Price, ansiosas de disfrutar por unos cuantos minutos el inmenso placer de aterrarse.

Hay una especie de gimnasia moral, que debe producir hondas y agradables sensaciones, y que consiste en tener el alma en un hilo.

De este hilo tira Mr. Price todas las noches por medio del salvaje mecanismo de sus cinco leones, para llenar su circo con todas esas almas.

No hay nada que incomode, que irrite tanto á los hombres, á las mujeres y á los niños como que los asusten.

¿Queréis tener un lance de honor con el más íntimo de vuestros amigos? Pues ocultaos una noche detrás de una esquina, esperadle, y al pasar dadle lo que se llama un susto, y maravilla será que á la mañana siguiente, ó aquella misma noche, ó en el acto mismo, no tengáis que mataros para dejar bien puesta la honra de ambos y destruído el susto.

¿Queréis que os aborrezca la mujer más tierna? Pues hacedle ver un día, cuando más descuidada esté, que asoma por la bocamanga de vuestra levita la cabeza de un ratón. Dará un grito, y poco será si no le da una convulsión, ó cuando menos un desmayo, si no tiene á la mano otro accidente más expresivo.

De cualquier modo, tened entendido que desde ese momento seréis á sus ojos todo un monstruo.

¿Queréis que los niños os aborrezcan, que deseen vuestra muerte, que se alegren de vuestras desgracias y que os miren de reojo? Pues asustadlos con cualquiera de esos mil modos que se han inventado para asustar á los niños.

Yo los he visto, en los brazos de sus madres y de sus nodrizas, rebelarse contra los halagos, contra las caricias, contra todo, resistiéndose al sueño con esa tenacidad perseverante que hasta ahora no se ha descubierto más que en las mujeres, en los niños y en la gota de agua que rompe la piedra.

Agotados todos los recursos, y sólo Dios sabe los que tiene una madre para dormir á su hijo, he visto muchas veces apelar al remedio heroico.

Un golpe repentino dado detrás de una puerta inmediata; una voz hueca y cómicamente pavorosa saliendo de una habitación próxima, el susto, en fin, bajo cualquier forma, ha hecho el milagro que no habían podido conseguir ni las caricias, ni los halagos, ni el sueño mismo, que sería más tenaz que las gotas de agua que taladran las piedras, si al mundo le faltara el doble encanto de los niños y de las mujeres.

Yo los he visto acurrucarse, esconderse en el regazo de sus madres, ahogar los sollozos, cerrar los ojos y dormirse de miedo.

Pues bien: los niños, las mujeres y los hombres acuden todas las noches al circo de Mr. Price

á aterrarse, por su dinero, ante el espectáculo de estos cinco leones que están haciendo furor.

El corazón humano es un saco lleno de contradicciones.

Los hombres, las mujeres y los niños van allí á comprar cada uno la parte de espanto que le corresponde de esta novedad del día.

Á las doce de la noche, es preciso salir del circo de Price perfectamente aterrados.

III.

Y, en honor de la verdad, el espectáculo es aterrador.

Ante los cinco leones encerrados en una jaula, el miedo no pasa de una conjetura que, empezando por la consideración de lo que le sucedería al que se viera metido en aquella leonera, pasa, invirtiéndose los términos, á la posibilidad de que fueran los leones los que, civilizados por su comunicación con los hombres y comprendiendo bien el espíritu del siglo, encontraran medio de protestar contra los hierros de la jaula, romper la cárcel que los aprisiona y hacerse libres.

El miedo, como se ve, no pasa hasta aqui de ser una hipótesis, por medio de la que cada uno lleva su terror á los términos que resultan de la discusión que consigo mismo entabla.

Mas, esto es sólo la preparación mental del espectáculo; es la idea que, por su natural veloci-

dad, se anticipa al hecho; es la imaginación, que nos asusta previamente, como si quisiera evitar que lo que sigue nos coja de susto.

Prevenido el ánimo por esas consideraciones, espera el término de la función con impaciente tranquilidad.

De pronto se aumenta el número de las fieras encerradas en la jaula: un nuevo león aparece entre los cinco leones. Este león tiene la barba larga, la piel bronceada, el vestido rojo y brillante: es un león que, en medio de la calle, cualquiera lo tomaría por un hombre.

Las previsiones del miedo son inútiles, pues apenas aparece dentro de la jaula esta sexta fiera, estalla entre la multitud un murmullo de horror, como si el caso que á su vista se ofrece fuera un suceso completamente imprevisto.

Entonces empieza una escena cada vez más terrible. El domador azota con su látigo los lomos de los leones, que se encogen, y rugen, y saltan á su alrededor, formando una danza verdaderamente infernal.

Esto dura cinco minutos.

Tal es el espectáculo por medio del que Mr. Price ha puesto á contribución ese artículo de primera necesidad que se llama moda.

Nuestros placeres han sufrido también su revolución, y estamos ya en el período en que es necesario el sistema del terror.

El hombre no se toma ya el trabajo de asistir á

los espectáculos públicos por la insulsa complacencia de divertirse; su corazón necesita emociones fuertes, y sólo acude adonde pueda aterrarse.

Estamos en el romanticismo de los espectáculos públicos. Aquellos dramas en que moría hasta el apuntador, tuvieron boga mientras no se averiguó que todo ello era pura farsa, y que el montón de cadáveres que dejaba tras sí cada una de aquellas obras, se levantaban muy tranquilamente detrás del telón, y continuaban viviendo como si tal cosa.

Este descubrimiento había de acabar naturalmente con el pavoroso interés de aquella literatura de puñal y veneno, y el drama romántico acabó.

Pero, aficionados á divertirnos en el teatro con la ficción de terribles luchas entre fieras humanas, empezamos á sentir un vacío, que no llenaban ni los más trágicos accidentes de las corridas de toros.

Era preciso inventar un nuevo espectáculo, capaz de conmovernos profundamente, sin que fuera una farsa, pues ya no estábamos en el caso de dejarnos comulgar con ruedas de molino.

IV.

En este estado, poco más ó menos, se ocurrió el gran proyecto de las luchas de fieras, y España se despobló para acudir á este foco de civilización, á ver cómo, en medio de la plaza de toros de esta culta capital, se las componía un toro de Veragua con un tigre de Bengala.

La prueba salió mal, porque el tigre, que no había aprendido tauromaquia, prefirió dejarse matar por el toro á servir de diversión á los espectadores.

Entonces la fiera que estaba fuera del circo, se indignó de tal manera, que, acometiendo furiosamente á la plaza, no la dejó asiento sano.

Este hecho, memorable en los fastos de las barbaridades de este siglo civilizado, hizo pensar seriamente á los filósofos en la necesidad de no engañar al público dándole gato por tigre, y se abandonaron las fieras para echar mano del hombre.

Aquí empieza esa serie de espectáculos, conocida en el mundo moderno con los nombres de la *escalera aérea*, el *salto mortal*, la *percha maravillosa*, los *doce trapecios*, etc., etc., en que el hombre, la mujer ó el niño que ejecuta el admirable ejercicio, está, por espacio de media hora, constantemente expuesto á romperse el bautismo en presencia de un público entusiasmado y atónito.

En esto no hay nada de farsa; y habríamos llegado ya al complemento de nuestra civilización, si hubiéramos podido traer de la civilizada Inglaterra, ó de los envidiables Estados Unidos, el gran espectáculo filosófico, moral y bursátil de los tiempos presentes.

Ese espectáculo en que dos *yankees* ó dos ingleses se desuellan vivos á puñada limpia.

Pero todavía no hemos encontrado en España dos hombres que quieran deshacerse el cuerpo á pu-

ñada limpia, en medio de un gran concurso de espectadores que se juegan su dinero á la puñada más tremenda ó á la coz más formidable. Juego en el que el concurso, dividido en dos bandos, desea recíprocamente la muerte, ya de uno, ya de otro, con el afán que los ingleses de Europa y de América desean las cosas cuando hay por medio unas cuantas guineas.

He aquí nuestro verdadero atraso; mas debemos consolarnos, porque, según el camino que esto lleva, todo se andará.

Ahora estamos en los leones; pronto llegaremos á los ingleses.

SABER MORIR

I.

Todos los que son ó se consideran inteligentes, han decidido casi por unanimidad que la señorita Civili es una actriz que sabe morir admirablemente.

Respecto á los demás puntos concernientes al mérito y cualidades artísticas de esta bella italiana, cada uno sale por su registro. Hay quien la pone en las nubes, hay quien la baja á lo más hondo del suelo, y hay, en fin, quien pretende dividirla en dos mitades, para declararla, á un mismo tiempo, inimitable é insufrible.

La Civili, pues, es un problema que cada cual resuelve á su gusto, quedando, por consiguiente, sin solución.

Con estos antecedentes, los que se encuentren á bastante distancia de Madrid y no puedan acer-

carse buenamente al teatro del Príncipe y cerciorarse, por el testimonio de sus propios sentidos, del mérito artístico de la señorita Civili, están condenados á no saber á qué carta quedarse, y, por lo tanto, á ignorar si esta actriz es todo un demonio, ó simplemente una mujer, ó algo más que un ángel.

Y he aquí nada menos que á la reina del mundo, á la opinión pública, rompiéndose la cabeza contra la esquina de todos los periódicos, y dando palos de ciego en asunto de tamaña importancia.

Pero, sea como quiera, en este particular hay, al fin y al cabo, un punto en que todos los pareceres están conformes. La Civili sabe morir.

Esto tiene dos sentidos.

Por una parte, es saber tanto como cualquiera, porque no hay nadie que no sepa morirse con toda la perfección necesaria para quedar perfectamente muerto.

Y, vean Vds. lo que son las cosas: si no supiéramos morir, llegaríamos á ser eternos, y resultaría el absurdo de que la ignorancia viniera á ser el camino de la inmortalidad.

¡Saber morir! ¿Dónde hemos adquirido este terrible conocimiento? ¿Quién nos ha enseñado á doblar la cabeza y á cerrar los ojos para siempre? ¿Qué arte nos ha dicho á todos: «así se muere»? ¿Qué ciencia nos ha descubierto el secreto profundo, por medio del cual todos sabemos morir?

La Civili, bajo este punto de vista, no se distingue absolutamente en nada de los demás mor-

tales; su genio no la levanta ni una línea siquiera de las demás mujeres; no pasa de ser una simple mortal; muere como un árbol que se seca, como una luz que se apaga, como un perro que acaba, como un hombre que espira.

Pero no es esto: la Civili lo que sabe es fingir la muerte; sabe tejer el artificio de una enfermedad; sabe retratar todas las angustias de la agonía; sabe, en fin, desplomarse sobre la escena como un cadáver.

¿Y esto es verdaderamente un mérito extraordinario? Vamos á verlo.

II.

La Civili es mujer; nadie se atreverá á poner en duda esta afirmación. Estamos en el principio del verano, esto es, en la estación de los viajes de recreo, en la época precisamente de las expediciones de buen gusto, de las correrías de buen tono. Esto me parece tan innegable como que la Civili es mujer.

Ahora bien: elegid á la más vulgar de esas actrices que diariamente representan la comedia del lujo y de la moda en el teatro del gran mundo, y decidle que vuestro bolsillo ha menguado como la luna; que vuestros negocios están hechos un lío; que los baños pueden ahogaros; que un viaje puede arruinaros; en fin, que es preciso quedarse en Madrid, ó tronar. Pues tronaréis, porque inmediatamente veréis desplegarse como una nube la som-

bra de la enfermedad más oportuna, acompañada de esos inagotables torrentes de lágrimas que las mujeres guardan, no se sabe dónde, para poner á los hombres con el agua al cuello.

Veréis sobre el bello semblante la palidez incontestable de una oculta dolencia; veréis cómo se enturbia la mirada de la mujer que sabe estar enferma; escucharéis la tos más pertinaz que ha conocido el pecho humano; sorprenderéis estremecimientos nerviosos inútilmente comprimidos, y acabará por desplegarse, ante vuestros ojos asustados, todo el lujo de las convulsiones conocidas, con perfiles y pormenores que la ciencia no ha podido apreciar bien todavía.

Veréis, en fin, á la muerte, invadir poco á poco á aquella hermosa criatura, llena de salud ocho días antes.

Llamaréis al médico, y el médico vendrá, consultará el pulso de la enferma, y lo encontrará nervioso, desigual, extraño, y arrugará las cejas, indagará todos los pormenores, estudiará atentamente el cuadro de síntomas, y os declarará formalmente que allí hay algo.

Lleno de zozobra, preguntaréis: «¿Es grave?» Y el médico, lleno de ciencia, os contestará: «¡Quién sabe!»

Á los dos días de observación científica, el médico, con todos los rodeos necesarios y las salvedades del caso, os declarará que la enfermedad es ésta, ó aquélla, ó la otra, ó la de más allá.

Hay varias medicinas con que acudir al socorro de aquella pobre moribunda; pero nada puede ser tan eficaz como los aires de este punto ó las aguas de este otro, ó los baños de una parte ó de otra.

¡Qué se ha de hacer! La salud es antes que todo.

III.

La Civili no llega á tanto. Impresiona por un momento al público que la ve y la aplaude, pero nadie cree su muerte; todo el mundo está en el secreto, todo el mundo sabe que aquello no es más que una bella mentira.

La actriz del gran teatro, del gran mundo, es muy superior: engaña á su padre, ó á su marido, ó á su amante; finge una enfermedad, ante la que la ciencia se quita el sombrero, y el médico receta.

La superioridad del genio se destaca incontestablemente en favor de la última: la primera lo hace por un aplauso; la segunda, por un capricho.

Sabiendo enfermar, sabiendo morir, la Civili no hace nada que no sepa hacer la actriz más vulgar del gran mundo.

He aquí á lo que queda reducido el mérito de saber morir, que todos unánimemente concedemos á la actriz italiana. Muere bien, muy bien; no se puede morir con más perfección sobre las tablas de la escena y bajo el cielo de las bambalinas; pero, digámoslo en nombre de la justicia: en los salones hay quien sabe ponerse á morir mucho mejor.

UN CASTILLO EN EL AIRE

UNA de aquellas tres probabilidades con que contábamos para la construcción del teatro Nacional, ha fracasado, porque ahora resulta que el solar de las Vallecas, sobre el que habíamos tenido la inocencia de tirar nuestras líneas, con la misma facilidad que hubiéramos podido deslizarlas por la dócil superficie de un plano inclinado, es incapaz para el caso.

Bien medido, este solar, que habíamos sumado con otras cantidades para obtener el total líquido del teatro, nos acaba de decir, por conducto de los arquitectos, que la idea es tan grande, que no cabe en aquel sitio.

Hétenos aquí, obligados por la estrechez del solar, á irnos á otra parte con la música del teatro.

Nuestro proyecto, por consiguiente, no teniendo

un palmo de tierra donde poner el pie, se ha de resignar por fuerza á ser uno de los grandes prodigios de la arquitectura moderna: esto es, un castillo en el aire.

Bien examinado el caso, nos encontramos conque nuestro proyecto ha sido plantado en medio del arroyo, ó, lo que es enteramente igual, se le ha enviado á paseo.

Este proyecto es ya un vago más añadido á los innumerables vagos que se pasean por Madrid, quedando la comisión como el verdadero solar del teatro.

Las comisiones suelen ser, mejor dicho, son siempre las sepulturas donde se encierran los proyectos. Cuatro nada menos se han perdido en el laberinto de la comisión nombrada con el fin de que examine los proyectos que se presenten para la construcción de una biblioteca nacional. Seis años hace que fué sepultado en el seno de una alta comisión el gran pensamiento de una catedral.

Aunque, por el orden establecido en los tiempos presentes, el teatro va naturalmente delante de la biblioteca y de la catedral, una vez confiado al celo y á la actividad de una comisión, será eternamente proyecto, como el de la catedral y el de la biblioteca.

LA COMISIÓN

---

omisión es una palabra castellana, cuya verdadera significación sólo se encuentra traduciéndola al latín, pues así es cómo se percibe todo lo fúnebre de su sentido.

Decir comisión, equivale á decir: *requiescat in pace.*

Entregar un proyecto á una comisión, es lo mismo que echarle tierra, es tanto como ponerle una cruz.

En la puerta de la casa, del salón ó del gabinete donde digan que se reune una comisión, debe escribirse: «Aquí yace este ó el otro proyecto».

Sin duda los proyectos grandes y útiles han caído en la cuenta de que no deben ir tan á escape como vamos nosotros, y han sugerido la idea de las comisiones para poder dormir á pierna suelta.

Probablemente habrá cierto fondo de prudencia

en este propósito vago y superficial de los proyectos, porque, averiguado que en los tiempos corrientes nada bueno se hace bien, por lo atropellados que caminamos; no llegando á hacerse nunca las cosas buenas, es absolutamente imposible que puedan hacerse mal.

Esto es lo que resulta, aplicando la filosofía de la historia á las comisiones.

Claro es que, siguiendo el curso precipitado de la carrera que hemos emprendido, el proyecto del teatro, lo mismo que el de la biblioteca y que el de la catedral, nos los dejaremos á la espalda como señales, para que los que vengan detrás de nosotros puedan decir con toda certidumbre: «Por aquí pasaron aquellos».

LOS HEREDEROS

DE NUESTROS NIETOS

Y aquí se me ocurre la duda de si las futuras generaciones vendrán detrás de nosotros ó irán delante; porque yo no sé aún, á punto cierto, si, en el orden de cosas establecido, voy yo detrás de mi padre, ó es mi padre el que viene detrás de mí.

Convendrá mucho aclarar esta duda, para que sepamos de una vez dónde está la cabeza y dónde está la cola de esta procesión; de otro modo, nos encontramos perplejos, sin saber qué decidir entre los dos extremos de una cuestión que no tiene salida; esto es, que no tiene término medio.

Averígüese, pues, si procedemos de nuestros abuelos, ó, por el contrario, venimos derechamente de nuestros nietos. Y entiéndase que esta es una gran cuestión de orden público, de sucesión y de progreso.

Algo debe haber en favor de la idea de que pro-

cedemos de nuestros nietos, pues nos hemos declarado sus herederos, y estamos derrochando con la mayor tranquilidad toda la riqueza futura que podemos alcanzar con las largas manos del crédito.

De las generaciones que vienen, hemos hecho, digámoslo así, nuestros prestamistas, y tomamos de sus cajas, con toda libertad, millones y millones, seguros de que la deuda que nosotros levantamos, son ellos los que la llevarán sobre sus hombros.

Un estadista sabio y curioso, y español por más señas, reuniendo todas las noticias y datos necesarios, los ha sujetado al tormento inquisitorial de una operación aritmética, obligándolos á cantar de plano; y le han dicho, sin encargarle el secreto, razón por la cual yo puedo repetirlo, que la riqueza actual del mundo civilizado viene á estar en esta proporción: por cada real de vellón en efectivo, hay...., poca cosa, ocho millones de reales y pico en papel.

Parece que no se puede pedir más; pero, desengáñense Vds., que tod avía seguiremos pidiendo.

Antes, el mayorazgo derrochador, y aún sucederá probablemente lo mismo, firmaba *pagarés,* cuyo vencimiento aplazaba hasta la fecha de la muerte de su padre, época en que había de entrar de lleno en el goce de la herencia. Su garantía, pues, ante el usurero, era la muerte de su padre.

Nosotros hemos aprovechado el mismo procedimiento, haciéndolo universal é invirtiendo el orden de los términos. Esos hijos hacían la opera-

ción sobre la sepultura de sus padres; nosotros la hacemos sobre la cuna de nuestros nietos. Antes, la cosa era particular, yendo de hijos á padres; ahora, se ha hecho general, y va de hijos á nietos; antes, eso era un despilfarro y una inmoralidad; ahora, esto es ciencia y economía.

En honor de la verdad, aquel hijo era á la vez infame y tonto; infame, porque negociaba con el cadáver de su padre, y tonto, porque al fin él era el que tenía que pagar el capital y los intereses. Pero nosotros hemos atado mejor los cabos, y no somos ni tontos ni infames.

No somos tontos, porque realizamos la operación dejando á nuestros nietos el compromiso de pagar la deuda; y no somos infames, porque giramos contra las cajas de una generación que todavía no ha nacido. ¿Qué daño se le puede hacer en esta vida al que aún no está en ella?

Véase cómo, siguiendo el orden moderno establecido para esta herencia universal, nos encontramos casi con un orden de sucesión enteramente nuevo, viniendo, por la acción lógica é inevitable de las cosas, á ser nuestros nietos poco menos que nuestros ascendientes.

Mas todo esto puede ser el resultado natural de la velocidad con que marchamos; pues, empujados por la fuerza irresistible de nuestro propio impulso, vamos tomando dinero y dejando proyectos.

No tenemos tiempo para otra cosa.

Vamos á escape, vivimos huyendo, como si

fuéramos criminales perseguidos que intentáramos librarnos de la justicia de la vida.

Nuestros relojes van siempre adelantados, como si quisieran darnos tiempo para todo; pero, ¡cosa singular!, nosotros no tenemos tiempo para nada.

Conforme vamos adelantando, el curso del tiempo va siendo más rápido; por eso son tan breves los últimos años de la vida, tan fugitivos los días, tan cortas las noches.

Estamos siempre tan de prisa, que no tenemos tiempo para pensar las cosas que hacemos, y así salen ellas.

Este correr en que estamos empeñados, como en la casa de un prestamista la única alhaja de un pobre, es un modo abreviado de vivir que nosotros hemos descubierto, ¡pásmese el mundo!, para inmortalizarnos.

Los caminos de hierro acortan las distancias, y nosotros hemos acortado la vida.

Digan lo que quieran las fechas que trazamos al pie de lo que escribimos, como el testigo presencial del momento en que lo hacemos, la verdad es que tal *hoy* no existe, pues no hay hombre que á estas horas no esté viviendo en el día de *mañana*.

Ya estamos en ese punto desde el cual la rapidez de la carrera nos pone en el caso de empezar á vernos las espaldas.

¡¡¡ !!!

QUERRÁN Vds. creer que anoche fueron sorprendidas en la calle más principal de Madrid tres ó cuatro casas de juego?

¡Admirémonos, pensando cómo debieron admirarse estos garitos al verse sorprendidos por los agentes de la autoridad!

Treinta ó cuarenta tahures con la boca abierta, sorprendidos, admirados de encontrarse, al volver la baraja, con la autoridad en la puerta, es un cuadro igual, por el asombro, al mismo Pasmo de Sicilia.

No se rían los espíritus elevados, que han tomado esas alturas desde las cuales todo se ve, porque este juego no podía ser visto.

En el orden de las cosas futuras, ésta no tenía casilla; los mismos que pasan su vida viéndolas venir, están ahí con la boca abierta, dando testimonio de que no esperaban semejante sorpresa.

Esa carta estaba fuera de la baraja.

Para comprender el asombro de los circunstantes, al ver aparecer en medio del garito la figura de la autoridad, es preciso imaginarse un hecho inverosímil, pintado con los colores de la realidad.

Nada de extraño habría, ninguna novedad encontraríamos en que hubieran sido los garitos los que hubieran sorprendido á la autoridad.

Hay casos, hay muchos casos en que la autoridad, entrando en una casa tras la averiguación de un delito ó en busca de un criminal, se ha encontrado sorprendida con el espectáculo del juego; pero el garito sorprendido por la autoridad, es admirable por lo absurdo.

Á los que vivimos aquí, nos parece increíble. Cuando la noticia llegue á oídos de los que no tienen idea de lo que son los garitos de Madrid, tomarán el caso al pie de la letra.

Supondrán que los tahures, encerrados en el sótano de alguna casa cuya discreta apariencia no descubre nada de lo que pasa dentro, tomadas todas las precauciones contra la sospecha, dispuestas las cosas de modo que la evasión sea fácil, se han visto, á pesar de todo esto, sorprendidos, con las manos en la masa, por los ojos de la autoridad.

El infeliz que esto crea, se equivoca; los garitos hace mucho tiempo que, digámoslo así, se pasean por la población con libertad completa.

Las casas de juego se ostentan como los cafés,

como las fondas, como cualquiera de los establecimientos públicos de que Madrid está lleno.

Viven con las puertas abiertas de día y de noche; los jugadores entran y salen como Pedro por su casa; el ruído del dinero asoma de vez en cuando á los balcones, y llega hasta sonar en los oídos de transeunte.

Ese transeunte es á menudo la autoridad misma.

La luz que alumbra el tapete, se escapa todas las noches por entre las persianas de los balcones, y se refleja en la pared de enfrente como un letrero que dice: «Allí se juega».

Decir que ha sido sorprendida una casa de juego, es tanto como suponer que se ha sorprendido al guardacantón que impide la entrada de los coches en la calle de Sevilla.

Equivale á decir que se ha descubierto que el alumbrado de gas, contratado por el ayuntamiento para que los vecinos vean de noche las calles por donde pasan, no alumbra.

Es lo mismo que si se dijera:

Ayer fueron sorprendidos por la autoridad dos ó tres ó cuatro teatros, cuyas funciones estaban anunciadas desde por la mañana.

¿No debemos admirarnos de esta sorpresa?

Además, deben ocurrirse otras muchas reflexiones, para que nuestra admiración llegue á su colmo.

La primera que debe presentarse es esta:

¿Cómo la autoridad, que de suyo ha de ser grave y seria, se mete en una casa é interviene de

una manera inmediata y activa en un asunto de puro juego?

Por otra parte, ¿de qué se trata? Examinémoslo con imparcialidad y con mesura.

Se trata de unos cuantos hombres que alrededor de una mesa se comunican sus pensamientos y sus intereses por medio de unas cuantas cartas que van y vienen, y traen y llevan, y en cada una de las que hay siempre una letra en favor ó en contra, y generalmente á la vista.

¿Qué se diría, si la autoridad, asaltando una mañana la casa de correos, penetrara en sus oficinas y violara el secreto de la correspondencia pública?

¿Cómo, pues, se ha permitido detener el curso de esta correspondencia particular?

¡Sorprender una casa de juego! Mi asombro es más grande que si me hubieran dicho: ayer fué sorprendida la Bolsa.

Y digo más grande, porque la bolsa se ve varias veces sorprendida en el bolsillo del que atraviesa ciertas calles de Madrid á las altas horas de la noche.

¡Sorprendido un garito! ¡Ah! Eso no puede ser más que un juego de palabras.

LA MULTITUD

I.

CONTINÚAN las corridas de toros en el teatro Real, ó, mejor dicho, las butacas, los palcos y todas las localidades de abajo y de arriba del teatro de la plaza de Oriente se han transformado en los tendidos de la plaza de toros.

Ya sé yo que, poco más ó menos, el público es siempre el mismo; pero suele tener cierta semejanza con los cuerpos líquidos, en virtud de que toma la figura de la vasija en que se deposita.

Por eso no parecía extraño que, al mismo tiempo que era por la tarde un público escandaloso y feroz en la plaza de toros, apareciera culto y decente por la noche en el teatro Real.

En el orden de las cosas, parecía esto natural y lógico, porque cada espectáculo necesita un público propio y á propósito.

Una mesa redonda, por ejemplo, sobre la que

hay una baraja, llama necesariamente alrededor de su circunferencia á un público, digámoslo así, particular, en el que cada individuo busca la llave del bolsillo ajeno en cualquiera de los naipes que forman el conjunto de la baraja.

No hay derecho para exigir á esta reunión de seres humanos ninguna de esas condiciones y circunstancias que se exigen á los hombres en la comunicación ordinaria en que todos estamos obligados á vivir.

Jugador es una palabra, es un nombre que el Diccionario definirá como quiera, pero que su verdadero sentido será siempre el mismo.

Jugador, es el hombre que no tiene nada que perder.

Por más vueltas que se le dé al asunto, y ya sea en el salón de un palacio ó en el desván de una buhardilla, donde quiera que se coloque esa mesa y esa baraja, surge inmediatamente el garito.

Esto es claro para todo el que haya llegado á comprender que el garito está en la baraja, como el ratero está en la ganzúa, como el pensamiento está en la palabra.

Pero acontece que, desde el momento en que el jugador abandona la mesa del juego, suele convertirse en otro hombre.

Parece como que, al cambiar de sitio, cambia de ser.

Viene á ser como una traducción que hace de sí mismo, conservando el fondo y variando la forma.

Esta transformación convierte muy á menudo al tahur en caballero, y aun me atrevo á decir que al jugador en hombre.

Así, el público es según donde está.

Público es la reunión de gente que forma la sociedad de las plazuelas, pues no hay razón ninguna para que se le prive de ese nombre respetable.

Pues bien: elevad ese público al salón de un teatro, y lo veréis inmediatamente cambiar de aspecto.

Es cuestión de forma.

Si os parece que es más difícil subir que bajar, subvertid el orden del experimento.

Colocad en una plazuela al público de un salón, y observaréis el mismo fenómeno en sentido contrario.

Ya sabéis que media vuelta á la derecha es lo mismo que media vuelta á la izquierda, sin perjuicio de ser entre sí dos actos opuestos.

Si lo que estoy demostrando no fuera una verdad evidente, habría en el orden humano una inmensa injusticia.

El hombre se vería condenado á una prisión perpetua, y viviría constantemente encerrado dentro del estrecho calabozo de su propio ser, viéndose tan poderosamente sujeto al trabajo forzado de ser siempre el mismo.

Habría, además, una paralización completa de todos los miembros del cuerpo social, en que cada

individuo vería cerrado el paso por todas partes, y renunciaría á todo movimiento, como el hilo preso en la cárcel de la urdimbre.

II.

Días atrás, anduvimos buscando al público por los rincones de Madrid, sin poder encontrarlo; pero hoy podemos decir con toda seguridad: «Ya pareció aquello».

El público, tal y como Dios lo ha hecho, queriendo sin duda dar un testimonio auténtico de su existencia, y no pudiendo, por lo visto, decir, como Descartes: «Yo pienso, luego existo», ha formulado su prueba por medio de una soberana barbaridad.

Todo espectáculo requiere un teatro donde desenvolverse, y cuando el público determina hacer alguna de las suyas, no ha de ser menos que el último de los autores dramáticos, ni menos que cualquier saltimbanco, y eligió, para que la función fuera más lucida, el mejor de los teatros.

La acción del espectáculo merecía indudablemente que hubiera sido ejecutada en la espaciosa circunferencia de la plaza de toros; pero, á falta de este teatro, único digno de la grandeza del suceso, se eligió para la fiesta el teatro Real.

La empresa de este teatro ignoraba, sin duda, que el domingo en la noche el público se había encargado de dar la función, y tuvo la imprudencia de anunciar, por medio de los carteles, la ópera en cua-

tro actos del maestro Verdi, titulada *Rigoletto;* como si una empresa, por grandes que sean los sacrificios que haga en obsequio del arte y de la escena, tuviese derecho á dar función ninguna, cuando es el público el que quiere darla.

Había aquí, cuando menos, una usurpación de potestad, porque el teatro, échese por donde se quiera, es del público, excepto en los casos en que no hay empresa que lo abra, pues entonces no es más que un edificio que pertenece al dominio particular: una casa desalquilada.

Ciertamente, el empresario adquiere el peligroso derecho de dar funciones teatrales á costa de grandes desembolsos y en cambio de inmensos compromisos, resultando un contrato, en el que la empresa se compromete á todo, sin que el público se obligue á nada.

Muchas veces, esta especulación queda reducida á abrir de par en par los balcones de la casa, y arrojar á la calle las tres cosas que el hombre más estima: su estimación, su salud y su dinero.

Mas el público adquiere el derecho de disponer, á su antojo, de la salud, de la estimación y del dinero de la empresa, en cambio de unos cuantos reales, en virtud de los que se hace dueño absoluto del teatro, decidiendo siempre, con esa equidad y con esa justicia con que han fallado siempre las partes interesadas cuando han podido erigirse en jueces.

Con la razón suprema con que el rey de los

animales decidió el litigio de aquella caza memorable de que nos dejó noticia Esopo.

El empresario del teatro Real procedió, pues, con evidente ligereza, disponiendo del local en una noche en que el público iba dispuesto á poner en escena la obra más ruidosa de su conocido repertorio.

El público es un resultado, una suma, una masa, que se realiza, como todo conjunto, perdiendo cada una de las partes que la componen, su modo de ser particular, sus circunstancias, digámoslo así, individuales; desapareciendo la parte en el todo, como el real desaparece en el duro, como la gota de agua se pierde en el mar.

De aquí el que, contribuyendo á ese conjunto que se llama público una colección más ó menos numerosa de seres racionales, dé por resultado una masa, cuyos actos son casi siempre irracionales.

Cuando esta masa tiene una cabeza que la dirija, una voluntad que la mande, una razón que la ordene, da por resultado un ejército, con el que se llevan á cabo empresas gloriosas ó empresas infames.

Cuando esa masa tiene un gobierno que la ordene, una religión que la ilumine, una moral que la obligue, da por resultado un pueblo.

La multitud, por sí misma, y abandonada á sí propia, no es más que la fuerza, y ni aun eso; porque muchas veces no es más que la apariencia de la fuerza.

Llenad un teatro, ó un templo, con esa multitud que se llama público, y gritad de repente «¡Fuego!», y veréis á ese conjunto de seres racionales lanzarse á las puertas y despedazarse con brutal empeño, obstinado en que un elefante pase por el ojo de una aguja.

Ella misma se cierra la puerta por donde quiere huir del incendio.

Esto sucede siempre, porque la multitud no discurre nunca, y está, por lo tanto, dispensada de todo sentido común.

Individualmente, no veréis á nadie que se obstine en entrar en una casa por el agujero de la cerradura; pero toda multitud se despedazará mil veces, antes que convencerse de que cien personas no pueden salir al mismo tiempo por el espacio de una puerta en que sólo caben cuatro.

Tal es esa masa humana que llamamos público, y este público fué el domingo último el dueño del teatro Real.

Comenzó la ópera, y pasó el primer acto, sin que ese soberano sin cabeza hiciera demostración alguna de su soberanía; pero, cayó el telón, y apareció en el escenario un hombre, ese hombre sobre el que descarga siempre el público los rayos de sus silbidos.

Este hombre, perpetuamente silbado, anunció que la Rey-Balla se había indispuesto repentinamente, y que la función no podía continuarse.

En este momento fué cuando el público dijo:

«Aquí estoy yo», y comenzó la función, que parecía muy bien ensayada, por la perfección con que fué puesta en escena.

La indignación pública estalló en una tempestad de voces, de murmullos, de gritos y de silbidos.

Aquel tumulto, doblemos la cabeza, era un acto de justicia.

¿Acaso la empresa de un teatro puede tener la salud de un cantante á disposición de la primera enfermedad que se le ocurra apoderarse de ella?

Además, ¿cómo se atreve la empresa á anunciar una función, convocando á un público que se toma la molestia de ir al teatro, sin enterarse antes de si hay ó no algún accidente repentino que en la hora crítica invada la salud de la *prima donna* y haga imposible el espectáculo?

¿Puede darse un motivo más justo de indignación?

¿Hay razón en el mundo para llevar al público al teatro, y hacerle oir *de balde* un acto de una ópera, sin más motivo que la causa vulgar de una enfermedad repentina?

Es cierto que en aquellos instantes era absolutamente imposible preparar otra función que sustituyera á la anunciada.

Es verdad que, no pudiéndose hacer eso, la empresa perdía todo el dinero que el público recobraba; pero, á la multitud, ¿qué le importaba eso?

¿Acaso el público ha contraído con alguien la obligación de respetar algo?

¿Dónde está la escritura en que, por sí, ó por medio de otro, se haya comprometido jamás á discernir la razón de las cosas?

Por ventura, ¿sería público, si no pudiera atropellar todo lo que se pone delante de su capricho ó de su instinto?

¿Y qué es una empresa ante un público?

O, de otro modo:

¿Qué es la razón ante la fuerza?

OPORTUNIDAD.

No se puede decir que España es una nación en la cual se atan los perros con longanizas, porque ni disponemos de los grandes tesoros que proporciona á la vieja Inglaterra su feudalismo mercantil, ni tenemos á la mano el pingüe mayorazgo del Imperio en que está vinculada la hermosa Francia.

Es verdad que, en nuestra pobreza, no podemos disfrutar el fastuoso beneficio de las grandes miserias que se agitan en medio de la gran civilización de esas dos grandes naciones....

Aquí, por un atraso vergonzoso, conservamos aún los pobres, para los que, digámoslo con cierta pena, todavía bastan los hospitales, las casas de misericordia, los hospicios y todos los asilos de caridad, que nuestros atrasados abuelos nos dejaron como una pía memoria.

Pero no debemos afligirnos, porque la fórmula

substancial del progreso es esta: «Todo se andará».

Todavía no hemos podido recurrir á la fastuosa necesidad de abrir en nuestro presupuesto de gastos el gran capítulo del hambre pública; todavía estamos detenidos en la pobreza de la caridad, sin haber podido llegar á desenvolver los grandes recursos de la filantropía.

Aún no hay en España un millón de obreros que, lanzándose á la calle como una inundación, pongan el grito en el gobierno, pidiendo trabajo, ó, lo que es lo mismo, pidiendo jornal.

Jornal es una palabra cuyo sentido ha alcanzado cierta extensión: antes no pasaba de ser una cantidad diaria con que podía vivir una familia; pero por el engrandecimiento natural que han adquirido todas las cosas en esta grande época, el jornal es una suma que, no sólo comprende el valor de todas las necesidades de la vida, sino el importe de todos los vicios del mundo.

El pobre quiere tener también su prosperidad; quiere tener también su fausto; quiere, digámoslo así, corresponder al espíritu de su tiempo, siendo millonario en pequeño.

No le bastan, y esto es natural, una comida sana, una cama limpia; quiere tabaco, quiere café, quiere billar, quiere banquetes, quiere queridas, quiere todos los placeres de la civilización, porque, es claro, quiere vivir en su tiempo.

Pero se encuentra con un enemigo formidable, inflexible, que se llama capital.

El capital y el trabajo se encuentran frente á frente, empujados por una misma necesidad.

Para el capitalista, nada es bastante.

Para el obrero, todo es poco.

El capital tiene derecho á la ganancia.

El hombre tiene derecho al trabajo.

Estos dos derechos se encuentran y luchan: toda máquina que le ahorre al capital el trabajo de cien hombres, es un robo hecho á cien obreros; todo jornal que se pague, pudiéndolo ahorrar una máquina, es un robo que se hace al capital.

Eso es mi sudor, dice el trabajo.

Ese es mi dinero, dice el capital.

¿Quién pone límites á la creciente insaciabilidad de los capitales? ¿Quién contiene las necesidades crecientes de los obreros?

¿Quién no tiene derecho á ganar mucho? ¿Quién no quiere ganar más?

Estos dos llamados derechos no se limitan, antes por el contrario, se invaden, y no hay manera económica de armonizarlos, ni ley humana que los regule.

Por eso la vieja Inglaterra ha apelado al expediente de subvencionar su gran miseria, como si quisiera perpetuarla; tiene su ley de pobres.

Por eso la joven Francia ha recurrido al expediente de adular al trabajo, bajo la forma de un bolsillo perpetuamente abierto sobre millares de cabezas de jornaleros.

El día que la ley de pobres no alcance á toda la

extensión de la miseria que crece en la vieja Inglaterra, reventará como una caldera hirviente en que el vapor no tiene salida.

El día que la nube del Imperio no pueda derramar sobre la mesa de sus obreros, creciente en número y en necesidades, su lluvia de oro, Francia reventará como Inglaterra.

Esto se ve con poco que se mire; pero ¿no son dos grandes pueblos, dos grandes naciones, dos grandes Estados?

Nosotros no hemos podido llegar todavía á semejantes grandezas; aún en España se entienden el capital y el trabajo; todavía el obrero tiene bastantes virtudes para no necesitar la mina inagotable de un jornal creciente; aún el capital es bastante humano para no ejercer en todo su imperio la crueldad de la ganancia; todavía el pobre puede vivir aquí de la caridad del rico; aún, en fin, no hemos llegado á esa formidable prosperidad, que es en la historia de todos los pueblos la víspera del dia de las grandes ruínas.

Confesémoslo ingenuamente: somos pobres, pero, ya lo hemos dicho, todo se andará; estamos indudablemente en el camino, vamos detrás, pero al fin vamos.

Nuestro lujo crece, nuestros pobres se multiplican, nuestra deuda se aumenta, y nos es imposible vivir con lo que tenemos; el capital empieza á tener la sed insaciable de la ganancia; el trabajo empieza á sentir la sed ardiente del dinero.

Más: he aquí el grito que empieza á salir de todas las bocas. *Menos:* he ahí la voz que empieza á salir de todas las cosas.

Hemos comenzado á engrandecernos; la medida de este engrandecimiento, dirán algunos que es terrible; pero yo digo que es exacta.

Hemos crecido tanto, que empezamos á no caber dentro de nosotros mismos.

Sumad lo que hay, y ved lo que falta; la diferencia es la medida de lo que nos hemos engrandecido.

Es una cuenta trivial, pero profunda; es la simple comparación entre lo que hay y lo que se necesita; la diferencia entre lo que tenemos y lo que gastamos.

¡Oh absurdo sublime, concebido en las entrañas de la misma lógica! Todo lo que tenemos de menos, es precisamente lo que tenemos de más.

Somos pobres; pero ¡ah! en cambio no queremos serlo; nuestra riqueza es pequeña; pero, ¡Dios mío! ¿por qué no ha de ser grande nuestro lujo?

¿Hay poco dinero? Pues bien: añadámosle mucho fausto, y la cuenta es redonda.

No es España tampoco un país del cual pueda decirse que está ciegamente enamorado de las letras y de las artes, y, sin embargo, por un capricho muy tenaz en nuestros abuelos, España está llena de monumentos artísticos, y hay en su literatura obras verdaderamente monumentales.

No hay en estos tiempos más arte que el arte de

hacer dinero, ni más letras que las letras de cambio; el monumento clásico de nuestros días es el camino de hierro: la lengua propia de nuestros tiempos es la lengua del telégrafo, lengua libre, en que se han suprimido todas las partes de la oración que sirven para encadenar las palabras; el gran libro de nuestra época es el libro de la Deuda.

Todavía, sin embargo, conserva el pueblo de España cierta veneración silenciosa hacia las letras y hacia las artes; todavía cree, espera y ama; todavía Cervantes es su gloria, Colón su orgullo, Hernan-Cortés su héroe: aún los Reyes Católicos llenan con su nombre el ámbito de la monarquía.

Este es un dique en que se detiene la corriente del siglo.

He aquí el obstáculo que nos sale al paso en el camino de las grandezas modernas.

Era, pues, preciso inventar algo en mayor ó menor escala, para que las letras y las artes empezaran á ser para los pueblos motivo de disgusto.

La oportunidad es el gran secreto de todas las cosas; porque hay en el tiempo un momento y en el espacio un lugar, que deciden del éxito de todas las empresas.

Un paso más, es mucho; un paso menos, es poco: un minuto más, es antes; un minuto menos, es tarde.

Todo el mérito de un reloj consiste en que la aguja llegue á las cuatro, á las cuatro en punto.

Pues bien: hace doce años lo menos que la aguja

de nuestra grandeza, encargada de ir señalando las horas bien contadas de nuestra prosperidad, corría en la esfera de Madrid buscando el sitio en donde habíamos de encontrarnos con el grandioso edificio de una gran Biblioteca y de un gran Museo.

La hora en que la aguja se ha parado, es la hora presente, hora en que todo se debe, por la sencilla razón de que no hay nada con que pagarlo.

Y aquí tenemos el *más* y el *menos* de antes elevados al cubo; esto es, á *todo* y á *nada*.

El sitio donde la aguja se ha detenido, es el solar de la Veterinaria, precisamente junto á la casa de la Moneda.

La oportunidad es completa en el tiempo y en el espacio, en la ocasión y en el lugar.

Una Biblioteca y un Museo son dos cosas que han podido hacerse antes; por ejemplo, cuando se hizo el cuartel de la Montaña del Príncipe Pío; pero, francamente, eso hubiera sido interrumpir el orden lógico de las cosas.

El soldado es antes que el libro; más aún: los soldados se multiplican en razón de los libros: cuantos más libros inundan el mundo, más soldados necesitan los pueblos.

La sabiduría moderna parece un criminal que se pasea por el mundo rodeada de bayonetas.

Pudo hacerse entonces la gran Biblioteca; pero no se hizo, porque no era aquella su oportunidad; entonces había muchos millones, y ahora no hay ninguno; esta es la cuestión.

Tratándose de un edificio monumental, como si dijéramos, del palacio de las letras y de las artes, en la feliz ocasión en que no hay un cuarto, échese V. á buscar sitio para esta grande obra por toda la redondez de la tierra, y no es posible encontrar otro más á propósito, esto es, más oportuno, que allí precisamente, junto á la casa de la Moneda.

Los que tienen la manía de ver todas las cosas obscuras, quizás digan que esto es triste.

¡Triste! ¡y se ha colocado la primera piedra de esos treinta ó cuarenta millones que van á convertirse en Biblioteca y en Museo, en medio de una fiesta nacional!

¡Triste! ¿No lo debemos todo? Pues si todo lo debemos, ¿quién duda que también debemos alegrarnos?

Y aquí está la cuestión; esto es, la oportunidad.

¿Con qué ojos mirarán los pueblos esa gran fiesta celebrada en honor de las letras y de las artes?

Con los tristes ojos de sus bolsillos vacíos.

¿Hay dinero? Pues hagamos cuarteles, hagamos una guerra, deshagámoslo todo, hagamos deuda.

¿No hay un cuarto? Pues hagamos una Biblioteca, hagamos un Museo.

¿Hay miseria? Pues hagamos una fiesta nacional.

EL GRAN PODER

Un publicista inglés, de cuyo nombre no me acordaría aunque lo supiera, ha dicho que los Parlamentos pueden hacerlo todo, excepto convertir en mujer á un hombre.

Como se ve, según esta autoridad, que no debe ser recusable, la omnipotencia parlamentaria extiende sus límites hasta ese punto en que la naturaleza ha depositado en una división permanente la perpetuidad del género humano.

Parece, pues, que, en efecto, el poder de los Parlamentos se detiene vencido ante esa ley imperiosa que obliga á las mujeres á ser mujeres y á los hombres á ser hombres, sin que el más hábil librecambista haya podido dar con el secreto de una transacción por medio de la cual pueda verificarse en el mercado de la especie humana el cambio mutuo de esos dos artículos.

Hacer de un hombre una mujer : he aquí el extremo ante el que cae desfallecida la acción poderosa de la fuerza parlamentaria.

Si esto es así, hay que reconocer en la naturaleza una previsión admirable, pues sólo sospechando la posibilidad de que apareciera un poder humano tan formidable, capaz por la extensión de su fuerza de conmoverlo todo, de confundirlo todo, de trastornarlo todo, pudo sentir la necesidad de guarecer el secreto activo de las generaciones en la inflexibilidad de la ley inmutable que hace á la mujer, mujer, y al hombre, hombre.

Un Parlamento, en virtud del múltiple poder que resulta de la mayoría, tiene facultades legales, y por consiguiente legítimas, para transformar lo blanco en negro, para convertir la luz en sombra, para hacer, en fin, que tres y dos no sean cinco.

Es la fuerza del número elevada á las decisiones de la razón ; es la cantidad triunfante ; es la masa victoriosa ; es la verdad vencida por la suma.

Tener razón, no es tener nada ; tener número, es tenerlo todo. La mitad más uno: he aquí el gran molde en que se funde la razón moderna.

Todo aquello que no se funde en el numeroso argumento de una mayoría, es cosa averiguada que no tiene derecho á ser verdad.

La naturaleza, por lo visto, previó este caso, y consideró, allá á su manera, que dejando al arbitrio de los poderes parlamentarios la facultad de poder convertir los hombres en mujeres, podría llegar un

momento en que el reloj de la humanidad se parara, so pretexto de que se le había acabado la cuerda.

Ya sabemos que la naturaleza tiene un vivísimo interés en que el mundo marche, en que la sucesión de las especies no se interrumpa, en que los ocultos resortes de su elaboración continua no se gasten.

Esto se comprende, con sólo observar el cuidado que ha puesto al esconder á las miradas de los hombres el secreto de todas sus operaciones, sin que la más vigilante policía de las ciencias humanas haya podido descubrirlo.

Y en verdad que hubiera sido muy grave falta construir la magnífica armonía del universo para ponerla en manos del hombre; hubiera sido tanto como construir la curiosa máquina de un reloj perfecto y entregarla á las manos inquietas de un niño.

Hubiera sido, pues, realizar una obra, y condenarla, en el acto mismo de ser realizada, á una destrucción completa.

Calculemos lo que el hombre haría con el universo, si lo tuviera en su mano, por lo que hace consigo mismo.

La naturaleza, digámoslo así, quiso prevenirse, sin duda, contra la última usurpación parlamentaria, poniendo fuera del alcance de las mayorías la facultad de hacer una mujer, de un hombre; persistiendo, con una tenacidad que parece invencible, en que la mujer sea mujer, y el hombre, hombre.

Observando esto, sin duda alguna el estadista inglés ha señalado como límite insuperable, puesto

á la acción del poder parlamentario, la imposibilidad de convertir á un hombre en mujer; y claro está que, como no sea en mujer, tiene facultades amplias para convertir al hombre en todo lo que quiera.

Acerca del uso que suele hacer de estas facultades, hay tan numerosos ejemplos, que constituyen verdadera mayoría.

Pero por muy largo que sea el publicista inglés, me parece á mí que en esta ocasión se ha quedado corto, pues el poder parlamentario no tiene ni ese último límite siquiera.

La naturaleza no ha hecho más que esconder el secreto de la forma, y ha dejado al arbitrio de los poderes parlamentarios la transformación de la esencia.

En efecto: de un niño recién nacido, la naturaleza hace evidentemente un hombre; labra con lenta seguridad aquella materia delicada, hasta que completa su obra; pero yo pregunto: ¿no puede la acción poderosa y activa del parlamentarismo hacer una mujer, de ese hombre?

Concédaseme siquiera que el punto es discutible.

Yo confieso ingenuamente que las mujeres no pueden ser más que de un modo, según la naturaleza; pero las mujeres y los hombres, ¿no pueden ser de distintas maneras, según la civilización?

¿No concebís una cara de hombre, un cuerpo de hombre, una voz de hombre, con alma de mujer?

¿No habéis visto nunca hombres que por sus costumbres y por su carácter debieron ser mujeres,

y que sólo son hombres por una simple ataquería de la naturaleza?

Decidme: ¿hay algo que *afemine* tanto como el lujo, en toda la extensión de su poder y de su atractivo?

Vosotros no sabéis adónde va á parar esa pregunta, y me contasteréis al golpe: nada.

Pues bien: vuelvo á preguntar:

¿No es el parlamentarismo el gran lujo de la palabra?

Decidlo con franqueza: ¿conocéis algún lujo más caro que ese lujo?

Yo supongo que alguna vez, por interés ó por curiosidad, os habréis asomado á la ventana de algún Parlamento, y que, ó por curiosidad ó por interés, habréis aplicado al ruído y al espectáculo los oídos y los ojos.

Pues bien: respondedme:

¿Qué habéis oído?

Con alguna que otra excepción, habréis oído siempre voces de hombres.

¿Y qué habéis visto?

Yo os lo diré. Casi siempre habéis visto luchas de mujeres.

Ahora bien: ¿puede la omnipotencia parlamentaria hacer una mujer, de un hombre?

¿No empezáis á sospechar que el publicista inglés se ha quedado corto, por más largo que él sea?

Pues ahora, volved la cara hacia otro lado de la cuestión.

Decidme: ¿Qué es lo que todo español echa de menos todos los días?

Ó, de otro modo:

¿Qué es lo que todos buscamos como la solución de tantas angustias, como el término de tantas agitaciones, como la única esperanza de tantos temores, como la *X*, en fin, de este problema?

Un hombre.

Esto es lo que buscamos; un hombre, un hombre, que no parece por ninguna parte.

Como Diógenes, ¡y qué exacta es la comparación!, con nuestra linterna en la mano, escudriñamos los rincones de la plaza pública, buscando un hombre, pero ese hombre no lo encontramos.

Descendamos de la historia á la fábula.

Aquí hay un gato y un cascabel; pero, ¿quién pone el cascabel al gato?

Para esta operación necesitamos un hombre.

Sí, exclamamos todos; un hombre; pero nosotros mismos nos replicamos, diciendo: Ese hombre, ¿dónde está!

Pues bueno; en una sociedad, en una nación, en un pueblo donde no se encuentra un *hombre* ni para un remedio, ¿no se puede decir que en ese pueblo, en esa nación ó en esa sociedad todos son mujeres?

Riámonos de la naturaleza, porque, en rigor, ha ocultado inútilmente su receta; hemos adquirido y perfeccionado un poder verdaderamente moderno, por medio del cual todo podemos hacerlo, incluso una mujer de un hombre.

LA TRAGEDIA

Ha publicado D. Julián Romea un libro, cuyo título es *Los héroes en el Teatro*. Reflexiones sobre la manera de representar la tragedia.

Su propósito es hacer ver que el arte se pervierte en cuanto se aparta de la naturaleza; que aquello que no es natural no es verdadero, y lo que no es verdadero no es bello.

Se propone demostrar que la tragedia no debe tener una manera especial de representarse; que los héroes son hombres; que las acciones heroicas son hechos humanos, y que la hinchazón no es la sublimidad.

Y, en tesis general, tiene razón el Sr. Romea, y defiende admirablemente su manera de hacer el papel de Julio César en la tragedia de Ventura de la Vega.

Pero, de la verdad que en tesis general demuestra, se deducen dos verdades particulares, una propia de los tiempos presentes y otra particular de la obra trágica de Vega.

La primera es que la tragedia ha muerto, y la segunda es que *La muerte de Julio César* no es tragedia.

Los defectos que en la representación del papel de Julio César se le han atribuído á Julián Romea, son precisamente los mismos defectos que Ventura de la Vega ha introducido en su obra, como una reforma del género.

La acción de una tragedia es una cuerda cada vez más tirante, hasta que, á fuerza de tirantez, se rompe.

Y, para que sea completa, ó, lo que es lo mismo, verdaderamente trágica, es preciso que la cuerda se rompa por lo más gordo, faltando á la regla universalmente establecida, de que la soga se quiebre siempre por lo más delgado.

El género, sin embargo, intentado por Ventura de la Vega en su tragedia *La muerte de Julio César*, y seguido por Julián Romea en la representación del papel principal, no tuvo, digámoslo así, éxito; sin duda ninguna porque la mezcla de lo cómico y de lo trágico se lo reserva la sociedad presente para su gran teatro, para su gran obra, para su género particular y característico.

Lo que Julián Romea demuestra en su libro con atinadas reflexiones, está demostrado en la historia

presente por medio de una serie de hechos incontestables.

La época en que vivimos no puede ser más trágica, y, sin embargo, el género de literatura en que se representa, no puede ser más cómico.

Es la catástrofe en sainete.

He dicho que la acción trágica es una cuerda tirante, muy tirante, cada vez más tirante, hasta que llega el momento supremo, y, *¡paf!*, se rompe.

Y he añadido, que para que la acción trágica sea completa, es preciso que se rompa por lo más gordo.

Pues bien: hace muchos años que se está representando en el teatro moderno la gran tragedia titulada *La Bolsa*, cuya acción, semejante á la cuerda de que he hablado, y, siguiendo el género mixto cómico-trágico, ha ido presentando, á la faz de los espectadores, sus alternadas peripecias, por medio del recurso dramático conocido con el nombre de tira y afloja.

La Bolsa, para que lo entendamos bien, es el gran nudo de la cuerda, el lazo cómico en que todo, impulsado por la fuerza de la acción trágica, había de caer, más tarde ó más temprano, según el movimiento artístico de los sucesos.

Un lazo, aunque se vea en los hermosos cabellos de una mujer rubia, es siempre una trampa, y una trampa es siempre una broma, una gracia, un chiste.

Engañar es divertirse.

Mas caer en la trampa, es una cosa seria, inevitablemente grave, verdaderamente trágica.

La trampa es el epigrama, la burla; caer en la trampa, es la catástrofe.

Hasta ahora ha marchado la acción de la tragedia cambiando papeles, según el caso y las circunstancias del momento, subiendo y bajando el interés, ya de un papel, ya de otro, según las exigencias de la acción principal; y hoy por ti y mañana por mí, la cosa ha seguido adelante, cayendo y levantando.

Unos reían, otros lloraban, saboreando unos las delicias de la comedia, y espantados otros ante los sublimes horrores de la tragedia.

Los dos géneros marchaban hábilmente unidos por la mano de los sucesos, que es la mano más diestra y más fecunda para eso de hilvanar y tejer acciones dramáticas.

Unos caían y otros se levantaban; las narraciones eran siempre entretenidas; unos contaban sus desgracias, otros contaban su dinero.

Entre tanto, con una progresión artística envidiable, la acción dominante se iba condensando en el fondo de la obra; el pensamiento iba deshaciéndose de todos los pormenores inútiles, y adquiriendo su forma precisa y definitiva.

La Bolsa es la parte más gorda de la cuerda, y al llegar el momento culminante de la tragedia, *¡paf!*, la cuerda se rompe por donde debía romperse, esto es, la Bolsa revienta.

Y para que el suceso llegue por lo extraordina-

rio á los últimos límites de lo trágico y de lo cómico, de lo sublime y de lo ridículo, la Bolsa revienta de vacía.

Esta es la perfección del género intentado por Ventura de la Vega y seguido por Julián Romea.

Es la comedia en las entrañas mismas de la tragedia, el chiste en la catástrofe.

Y todo esto, llevado á cabo con una sencillez admirable, con una naturalidad encantadora.

Es una cosa que sucede con esa facilidad, con esa sencillez con que tres y dos son cinco.

La Bolsa: he aquí el gran pensamiento, la gran fórmula donde estaba encerrada la tragedia, donde se ocultaba con ese instinto artístico que dispone las grandes sorpresas, la catástrofe, la majestad del trueno gordo.

¿Y qué es la Bolsa?

La cosa más sencilla, más natural, más pueril, más alegre del mundo.

La Bolsa es un juego.

Jugar á la Bolsa, he ahí la comedia.

La Bolsa, he ahí la tragedia.

Lo que Ventura de la Vega intentó en *La muerte de Julio César,* lo que Julián Romea ha querido demostrar en su libro, estaba ya hecho.

¿Quién no se ríe del espectáculo que se agita ante sus ojos? ¿Quién no se aterra de lo que ve?

¿Sucede algo que no sea verdaderamente cómico? Y, sin embargo, todo lo que sucede, ¿no es terrible, no es trágico?

Ahora mismo ocurre una cosa que hace reir y que hace llorar al mismo tiempo.

Es un chiste que el ánimo no sabe cómo recibirlo.

La Bolsa baja; esto es natural; pero ignorábamos que tuviera una compensación.

Creíamos que bajando la Bolsa, todo bajaría.

La Bolsa es la cabeza de la humanidad presente, y esa cabeza ha caído: ¿quién había de levantarse sobre la humanidad decapitada?

Ni siquiera nos quedaba el recurso de poder levantar los ojos al cielo.

Pues bien: la Bolsa baja...., y, parece mentira, el pan sube.

El pan por las nubes y la Bolsa por los suelos.

¿Se puede imaginar nadie una cosa más cómica y más trágica al mismo tiempo?

¿Quién, ante este inesperado movimiento de la Bolsa que baja y del pan que sube, no se quedará con la boca abierta de admiración ó de hambre?

UNA COMEDIA.

Estamos en ese momento en que la razón va á hacer fuego y en que el derecho va á desenvainarse como una espada,

La guerra es el gran suceso; el dinero está aterrado, sin saber á qué carta quedarse; todos los intereses tiemblan; cada uno echa sus cuentas, y suma y resta según sus cálculos; pero, en medio de todo, la civilización está satisfecha.

Se habla de la guerra en todas partes, es verdad, y se habla con interés, con inquietud, con miedo; pero se considera como una calamidad y no como una barbarie.

Esto ya es algo; sigamos adelante.

Si la guerra no hiciera bajar las bolsas; si no detuviera el activo movimiento del comercio; si no apagara el brillo del lujo; si no detuviera el suntuoso movimiento de nuestros placeres; si, en

fin, nada absolutamente tuviéramos que perder en ella, la guerra sería hasta un magnífico espectáculo, un suceso capaz de mantener viva y ansiosa nuestra curiosidad por espacio de un año entero.

La guerra sería para nosotros como la apertura de un gran teatro.

Un millón de hombres devorándose en una serie de sangrientas batallas, ¿no sería un asunto verdaderamente digno de nuestro interés teatral, de nuestra curiosidad, de nuestras conversaciones y de nuestra diversión, si pudiéramos obtenerlo completamente de balde?

Se habla de la guerra, como podía hablarse de un mal negocio.

Se mira como un suceso que puede costar muy caro.

Se suman los millones que pueden perderse, el río de oro que va á derramarse, las fuentes de riqueza que van á cegarse.

Lo demás, ¿qué importa?

He aquí lo que nos tiene verdaderamente afligidos.

Esto va mal, muy mal, soberbiamente mal; todo se ve negro, como si los ojos se hubiesen vestido de luto.

Se experimenta esa tristeza, ese desaliento que produce la soledad...., la soledad del dinero.

Yo diría que parece como que no tenemos adónde volver los ojos, si no me pareciera más propia otra manera de expresar el mismo pensamiento.

La manera es esta : parece como que no tenemos dónde meter la mano.

Todos los bolsillos están consternados.

En este triste estado de los ánimos, ha venido una voz que, sonando de esquina en esquina por medio de las letras gordas de los carteles, ha hecho brillar á nuestros ojos un rayo de esperanza.

Los carteles seriamente pegados á las esquinas, como pobres que piden limosna con permiso de la policía, empezaron á dejar caer en los ojos de los transeuntes estas hermosas palabras :

«*Bienaventurados los que lloran.*»

La oportunidad de esta voz era incontestable, y la multitud afligida se precipitó hacia el teatro del Príncipe, buscando en la escena su bienaventuranza.

Iba buscando, guiada por la promesa del cartel, la felicidad de su propia aflicción.

Pero allí se encontró con una comedia. Una comedia no mal urdida y bien representada, y nada más, porque la voz del cartel no era otra cosa que el título de la comedia.

Se llama así, como yo podría llamarme César.

Es cuestión de nombre.

Bienaventurados los que lloran, es un título cuyo pensamiento no está en la comedia ; sin duda alguna, no se ha atrevido á salir de los carteles, y por un exceso de temeridad ha llegado á estamparse en la primera página de la obra ; pero no ha pasado de allí.

Está en esa primera hoja, como en los rótulos

de esos frascos maravillosos, que campean en las tiendas de los perfumistas, están estas palabras solemnes: « No más calvos».

Palabras de gran efecto, indudablemente escritas allí para gente de medio pelo.

Bienaventurados los que lloran: este es el título, y nada más que el título, porque la comedia es un conjunto de personajes, que todos ellos son bastante infelices.

Bienaventurados los que lloran: esto es, dichosos aquellos que sufren con piadosa resignación y con santa alegría la prueba de la desgracia.

En la comedia no hay nada de esto ni por el forro.

Es una comedia que se está burlando de su título.

Digámoslo de una vez: es una verdadera comedia.

LA VANIDAD [1]

II.

Un hombre de talento, político de profesión más bien que hombre de Estado, suelto de lengua, agudo de ingenio, bastante pagado, no de su persona precisamente, sino de su personalidad, hablando de otro personaje de la misma especie, no menos importante y ruidoso, decía con mucha gracia:

«Si ese hombre asiste á una boda, quisiera ser el novio; si asiste á un bautizo, quisiera ser el recién nacido; si asiste á un entierro, quisiera ser el muerto.»

Este no es el retrato moral de un hombre; es más bien el bosquejo de toda una generación. ¿Quién, en una boda, no quisiera ser el novio? ¿Quién, en un bautizo, no quisiera ser el recién nacido? ¿Quién, en fin, en un entierro fastuoso, aunque no sea más

[1] Este artículo es continuación del publicado con el mismo título en *Nuevas hojas sueltas*, pág. 187.

que por el momento de la solemnidad, no quisiera ser el muerto?

¡Ah! Eugenia ha pasado ya el Rubicón de la edad; le ha dado la vuelta al mundo de las ilusiones, de las esperanzas, de las perspectivas; ha entrado resueltamente en el período de las tristes realidades; una cana aquí, una arruga allá, son nubes que obscurecen el cielo de un sol que se pone.

Sea; porque envejecer es el fatal destino de todas las cosas; mas si no se puede detener el tiempo, no faltan recursos para aplazar sus terribles fechas. Algo hay en los prodigios de la invención humana para engañar á la juventud que huye asustada de los años, y decirle: «Espera, espera un momento. No me despojes tan pronto del encanto de tus atractivos. ¿Qué prisa tienes? Acaba de descubrirse un cosmético maravilloso; sus falsos efectos sobrepujan á la verdad misma. Verás qué chasco le damos al mundo».

Y, en efecto, Eugenia, reclinada en el fondo de su palco, ó abandonada á los blandos cojines de su carretela; á la luz del gas que disimula los desperfectos, ó bajo la sombra de un velo que oculta las imperfecciones, lanza á las miradas ociosas que la siguen, relámpagos de juventud y resplandores de belleza.

La memoria cruel le repite sin cesar, en los momentos de sus más vivas satisfacciones, la fecha inexorable de su partida de bautismo; pero ¿qué le importa ser falso al duro que pasa? ¿Acaso no con-

siste en el valor nominal la vanidad de los billetes de Banco?

Eugenia no ha de ser menos que el plomo secretamente acuñado que circula revestido con todo el aparato de las monedas de plata, ni menos que esa hoja de papel cubierta de caprichosos dibujos que pasa de mano en mano como moneda corriente.

No hay derecho para impedir que una mujer, más ó menos bella, se mantenga en estado de juventud todo el tiempo que pueda: ¿por qué, pues, Eugenia no ha de ser eternamente joven? Josué detuvo al sol para poder concluir la terrible batalla; pues bien: Eugenia no quiere más que detener la juventud para recoger la admiración de sus últimos triunfos.

Eso sí, hay que huir de ciertas claridades indiscretas; la luz de la mañana suele ser demasiado curiosa, y, lo que es peor, demasiado habladora. Hay gentes dotadas de suma impertinencia, terribles estadistas que llevan en las puntas de los dedos la cuenta corriente de los años que han caído sobre todas las personas que conocen, como si no tuvieran bastante con los suyos; hay hijos que crecen muy pronto, y de la noche á la mañana se hacen hombres y se hacen mujeres, y llevan por todas partes las fechas de las madres.

Son contratiempos que no hay todavía modo de orillar; mas ahí están los espejos que no nos dejarán mentir, profundidades sin fondo, abismos en que todo es superficie, especie de ecos mudos que

repiten los contornos de todo lo que se les pone delante.

Y bien: ¿qué dice el espejo?

El espejo dice que Eugenia se encuentra en la flor de la edad; que su boca, encendida como una cereza, sonríe lo mismo que pudiera hacerlo la boca de una niña; que los ojos brillan con todo el fuego de la juventud bajo los dobles arcos de unas cejas que ni pintadas; que sus rizos, en fin, flotan sobre su frente, más tersa que la luna misma del espejo, con un matiz rubio más perfecto, más artístico, más acabado que los que suele conceder la naturaleza.

¿Lo dice el espejo?

Sí.

Entonces, lo demás, ¿qué importa?

Eugenia es feliz; pasa por joven, y su vanidad está satisfecha.

*
**

Realmente, yo soy un ser insignificante; muchas veces hablo á mis solas conmigo mismo, y me lo digo sin que nadie lo oiga. Creo que todo el mundo lo sabe; pero sea como quiera, ese es mi secreto: mas ¿no hay por el mundo una cinta que me condecore, una banda que me adorne, una cruz siquiera que haga ver en los días solemnes que yo también vivo sobre la tierra?

Apenas soy excelente, cierto; mas, por eso mis-

mo, ¿no debo pensar en ser excelentísimo! Sí; los tiempos son incrédulos; no es la fe la virtud en que más nos distinguimos, y, sin embargo, ¿quién no tiene ya una cruz que acompañe á la soledad de su persona? Las tienen hasta las sepulturas.

Soy hombre, y quiero hombrearme. Se cruza el mar, se cruzan los caminos, se cruzan las calles, se cruzan los brazos, se cruzan las manos; vamos de asombro en asombro, y casi pasamos la vida haciéndonos cruces; ¿qué inconveniente puede haber en que yo sea cruzado? Tengo bastante pecho para llevar una banda; ¿qué más se necesita?

Bueno; un amigo, ó un pariente, ó un corredor de honores y distinciones, Dios sabe cómo, me ha facilitado la condecoración que deseaba. Aquí está la placa que resplandece y la banda de seda que hace aguas.—Se ha hecho el milagro, y yo me lo cuelgo.

No puedo pasar por delante de un espejo sin inclinarme delante de mí mismo, y lleno de admiración ante mi propia imagen, exclamo: «¡Ah! ¡Yo soy ese!....»

Soy el mismo, á lo menos así debo creerlo, porque mis hijos todavía me dicen padre; mi mujer continúa empeñada en que sigo siendo su marido; mis amigos me tutean como siempre; mis parientes no dejan de llamarme Pedro á secas, y aquel amigote antiguo de mi padre ¡qué imbécil! no deja la manía de llamarme siempre el gaznápiro de Perico.... Pero, ¿no es verdad que parezco otro?....

Calígula hizo senador á su caballo, mas no hay noticia de que el soberbio animal se envaneciese de la dignidad que se le había concedido; prefirió ser caballo á ser senador romano bajo el imperio de Calígula. Los hombres hoy prefieren ser grandes cruces á ser hombres.

*
**

Sin duda alguna, no es absolutamente indispensable, para pasar unos cuantos días sobre la tierra, la opulencia de un buen *hotel*, el lujo de una gran mesa, ni el regalo de un coche bien guarnecido siempre á la puerta; pero es el caso que la gente ha tropezado con la dificultad de que no se puede vivir sin buen *hotel*, sin gran mesa, y sin un coche siquiera, y andamos dándonos de calabazadas, corre que te corre, detrás del *hotel*, de la mesa y del coche, como si no hubiese nada más que ver en el mundo.

¡Y qué vamos á hacerle!.... Hay que encontrar el *hotel*, la mesa y el coche, ó esconderse en el último rincón de la tierra, lo cual equivale á enterrarse vivo. ¿Y cómo encontraremos esos tres elementos indispensables para que se pueda decir que vivimos en el mundo?....

No hay más que cerrar los ojos, y echar la casa por la ventana.

Hotel, mesa, coche; aquí están: ¡oh fortuna!; parece que nos estaban esperando.... ¡Qué bien se

vive!.... ¡Vea V. qué *comfort!*.... ¡qué *ménu!*.... ¡qué *toilette!*.... De aquí, á la gloria.... No, no; de aquí á ninguna parte...., porque, justo es reconocerlo, esto no tiene salida.

Las gentes nos miran con la boca abierta.... «¡Qué bien viven!», se dicen unas á otras.... El *hotel* es precioso, la mesa espléndida, el coche de todo lujo.... ¡Qué escalera! ¡qué estatuas! ¡qué cuadros! ¡qué alfombras!....

Así son los cuatro rasgos de la perspectiva; la vanidad se halla satisfecha; pero es el caso que detrás de la superficie está el fondo, detrás de la apariencia la realidad, detrás del lujo la cuenta.

Se ha echado la casa por la ventana, y, en efecto, todo se encuentra ya en la calle.... Sólo el *déficit* se ha quedado detrás de la puerta.

Allí todo brilla, todo encanta, todo admira; pero allí también, ¡qué crueldad de las cosas!, todo se debe.

El lacayo galoneado que se pasea en el vestíbulo, anuncia:

«¡El Duque! ¡La Duquesa! ¡El Conde! ¡La Condesa!»

¡Oh! ¡Qué satisfacción!....

Ese mismo lacayo entra después, y dice:

«El tapicero, el mueblista»....

¡Oh, qué angustia!....

Este doble estado de las cosas puede mantenerse algún tiempo, porque, al fin, el deber es respetable. ¿Queda acaso otro deber en el mundo civilizado más que el deber dinero?

Tira de aquí, tira de allí, se va trampeando, y la vanidad flota todavía sobre las aguas del diluvio. De puertas afuera, todo va bien; *hotel*, mesa, coche..... La gente pasa, mira, y dice: ¡Qué bien vive!... De puertas adentro, la cosa varía: *la cuenta, la deuda, la trampa.* ¡Qué vida!

En general: ¡qué opulencia!

En particular: ¡qué miseria!....

*
**

¡Qué demonio de diccionario es el que se me ha metido en la cabeza! Yo hablo por los codos. Ya sé que no digo nada; ¡qué he de decir, si hemos llegado á unos tiempos en que todo está dicho!; pero mi lengua es una lanzadera que teje un discurso en el filo de una espada.

Palabras, palabras, palabras.... Bueno; pero ¿no hay cuatro amigos, como cuatro torres, que echen las campanas á vuelo cada vez que yo hablo?

El aplauso no es más que el ruído fugitivo con que agitan el aire, al chocarse entre sí, las palmas de las manos; pero al fin es ruído, y mientras suena, suena.

Cae la piedra en el estanque, y desaparece en el fondo del agua; mas la superficie se conmueve, y una sucesión de círculos nace, y se extiende, y se ensancha hasta desvanecerse. Un momento después todo se lo ha tragado el abismo; no queda en el agua señal ninguna de la piedra.

Es un efecto pasajero : muy bien ; quiere decir que soy el relámpago que brilla un momento, pero, al fin, brilla. La satisfacción de mi vanidad, ¿qué más quiere?

Á este efecto de perspectiva hay que sacrificarlo todo ; y si hay necesidad de incendiar el mundo, se le incendia para que me vea.

Yo no soy precisamente la soberbia que todo lo sabe, que todo lo quiere, que todo lo puede; soy sencillamente la vanidad , que se contenta con las apariencias del poder, de la sabiduría, y hasta del deseo ; porque, en resumidas cuentas, me he erigido en mi propia estatua, y basta á mi satisfacción poder decir á la multitud : « Miradme.»

Yo soy mi propio monumento, y si no hubiera manos que me aplaudiesen , me aplaudiría yo solo.

Mi vanidad me ha hecho dios de mí mismo, y he aquí que me arrodillo delante de mi persona para adorarme.

*
**

El mudo debe estar hueco como las campanas, puesto que tan fácilmente resuenan en él los ecos de todas las vanidades.

Los sentimientos más legítimos se encuentran de continuo inficionados por el aliento de la vanidad que se respira en el mundo.

—¡ Conoce V. á....?

—Mucho ; ¡ quién no la conoce! Es una gran señora.

—Diga V. más bien una excelente madre.

—Sin duda : ama á su hija muy tiernamente.

—¡Ya lo creo! Cabalmente anoche estaba inconsolable.

—¡ Cómo!....

—Quiero decir, furiosa.

—Pues ¿qué le sucede?

—¡ Friolera! Figúrese V. que al gran baile del jueves llevó su hija un collar de perlas, que, según todos los cálculos de la familia, debía causar un efecto extraordinario, porque, además, la chica es blanca como la nieve.

—¡ Y lo ha perdido!

—Más que eso.

—¡ Más!

—¿No ha leído V. la reseña del baile que hacen los periódicos?

—No. ¿Acaso se valen del collar para algún equívoco de mal gusto? ¿Hay alguna lisonja que llega á lo vivo? ¿Alguna reticencia?....

—Esa es moneda corriente, una flor más ó menos delicada, más ó menos honesta, es siempre una flor que no ofende, porque agrada. No se trata de eso ; se trata de que aparecen en las reseñas el aderezo de ésta, la falda de la otra, los encajes de aquélla, los hombros de la de más allá, el zapato de raso, el talle de junco...., todo perfectamente diseñado.

—¿Y del collar?

—Nada, no dicen ni una palabra. Cuello y collar, como si hubiesen caído en un pozo. ¡Olvido imperdonable! Á la chica le ha costado muchas lágrimas ese odioso silencio, y la madre pone al revistero de vuelta y media. Temo un desastre, porque si llega á echarle la vista encima, esté V. seguro de que lo araña.

—¡Qué diablura!....

—Le digo á V. que es espantoso lo que ocurre en aquella casa.

*
**

¡Ah! No nos acusemos de soberbia, no nos culpemos de envidia; porque, si reparamos bien en todo lo que nos rodea, sacaremos en limpio que no somos más que vanidosos. ¿Le hemos de conceder á nuestra vanidad la satisfacción de calumniarnos?

FIN.

ÍNDICE

LUCES Y SOMBRAS.

	Páginas.
Brutos célebres	7
El mundo	23
Año nuevo	57
La estatua de la Comedia	71
Un billete personal	77
Cuestión doble	85
Los descubrimientos	93
Navidad	103
Carnaval	115
Una cosa casi imposible	129
Blondin	137
La casualidad	143
Una nueva clase	155
Pensamientos íntimos	163

LIBRO DE MEMORIAS.

Cuestión luminosa	205
Fausto	209
Cuenta de una semana	215
M. Pietrópolis	223

El Carnaval de 1866..... 229
La homeopatía..... 237
Adelina Patti y Mario, ó sea una tiple que empieza y un tenor que acaba..... 245
Har-Hee y Sam-Hung..... 255
Alcalá Galiano..... 259
El Duque de Rivas..... 263
Pacheco..... 267
Ventura de la Vega..... 269
Lo bueno y lo nuevo..... 273
9 de Agosto de 1865..... 279
Un viaje en cuatro cartas.—Carta primera..... 287
— Carta segunda..... 293
— Carta tercera..... 299
— Carta cuarta..... 303
Cinco leones..... 309
Saber morir..... 319
Un castillo en el aire..... 325
La comisión..... 327
Los herederos de nuestros nietos..... 329
¡¡¡ !!!..... 333
La multitud..... 337
Oportunidad..... 347
El gran poder..... 355
La tragedia..... 361
Una comedia..... 367
La vanidad..... 371

ESTE LIBRO
SE ACABÓ DE IMPRIMIR EN MADRID
EN CASA DE ANTONIO PÉREZ DUBRULL
EL DÍA XII DE MAYO
DEL AÑO DE MDCCCLXXXVI

V
Shog
8

UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

Do not
remove
the card
from this
Pocket.

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File."
Made by LIBRARY BUREAU, Boston

Author Salgas, José
Title Luces y sombras y Libro de memorias.

21229

LS.
S465zk